

Suzanne Brockmann



**UN HOMBRE
INFIEL**

*Para Kathy Lague, maestra tribal de las caminatas
por los bosques brumosos; y dueña de las notas sobreagudas.*

ÍNDICE

Capítulo 1.....	4
Capítulo 2.....	15
Capítulo 3.....	24
Capítulo 4.....	32
Capítulo 5.....	47
Capítulo 6.....	55
Capítulo 7.....	64
Capítulo 8.....	74
Capítulo 9.....	82
Capítulo 10.....	94
Capítulo 11.....	104
Capítulo 12.....	112
Capítulo 13.....	118
Epílogo.....	127
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	129



Capítulo 1

Ellen Layne sabía que era un error salir de casa sin un libro.

Pero su tío Bob había insistido en que no tendría ni un minuto libre en toda la noche: pasar por el aeropuerto Kennedy en limusina, encontrarse con su tía abuela Alma, que hacía tres horas de escala antes de su vuelo a Londres, cenar en uno de los restaurantes del aeropuerto y luego volver a casa después de asegurarse de que Alma cogía el vuelo nocturno a Inglaterra.

Según Bob verían la grabación del programa de entrevistas de la noche anterior en el vídeo de la limusina. Y aunque Ellen ya había visto la retransmisión del legendario programa nocturno de su tío, sabía que no le gustaría que ella leyese mientras él se concentraba en la pantalla.

Bob Osborne, el rey de la noche televisiva, tenía un montón de virtudes, pero ser ignorado no era una de ellas.

De modo que ahí estaba ella, en el aeropuerto Kennedy, esperando un vuelo procedente de Chicago que llevaba una hora de retraso y sin nada para leer.

Habían llegado de milagro. Supuestamente Bob tenía que estar en Boston preparando la grabación del programa de la semana siguiente sobre Faneuil Hall, y ella tenía una clase de interpretación que solía durar de seis a nueve. Así que Bob había dispuesto que alguien más fuese a encontrarse con Alma. Pero entonces a su profesor de interpretación le habían dado un papel en una película local y la clase había sido cancelada, y a Bob le habían pedido que regresara a Nueva York esta tarde para reunirse con los directivos de la cadena de televisión, con lo que ahí estaban.

Y ella, sin libro.

Bob estaba como unas pascuas, haciendo preguntas a los guardias de seguridad que revisaban el equipaje de mano con rayos X e inspeccionaban manualmente a las personas que a su paso hacían pitar los detectores de metal. Su equipo de guardaespaldas (devotos admiradores así como espectadores) revoloteaban cerca de él.

Ellen se había escapado y ahora se dirigía a una de las librerías del aeropuerto con la esperanza de encontrar *algo* que aún no hubiese leído.

Había una estantería con todos los best-séllers del *New York Times* y también algunos otros libros, pero lo que realmente le llamó la atención fue el joven que había frente a ésta.

De espaldas era un anuncio viviente y al natural de Buns of Steel (vídeos de fitness para estar en forma). Llevaba unos tejanos ligeramente desgastados y una camisa de botones blanca metida por dentro de los pantalones. Iba arremangado con

la chaqueta de sport colgada con desenfado sobre un hombro.

Tenía el pelo rubio, grueso y ondulado, y un poco largo por detrás, cayendo sobre el cuello de la camisa. Era la clase de cabello hecho para ser tocado.

Ellen se colocó a su lado para contemplar las filas de libros, y se atrevió a mirarlo de reojo.

De cara era incluso más guapo.

Tenía un perfil poético, una nariz larga, recta y de formas elegantes y una barbilla sumamente firme, y...

¡Oh, genial!; acababa de pillarla mirando.

Sintiendo el calor del rubor en sus mejillas, Ellen cogió el libro que tenía más cerca y lo hojeó.

—Es un buen libro —declaró el hombre. Su voz era ronca y sonora, y apenas se le notaba el acento neoyorquino. Era incluso más joven de lo que se había imaginado al principio; seguramente no tendría mucho más de veinticinco o veintiséis años.

Es probable que ella tuviese diez años cuando él nació. Lo cual le daba que *pensar*. A los diez años había trabajado ayudando a una madre a cuidar de su hijo, y con frecuencia había cambiado los pañales de un bebé que en la actualidad tendría más o menos la edad de este chico. Se llamaba Andy Tyler. El joven que tenía al lado podría ser Andy Tyler, aunque ya sin la piel del culito irritada.

Se había vuelto hacia ella, apoyando con naturalidad un codo en la estantería de libros.

Era increíblemente guapo, tenía los ojos de un azul asombroso. Sus pómulos eran tan firmes como su mandíbula, lo que confería a su rostro un aspecto vigoroso y anguloso, y resaltaba la belleza de su elegante nariz y sus labios de trazo distinguido. Cerca de la ceja derecha tenía una pequeña cicatriz que le daba un aire levemente salvaje.

Lo miró de nuevo, atónita. Le había dicho algo, ¿verdad?

Él le sonrió y aparecieron unos hoyuelos junto a las comisuras de sus labios. Sus dientes eran rectos y blancos, e igual de perfectos que el resto de su persona. Señaló el libro que ella sostenía en las manos.

—¿Has leído alguno de sus libros?

Ellen echó un vistazo al libro en rústica que había cogido. *Alien Contact*, escrito por el famoso escritor de no ficción T.S. Harrison. Era una fascinante recopilación de entrevistas realizadas tanto a gente que aseguraba haber sido abducida por alienígenas como a científicos y psicólogos que negaban dichas afirmaciones.

—Sí —contestó ella en cuanto recuperó la voz—. Sí. De hecho, éste ya lo he leído. Los he leído todos, excepto el último que se ha publicado. ¿Y tú? ¿Has leído sus... libros?

El joven volvió a sonreír y esta vez dio la impresión de que le brillaban los ojos. ¡Dios, qué guapo era!; y él lo sabía.

—Todos y cada uno de ellos —respondió él—. Es uno de mis autores favoritos. Pero no soy objetivo. T.S. es un buen amigo mío. Lo conozco bastante bien.

Ellen giró el libro, pero en el dorso no había ninguna foto. Nunca había fotos al

dorso de los libros de T.S. Harrison. Nunca hacía apariciones públicas ni se mostraba; nunca se dejaba ver y punto.

—¿En serio? Tengo entendido que es un poco ermitaño.

—No, simplemente es celoso de su intimidad. —El joven sonrió—. Creo que tiene miedo de que algún chiflado lo persiga pistola en mano.

—No me extraña. —Ellen pensó en el sistema de seguridad instalado en casa de Bob. Era como una fortaleza totalmente tomada por su equipo de guardaespaldas altamente preparados y remunerados. Hoy en día toda seguridad era poca para las celebridades.

—¿Vienes o te vas? —inquirió el hombre mientras con la mirada recorría rápidamente su cuerpo, reparando en su blusa de seda sin mangas, en su falda ajustada, en sus piernas bronceadas y en las sandalias de cuero suave que calzaba.

Ellen no se lo podía creer. La estaba escudriñando, deteniendo la mirada en sus curvas y piernas justo el tiempo suficiente para asegurarse de que ella supiese que le gustaba cuanto veía, pero no demasiado como para resultar grosero. Y cuando la miró de nuevo a los ojos, Ellen detectó en su mirada una indudable chispa de interés y atracción.

Pero acababa de preguntarle algo. ¿Venía o se iba? No lo había entendido muy bien.

El percibió enseguida su confusión (sin duda era un experto intérprete del lenguaje corporal femenino) y le explicó:

—Estamos en el aeropuerto. La mayoría de la gente llega en avión o se va.

—O espera a que aterrice con retraso un vuelo —matizó ella.

—Tú también, ¿eh?

Ellen asintió.

—¿Estás esperando el vuelo de tu marido? —La pregunta era capciosa. Quería información.

Resultaba halagador. Y divertido. Y lo suficientemente intrigante como para decirle lo que quería saber.

—No tengo marido. Por lo menos ya no.

—Lo lamento. ¿Cuándo murió? Deduzco que está muerto; o loco. Nadie en su sano juicio dejaría a una mujer como tú.

Ellen se echó a reír.

—¿Te funciona normalmente esta táctica? No sé, es muy directa.

—Puedo ser más sutil, si quieres.

Su mirada era todo menos sutil. Pero, aun así, Ellen no podía tomárselo en serio. Esto no era más que un mero flirteo, un experimento químico fortuito. Él estaba aburrido y ella disponible como distracción.

Pero ella también estaba aburrida, o por lo menos lo había estado hasta hacía aproximadamente tres minutos. Consultó su reloj. Todavía faltaba media hora para que aterrizara el avión de Alma. Tenía tiempo de sobras y estaba claro que no había nada de malo en flirtear. Incluso aunque él fuera demasiado joven.

Y hacía años que no se tomaba la libertad de mirar a los ojos a un hombre

guapo y fantasear con las infinitas posibilidades (sabiendo que él estaba haciendo lo propio).

—Prefiero la sutileza con diferencia.

¿Qué significaba el brillo de sus ojos? ¿Victoria? ¿Excitación? ¿Diversión? Ellen no lo sabía.

—No eres de Nueva York —dijo él—. Lo sé por tu acento, o más bien por la falta de éste. ¿De dónde eres?

—Pues de Connecticut.

—¿Has venido a la Gran Manzana a pasar el día o...?

—A pasar el verano.

—¿Sólo el verano?

Ella asintió. Sus hijos tenían que estar de vuelta en Connecticut cuando empezara la escuela en septiembre, pero no quería decirle eso. Su hijo pequeño, Jamie, haría octavo curso. Y Lydia, la mayor, el segundo año de bachillerato. Probablemente no habían pasado más de siete u ocho años desde que este hombre hiciera bachillerato.

—Siempre he querido vivir en Nueva York —le explicó—, así que he cogido vacaciones todo el verano y... aquí estoy.

—Es la mejor ciudad del mundo —comentó él—. En Nueva York uno puede hacer el bestia tanto como quiera, dentro de los límites de la ley, por supuesto, y nadie se entera. La multitud garantiza el anonimato total.

—Eso sí que ha sido sutil —replicó ella—. Lo de hacer el bestia.

Sus hoyuelos aparecieron de nuevo.

—Gracias. Eso me ha parecido a mí también. Y ya que hablamos de esto, ¿te gusta ir a ver museos?

—No mucho. De hecho, no me gusta nada. —Ellen lo miró pensativa—. Aunque no acabo de ver la conexión entre hacer el bestia y visitar museos. A menos que en los museos acostumbres a hacer algo más que observar lo que exponen.

—Lo cierto es que, a mi juicio, los museos son lo opuesto de hacer el bestia, así que la asociación ha sido errónea. Los museos suelen ser tranquilos y están bien iluminados; son el ambiente perfecto para una primera cita. ¿Lo ves? Podría pedirte tu número de teléfono para quedar contigo e ir juntos a un museo, y a lo mejor hasta me lo darías. La estrategia de los museos tiende a funcionar un poco mejor que decir la verdad.

Su forma de mirarla le aceleró el corazón. Ellen sabía que no debía ir más lejos, pero no pudo resistirse; al fin y al cabo, por muy atractivo y guapo que fuese, en realidad no tenía intención de darle a ese hombre su teléfono, ya fuera para ir con él a un museo o no.

—¿Y cuál es la verdad?

Los hoyuelos se hicieron más profundos.

—No lo sé; necesito un par de segundos para que se me ocurra una buena respuesta.

—No me puedo creer que no la tengas ya preparada.

—Eso es porque tengo la imperiosa necesidad de decirte la verdad auténtica: que la combinación de tu perfume y tu sonrisa es hipnotizadora.

—¡Menuda sutileza!

—Te he mentado —reconoció alegremente—. Me cuesta mucho ser sutil y odio los museos. Además, como me da la impresión de que lo sutil tampoco funciona demasiado bien contigo, trataré de ir al grano. —Extendió la mano—. Me llamo Sam y me encantaría que me dieras tu número de teléfono.

Ellen titubeó sólo una fracción de segundo antes de alargar la mano contra la suya. La mano de Sam estaba caliente y era mucho más larga que la suya; tenía los dedos y la palma con ligeras durezas. Era una mano bonita, una mano fuerte, en absoluto sutil, de yemas anchas y uñas cortas. Le gustaba su mano. Su nombre también le gustaba. Sam. Le sentaba bien.

—Yo soy Ellen —se presentó ella. Le sonrió en lugar de darle su teléfono.

El siguió en contacto con sus dedos aunque el apretón de manos había acabado hacía tiempo, acariciando ligeramente la superficie de sus nudillos con el pulgar.

—Ellen, si me das tu número de teléfono, te prometo que cuando te llame no será para pedirte que vayamos a un museo.

—Lo siento, de verdad que no puedo. —Ellen retiró la mano con suavidad y se volvió hacia la estantería—. Entonces, ¿qué me recomiendas?

—Una cena en un restaurante que tenga un bar donde se baile un montón de música lenta.

Ella le lanzó una mirada.

—Tienes un *talento innato* para ligar. Me *refería* a qué me recomiendas para leer.

—¡Ah...! Veamos... cualquier libro de Grisham.

—Ya los he leído todos.

—Claro. ¿Y qué tal una novela romántica?

—¡Vaya! —exclamó Ellen—. Otra ostentación de sutileza.

—Yo lo sigo intentando.

Tal vez quisiera su número de teléfono, pero también se cuidaba muy mucho de no acercarse demasiado a ella ni mostrarse de ningún modo amenazante. Se dio cuenta de que Sam le gustaba. Daba la impresión de que tenía un gran sentido del humor y su sonrisa era espectacular. Y esos ojos azules de neón. Eso sí que hipnotizaba. Podía imaginarse la sensación celestial de que sus brazos la rodearan bailando lentamente al compás de una vieja y conocida canción...

Los altavoces del aeropuerto la sacaron de su ensimismamiento.

—Se busca a Ellen Layne. Ellen Layne, L-A-Y-N-E, por favor, acuda de inmediato al mostrador de información.

—Lo siento, me llaman. Tengo que irme.

—¿Sin darme tu teléfono?

—Lo lamento, pero no puedo. Me ha gustado mucho charlar contigo. —Empezó a dirigirse hacia la puerta, con la intención de ser fuerte. Sería una innegable locura dar su número de teléfono (el número de *Bob*) a un extraño que había conocido en el aeropuerto. Y a eso había que añadirle el hecho de que Sam era

tremendamente joven... —. Lo *siento* —repitió.

—De acuerdo, entonces te daré yo el mío. —Buscó una tarjeta en su chaqueta.

Pero ella no podía esperar. Y no quería la tentadora tarjeta de ese hombre metida en su bolso, para acabarla cogiendo y marcando el número en algún repentino momento de debilidad.

—De verdad, tengo que irme ahora mismo —se disculpó retrocediendo—. *Ha sido* un placer.

Sam dejó de rebuscar y la siguió hasta la puerta. Ella se volvió y aceleró el paso, esperando, por un lado, que él no la persiguiera por todo el aeropuerto y, por el otro, que sí lo hiciera.

—A ver, es muy fácil de recordar: 555-2356 —gritó él—. Los números son consecutivos, sólo hay que saltarse el cuatro. Mi código postal es el doscientos doce.

Ellen no pudo evitar girarse.

Sam no la seguía. Estaba en la entrada de la librería, viendo cómo ella se alejaba. «¡Llámame! —dijo sin voz moviendo los labios y gesticulando un teléfono con sus manos—. 555-2356.»

Intentó llenar la mente de información para no recordar el número de teléfono de Sam. Intentó inundar su cerebro de preguntas triviales: ¿Tendría esta noche tiempo suficiente para pasar por el mercado? La sandía se había acabado y en esta época del año se alimentaba a base de fruta fresca. Igual que Lydia. Su hija tenía el lunes una audición para un anuncio. Ellen tendría que acordarse de consultar el gran callejero de la ciudad colgado en la pared del despacho de casa de Bob para localizar la ubicación de la agencia de castings que organizaba la audición.

No, decididamente no tenía un hueco en su mente para recordar ningún número; ni siquiera una secuencia tan fácil como 555-2356.

Ellen no le llamaría.

Sam lo sabía como sabía que al día siguiente saldría el sol.

Ella no le había dicho su apellido, pero él lo había oído por los altavoces. Layne. Ellen Layne con «Y». Ya era un paso en la dirección correcta. Aun así, saber su nombre no le ayudaría a encontrar su número de teléfono. Sólo pasaría en la ciudad unos cuantos meses. Estuviese donde estuviese alojada, es probable que el teléfono no estuviera a su nombre.

Ella no le llamaría, y él no podía llamarle. Y era una pena tremenda, porque Ellen Layne le había gustado de verdad.

En ocasiones mantenía relaciones breves con mujeres con las que no tenía más en común que una saludable y mutua atracción. Pero hablando con Ellen, se había dado cuenta de que tenía ganas de volverla a ver, de salir con ella, de saber más cosas de ella.

Era la primera mujer que había conocido en su vida que confesaba claramente que no le gustaban los museos.

Sí, le gustaba. Mucho.

Naturalmente, el hecho de que fuese un bombón sumaba puntos.

Tenía el pelo grueso, largo hasta los hombros y de color rubio rojizo. Y sus ojos... Tenía la clase de ojos marrones oscuros que parecían dos pozos gigantes y profundos en los que perderse.

Y el cuerpo que había debajo de esa ropa tan adecuada... Era esbelta y atractiva, con suaves curvas donde había que tenerlas. La ropa también era bonita. De buena calidad.

En realidad, todo en ella era de buena calidad.

Era elegante.

Pero no era eso lo que a Sam le atraía de ella. Su atracción por Ellen Layne iba más allá de su típico Síndrome de Chica de la Zona Adinerada; probablemente porque después de haber hablado con ella, era evidente que no era ninguna jovencita *ni* tampoco de la zona rica de Manhattan, a pesar de que así lo pareciera. Aunque si T.S. estuviese ahí, seguro que no dudaría en rebatir que Connecticut era, en realidad, simplemente una extensión del Upper East Side.

Pero T.S. no estaba ahí. De hecho, era *porque* él no estaba ahora mismo en el aeropuerto, que Sam había venido en su lugar.

T.S. había telefoneado a Sam esta mañana muy contrariado. El escritor había accedido a agasajar esta noche a una anciana pariente de Bob Osborne (olvidando que esta noche también tenía lugar el primer festival de ballet de su hija de tres años).

Por lo que Sam había podido entender, T.S. estaba en plenas negociaciones con el famoso rey de las entrevistas. T.S. quería escribir la biografía autorizada de Bob Osborne, abarcando todo, desde su infancia acomodada y su estancia de tres años en Vietnam pasando por su lucha contra el abuso de sustancias, hasta el reciente incremento de su popularidad televisiva. Bob había llamado a T.S. para pedirle que cenara con su tía y, a cambio, le había dicho que aceptaría lo del libro.

T.S. había intentado telefonar a Bob otra vez para explicarle que tenía otro compromiso ineludible, pero el rey de las entrevistas no estaba disponible ni localizable; imposible contactar con él.

Es entonces cuando T.S. había llamado al Detective Sam Schaefer del Departamento de Policía de Nueva York.

Eran íntimos amigos desde quinto curso, y Sam estaba encantado de ayudar a su colega.

No había considerado importante decirle a T.S. que hoy era la primera noche libre que tenía en casi tres semanas. Ni mencionó que él y su compañero habían estado trabajando en un caso que les había hecho trabajar un montón de horas extras con poco tiempo para descansar. O hacer vida social, en cualquiera de sus sentidos.

Había sido mala suerte que llevara varias semanas sin ninguna relación de pareja. Claro que la mayor parte del tiempo estaba entre una relación y otra, ya que ninguna le duraba más de una o dos semanas. Algunas incluso menos.

Pero la experiencia le había enseñado a Sam que empezar una relación requería más tiempo y energía que mantenerla o acabarla. Y con tanto trabajo no había tenido

tiempo de iniciar una nueva. De hecho, este paréntesis duraba ya varios meses.

Aunque ahora que el caso estaba cerrado, había estado dándole vueltas a la idea de tropezarse «accidentalmente» con la guapa y nueva ayudante de administración de la jefatura de Policía al finalizar la jornada. Había pensado en invitarle a tomar una copa y, si la cosa iba bien, invitarle a cenar. Y si *eso* iba bien, las posibilidades eran infinitas.

Lo cierto es que podía haberlo hecho la noche anterior. De hecho, la joven había pasado lentamente frente a su mesa al dirigirse a la puerta. Pero Sam prefirió quedarse a terminar el papeleo.

Había mirado a la chica y durante unas décimas de segundo se había imaginado el tiempo que pasarían juntos, desde el principio hasta el mismísimo final.

Y el final era horrible.

Acababa con tensión en el despacho, enfados y recriminaciones, con lágrimas junto a la fuente de agua y reprobadoras miradas por parte del capitán de la jefatura.

En el pasado hubiera estado lo suficientemente desesperado para soportar todo eso a cambio de tener sexo desenfrenado con una chica guapa. Pero, hoy en día, saber que la relación acabaría mal era el equivalente psicológico a echar un jarro de agua fría sobre su deseo.

De agua helada. Llevaba muchos meses de celibato y ayer, cuando no le pidió una cita a la ayudante de administración, estuvo convencido de que podría pasar fácilmente muchos más meses sin sexo.

Pero entonces Ellen Layne había aparecido en la librería del aeropuerto. Y él se había convencido con igual fuerza de que no podría pasar otro día sin hablar con esa increíble mujer. Lo suyo había sido un caso grave de lujuria a primera vista.

Recordando su conversación, Sam supo sin duda alguna que, en realidad, el flirteo con Ellen no había ido en serio. Estaba claro que ella había coqueteado con él; pero eso era todo. Un flirteo insignificante.

Probablemente ella ya habría olvidado su nombre (por no hablar de su número de teléfono). Nunca le llamaría. ¿Por qué iba a hacerlo? Él no era más que un asesino psicópata en potencia que había conocido en el aeropuerto.

Seguramente no la volvería a ver en su vida.

En un momento de depresión total, Sam apoyó la frente en el cristal de la ventana mientras observaba cómo el jet de Alma se detenía cerca de la puerta de llegada. No sabía muy bien por qué se sentía tan mal. Conocía constantemente a mujeres guapas, sexys y llenas de vitalidad. ¿Qué importancia tenía que Ellen Layne fuera más guapa, vibrante y sexy que la mayoría? También era (por lo que había podido apreciar) un poco mayor que la mayoría de las mujeres con las que acostumbraba a salir. Y sabía por experiencia que a más edad más interés tenían las mujeres en comprometerse. En el pasado, sólo con pensar en la palabra COMPROMISO salía huyendo.

Debería alegrarse de que ella lo hubiese rechazado. Todo lo que iniciara con ella (incluso aunque fuera una sola noche) corría el peligro de ser increíblemente

confuso y complicado.

Pero a diferencia de la ayudante de administración, Ellen Layne no trabajaba en su oficina. Así que podía perfectamente evitar el horrible final de su relación ¿no?

Se rió de sí mismo. ¿Qué relación? Saltaba a la vista que ella no estaba interesada en él.

Lo que era una pena, porque *realmente* le había gustado...

—Hola, Sam. No me digas que también esperas este vuelo. —La voz era inconfundible.

Sobresaltado, Sam levantó la cabeza tan deprisa que se golpeó la nariz contra la ventana.

Era ella. Era Ellen Layne.

Estaba más preocupado por no parecer un idiota que por las punzadas de dolor que lo recorrían. Trató de enderezarse en lo que esperó fuera un gesto de indiferencia y se volvió hacia ella, con la esperanza de que no se hubiera dado cuenta de que había estado a punto de volverse a romper la maldita nariz.

Sus ojos marrones destilaban diversión y preocupación.

—¿Estás bien? No pretendía asustarte. Pobre nariz.

¡Pues menos mal que no se había dado cuenta!

—Me la rompí hará unos dos meses —confesó él con una mueca de dolor al tiempo que se tocaba la cara con cuidado—. Supongo que simplemente está muy sensible.

—Lo siento.

Sam empezó a abrir la boca, pero fue interrumpido antes de poder siquiera hablar.

—No pienso compensarte dándote mi número de teléfono, así que ni me lo pidas.

—¿Por qué no me das el número de tu buzón de correos? —sugirió Sam—. Me someteré a un examen psicológico y le pediré al médico que te mande una copia del informe. ¿Te parecería una prueba suficiente de que no soy ningún asesino demente?

Ella se rió. Tenía una risa grave, ronca y musical que a Sam le revolvió la sangre.

—Sé que hay personas que les piden a otras que se hagan análisis de sangre, pero ¿análisis de la salud mental?

—¡Eh, que estás en la Ciudad de Nueva York! Acostúmbrate a que aquí puede pasar de todo, nena, cualquier cosa.

Los pasajeros del avión empezaban a desembarcar. De un momento a otro Ellen se encontraría con quienquiera que estuviese esperando. Y esta vez *desaparecería* de su vida para siempre.

—¿Sabes una cosa? He llegado a darle una paliza a un hombre por llamarme así —comentó con naturalidad.

—¿Cómo? ¿Nena?

—¡Ajá!

—¿A darle una paliza, dices? Suena increíblemente erótico.

Ellen sonrió con dulzura.

—¿Sí? Pues créeme, no lo es. —Se puso de puntillas intentando ver a la gente que salía del avión.

Sam tenía que hacer algo. Y deprisa.

—Te juro que soy inofensivo, Ellen —le aseguró Sam, hablando rápido—. De hecho, soy policía; detective de policía. —Extrajo la placa y se la dio—. Te enseñaría también mi pistola, pero no estoy de servicio y en este momento no la llevo encima.

Había conseguido sorprenderla. Y lo consideró una buena señal.

—¿Policía? —Cogió la placa y la miró más de cerca, pasando el dedo suavemente por el oro reluciente—. Esto parece auténtico.

—Es que es auténtico. Ya te lo he dicho, soy el bueno de la peli. —¡Dios! Pero ¿qué demonios le pasaba? Estaba ahí de pie con un nudo en la garganta, rezando para que ella le creyera, para que ella... ¿qué? ¿Se fuese a casa con él? Eso no sucedería. Ella esperaba a alguien, y él esperaba a alguien, y...

Sam vio a Alma. Llevaba un impermeable de color rojo chillón (exactamente como T.S. se lo había descrito). Salvo que..., un segundo. Era imposible que esa mujer tuviese casi noventa años. *Medía* alrededor de metro sesenta y cinco de estatura, tal como T.S. le había dicho, y debajo del impermeable *llevaba* un chándal azul marino, como T.S. le había dicho, pero era imposible que esa mujer tuviese más de setenta años, eso si los tenía.

Fuera como fuera, la mujer del impermeable miraba a su alrededor como si no supiese con seguridad quién había ido a recogerla exactamente.

—Perdona —le dijo Sam a Ellen, abriéndose paso entre la multitud para acercarse a la anciana. Ellen se había quedado con su placa de policía, por lo que él habría pensado que ella no desaparecería. O al menos eso esperaba—. ¿Es usted Alma? —le preguntó a la mujer del impermeable rojo.

—Sí, soy yo —contestó ella con una amplia sonrisa—. Y tú debes de ser T.S. Harrison, mi escritor *favorito*. ¡Cáspita! ¡Qué contenta estoy de conocerte!

—¿Alma? ¡Sí que eres tú!

Asombrado, Sam se volvió y vio que Ellen envolvía a la diminuta anciana en un abrazo.

—¡Ellen! Pero ¡si Bobby me había dicho que tenías una clase de interpretación o algo así! —exclamó Alma—. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

—Pues tengo una sorpresa aún mayor que darte —repuso Ellen con los ojos marrones chispeantes al tiempo que le sonreía a la anciana.

Sam no pudo aguantar más.

—¿Has venido a recoger a Alma? *Yo he* venido a recogerla. —Se volvió a la mujer—. Y usted no puede ser Alma; Alma tiene ochenta y nueve años. Usted es demasiado joven.

—¡Tonterías! —le dijo Alma a Ellen—. ¿Qué mayor sorpresa puede haber que cenar con mi escritor favorito? —Le dedicó una sonrisa a Sam—. Gracias por el cumplido, muchacho, pero te aseguro que soy Alma Osborne. Si lo deseas, puedes confirmar mi edad en mi carné de conducir.

—Cumplirá noventa el próximo mayo —le explicó Ellen—. Somos una familia longeva.

—Tienes el pelo rubio —constató Alma—. Deja que te vea.

—No sé qué me ha pasado este invierno —reconoció Ellen—, pero decidí empezar el año siendo rubia... con la esperanza de divertirme más.

—Me gusta —afirmó Alma—. Te queda bien.

—A mí también me gusta —musitó Sam.

—¿Habéis venido juntos a verme al aeropuerto? —inquirió Alma.

En los ojos oscuros de Ellen había confusión.

—¿Tú también *has* venido a ver a Alma? —le preguntó a Sam.

—¿Sabes quién es? —le dijo Alma a Ellen, señalando a Sam.

—Se llama Sam. —Ellen echó un vistazo a la placa de policía que todavía sostenía en sus manos—. Es el Detective Samuel Schaefer. —Le devolvió la placa—. ¿Verdad?

—Es posible que su nombre de pila sea Sam Schaefer —repuso Alma—, pero su seudónimo es T.S. Harrison. Bobby me dijo que lo arreglaría todo para que T.S. Harrison viniera a buscarme, y aquí está.



Capítulo 2

—Hummm... —dijo Sam titubeante mientras trataba de encontrar la mejor manera de explicarse sin decepcionar demasiado a la anciana.

—¿Tú eres T.S. Harrison? —Ellen lo miró como si acabara de sacudirla un rayo. Era evidente que estaba impresionada—. ¿Por que no me lo has dicho?

La cosa resultaba tentadora. Si bien a Sam le encantó el asombro y el respeto que vio en los ojos de Ellen, lo último que quería era fingir que era algo o alguien que no era. Y por muy íntimos que fuesen, él *no* era T. S.

—Pues a decir verdad... —empezó diciendo, pero enseguida le interrumpieron.

—¡Alma! —Bob Osborne, rodeado de un séquito de guardaespaldas, se precipitó hacia ellos—. ¡Bueno, bueno! Por ti no pasan los años, querida tía. ¿Cómo demonios estás?

—¡Bobby! ¿No tenías que estar en Boston?

—Ésta era la sorpresa. —Ellen le sonrió a Alma mientras Bob estrechó a la diminuta mujer entre sus brazos y le dio un fuerte beso en la mejilla.

—Disculpen, pero yo no soy T.S. Harrison —comentó Sam, pero nadie le prestó atención.

—¡Harrison! ¿Qué tal, colega? —Rodeando todavía a Alma con un brazo, Bob se volvió para darle la mano a Sam—. Después de tan tas llamadas de teléfono, me alegro de conocerte al fin en persona. ¿Cuánto tiempo llevamos hablando? ¿Dos meses? Es un placer poderte ver físicamente.

—De hecho —siguió intentando Sam—, T.S. no ha podido...

Pero Bob no le escuchó.

—¿Conoces a mi sobrina, Ellen Layne? Ha venido a pasar el verano a mi casa. El, Harrison escribirá mi biografía, así que acostúmbrate a su cara, cariño. Durante los próximos meses lo verás muy a menudo.

—Lamento la confusión —dijo Sam—, pero...

Pero Bob se dirigía de nuevo a su tía.

—¡Mi querida Alma! Mientras esperaba a que tu avión aterrizara, he tenido *una* idea increíble. Verás, acabo de recibir una llamada de mi equipo de Boston, tengo que viajar allí de inmediato. Ya he reservado un vuelo chárter. Pero, ahí va mi gran idea, ¿por qué no te vienes conmigo? Pospón tu viaje a Londres, llama a tus amigos y diles que te retrasarás un par de días. Diles que te vas a Beantown con tu sobrino favorito.

—Mis maletas han ido directamente a Lon...

—En Boston también venden chándals ¿no? —Bob miró hacia Ellen.

—¡Por supuesto! —contestó ella.

—¡Por supuesto! —repitió él—. Te compraré lo que necesites, te alojarás en mi hotel; es un *bonito* hotel. Te invito. Tiene servicio de habitaciones, de todo. Y también te regalo un billete de avión nuevo a Londres. ¡Venga, Al, no me digas que no!

—Bueno, quería cenar con T.S. Harrison —repuso Alma despacio antes de sonreír ante la expresión del rostro de Bob—, pero me apetece mucho más ir a Boston con mi sobrino favorito. A menos que... —Se volvió a Sam—. ¿Por qué no vienes tú también? Podrías hacerle una entrevista en tu programa, Bobby.

—Pero es que yo no soy...

—Harrison tiene que hacer un par de revisiones —le explicó Bob a Alma—. Además, no concede entrevistas; aunque con una cara como la suya, la cámara se enamoraría de él. ¿No crees, El?

Ellen se limitó a sonreír.

—No puede viajar a Boston ahora mismo —prosiguió Bob—. Ya me ha hecho un favor enorme viniendo esta noche aquí.

Sam desistió de su empeño de explicarse. ¿Cómo iba a hacerlo, si Bob ni siquiera le dejaba articular palabra? En lugar de eso, y copiando a Ellen, sonrió. Obviamente, ella ya había aprendido que de nada servía intentar hablar.

—Vuelve a casa en la limusina —le ordenó Bob a Ellen. Y se volvió a Sam—. ¿Te espera el chófer fuera?

Él no era T.S. Harrison, de modo que, naturalmente, no había ningún coche con chófer esperándolo, pero era inútil tratar de explicarlo, por lo que se limitó a negar con la cabeza.

—¿Te importaría acompañar a Harrison también? —le preguntó Bob a Ellen.

—En absoluto —murmuró ella.

—Te veré dentro de más o menos una semana. Deséale a Lyd mucha suerte de mi parte mañana. —Bob se dirigió a Sam—. Le diré a mi representante que llame al tuyo para que vayan preparando el contrato del libro.

—Ha sido un honor conocerte —le dijo Alma a Sam mientras le daba un beso a Ellen.

Y en cuestión de segundos, habían desaparecido.

En comparación con el huracán doble que suponían Bob y Alma juntos, en la puerta de desembarque reinó ahora un silencio casi sepulcral.

Sam miró a Ellen.

—¿Ya puedo hablar?

Ella se rió.

—Bob puede resultar un poco abrumador. ¡Venga, salgamos ya, antes de que cambien de opinión!

Mientras caminaban, Ellen extrajo un teléfono móvil de su bolso y marcó un número.

—Hola, Ron, soy yo —dijo—. ¿Puedes, por favor, acercar el coche a la entrada delantera?

No era posible. Sam estaba a punto de volver a casa desde el aeropuerto con

Ellen Layne. Era como una especie de milagro o indicio divino.

Pero quería más que un trayecto en coche hasta Manhattan. Quizá, si jugaba bien sus cartas, el viaje en coche podría convertirse en una noche entera. Tenían que cenar. Ninguno de los dos había cenado todavía.

—¿Tienes hambre? —inquirió, acelerando ligeramente el paso para darle alcance mientras se dirigían hacia las escaleras mecánicas que los conducirían al vestíbulo principal de la terminal—. ¿Qué te parece si paramos a cenar algo?

Ella le lanzó una mirada.

—En los restaurantes del aeropuerto, no, gracias.

Maldita sea, ¡qué guapa era! Aminoró un poco la marcha durante un momento para admirar la forma en que las luces del techo parecían crear reflejos en su pelo rubio rojizo.

—Podemos ir a donde tú quieras. Me apuesto algo a que cuando sales a cenar con tu tío no siempre te deja elegir.

—Es cierto. —Sus ojos marrones centellearon cuando se rió, y Sam sintió un cosquilleo en el estómago. A estas horas de la noche tardarían al menos cuarenta minutos (tal vez incluso más) en ir desde el aeropuerto a Manhattan. En el peor de los casos pasaría todo ese rato cómodamente sentado junto a ella en la limusina.

En el mejor de los casos la miraría a los ojos durante una cena de cuatro platos que duraría hasta bien pasada la medianoche.

—Pero estoy un poco cansada —añadió Ellen—. No sé si tengo energías para tropezarme con el montón de gente que habrá y esperar una hora a que nos den mesa. Hoy es viernes y los restaurantes estarán a tope.

—Entonces, ¿qué tal si paramos en un restaurante de comida hecha y nos la llevamos? Podríamos hacer un picnic en la limusina y decirle al chófer que nos dé una vuelta por la ciudad mientras cenamos.

Ella accedió a la escalera mecánica y se giró levemente para mirarlo.

—Suenan divertido —comentó—, pero...

—Nada de peros. —Sam subió al escalón que había justo debajo de ella. Estaban frente a frente—. ¡Venga, ni siquiera puede decirse que eso sea hacer el bestia! —Jugó su mejor carta; la palabra mágica combinada con la verdad—. Por favor, Ellen. Me encantaría tener la oportunidad de hablar contigo un rato más.

Sin dejar de mirarlo, Ellen cabeceó con pesar. Cualquier situación que viviera con este hombre sería una atrocidad.

—De verdad que no puedo.

—¡Claro que puedes! ¡Venga, los dos tenemos que comer algo!

Miró a Sam a los ojos, consciente de que, simplemente, debía negarse, aquí y ahora. No sólo era demasiado joven, sino además demasiado famoso. ¡Era T.S. Harrison, por el amor de Dios! Era el niño prodigio de veintisiete años, cuyo primer libro había entrado en la lista del *New York Times* antes incluso de acabar la universidad. Y ahora iba a escribir un libro sobre su tío. Trabajaría estrechamente con Bob durante todo el verano. Iría a su casa a cualquier hora del día o de la noche. Quisiera ella o no, lo vería constantemente.

Una cosa era compartir un viaje agradable a casa, pero cenando la cosa tomaría otro cariz. Una cena (sobre todo un picnic íntimo para dos personas en la parte trasera de una limusina) añadiría un ligero tinte romántico a la noche. Y una vez iniciado, sería imposible eliminarlo sin destrozar y arruinar todo a su paso.

Cenar sería un gran error.

Ellen bajó de la escalera mecánica. Vio la limusina de Bob esperando frente a las puertas de cristal.

—¡Oh, estupendo, ya está aquí!

Al aproximarse, Ron, el chófer, bajó apresuradamente del coche y abrió la puerta de atrás.

—No te vas a creer a quién llevamos esta noche a casa —le dijo—. Te presento a T.S. Harrison.

Ellen se volvió a Sam.

—Ron se ha comprado todos tus libros; incluido el último publicado en tapa dura. *Eso sí* que es un fan incondicional, ¿no te parece?

—Encantado de conocerlo, señor.

—En realidad, mi verdadero nombre es Sam Schaefer —comentó Sam mientras estrechaba la mano de Ron—. No soy...

—T.S. Harrison es un seudónimo —le aclaró Ellen al chófer al tiempo que se subía a la limusina.

Sam subió detrás de ella y Ron cerró la puerta, encerrándolos en la silenciosa y oscura privacidad de las entrañas de la limusina. El vehículo tenía dos cómodos bancos, uno delante del otro. Podría haberse sentado frente a ella, pero no lo hizo. Se sentó a su lado. Ahora bien, ¿por qué eso no la sorprendió?

—Verás, hay algo de lo que quería hablar contigo sin que Bob estuviese delante —le dijo Ellen a Sam—. Sé que vas a escribir sobre la vida de Bob, y que sus experiencias en Vietnam son un ingrediente importante que ha hecho que en la actualidad Bob sea como es, pero...

—Ellen, tengo que decirte...

—No, espera, déjame acabar, por favor. Yo estuve allí cuando él regresó de Vietnam. Sólo tenía doce años y no me enteré muy bien de lo que pasó, pero Bob sufrió un síndrome de estrés postraumático, y cuando digo sufrió, es que *sufrió* de verdad. Recuerdo que había días en los que simplemente desaparecía; mi madre era su hermana mayor y él vivía con nosotros porque nadie más lo quería. Tuve que escudriñar el bosque que rodeaba la casa, para buscarlo, y... —Inspiró hondo—. Necesitó mucho esfuerzo y mucho tiempo para asimilar todo lo que había vivido, y yo... En este aspecto soy muy protectora con él, así que supongo que lo que intento decirte es que ni se te ocurra ser demasiado incisivo en tus preguntas. De hecho, lo que a lo mejor deberías hacer es sencillamente hablar conmigo y *preguntarme* qué hizo en Vietnam. Vivió cinco años con nosotros y aprendí a sonsacarle información sobre el tema. Fue bastante desagradable y, si pudiera, me encantaría que no tuviera que volver a recordar jamás nada de aquello.

Él estaba en silencio, ahí sentado, mirándola con una divertida sonrisa asomada

a las comisuras de sus labios.

—Bob es afortunado de tenerte a su lado —dijo al fin.

Ellen sostuvo su mirada.

—Tal vez fuera mi tío, pero también era mi mejor amigo. Lo conozco desde hace años, pero... —Ella sonrió—. Cuando lo vayas conociendo, cuando descubras el recorrido que ha hecho para llegar donde ha llegado, realmente te sorprenderás.

Sam también sonrió.

—Sí, tengo muchas ganas de leer el libro, pero no seré yo quien lo escriba. La verdad es que no soy T.S. Harrison.

Ellen tardó unos instantes en comprender sus palabras.

—¿Ah, no? —Si no era T.S. Harrison, entonces... —. ¿Quién eres?

—El mismo que pone en la placa de policía: Sam Schaefer, del Departamento de Policía de Nueva York. —Sus ojos azules estaban llenos de decepción—. Ya te lo he dicho en la librería: T.S. es amigo mío. Mi mejor amigo. Bob le pidió que recogiese a Alma, y él accedió antes de recordar que su hija tenía un festival de ballet. Así que me llamó. He intentado decirles a Bob y Alma que no soy T.S., pero no me han escuchado.

Ellen no pudo evitar reírse.

—Pensaba que sólo tratabas de ser modesto y amable; ya sabes, diciéndome en la librería que conoces muy bien a T.S. Harrison, y luego, ¡sorpresa!, *conoces* a T.S. íntimamente; de hecho, *tú eres* T. S.

—Si yo fuera T.S. Harrison, te lo habría dicho de entrada —replicó Sam—. Lo habría utilizado para obtener tu número de teléfono, te lo digo en serio, ne... —No acabó la palabra—. Iba a decir «nena», pero he pensado que si lo decía, me darías una paliza.

—¡Guau! Veo que aprendes rápido. Me gusta eso en un hombre.

Él sonrió.

—Aunque la idea de que me des una paliza sigue pareciéndome increíblemente tentadora. —Entornó los ojos—. Dime la verdad: ¿le habrías dado el número de teléfono a T.S. Harrison?

Ellen apartó de su rostro el surtidor de aire acondicionado.

—T.S. Harrison ya tiene mi número de teléfono, porque mi número es el número de Bob; al menos durante los próximos meses.

—No has contestado a mi pregunta.

Ella sonrió.

—Lo sé.

—¿Me perdonas por no ser T.S.?

—En realidad, me alegro de que no lo seas. —Se sentía aliviada de que este hombre, de sonrisa reluciente y ojos como platos, no tuviese que estar constantemente en casa de su tío—. Pero te agradecería que le contaras al verdadero T.S. todo lo que te acabo de decir, ya sabes, lo de Vietnam.

Sam asintió.

—Lo haré. ¿Qué te parece si le digo que te llame a ti directamente?

—Gracias.

El teléfono sonó; era Ron, que llamaba desde el asiento delantero. Ellen conectó el altavoz.

—¿Adónde vamos señorita Layne?

Ella le lanzó una mirada a Sam.

—¿Adónde vas?

—Espero que a cenar contigo.

Ellen miró a Sam a los ojos, azules como los de Paul Newman, y se obligó a aceptar la cruda verdad. Ahora que sabía que él no era T.S. Harrison y que era un detective de policía, y no un extraño que merodeaba por las librerías del aeropuerto, debía reconocer que realmente le gustaba. Era divertido, inteligente e increíblemente atractivo. *Quería* cenar con él. *Quería* pasar la noche encandilada bajo los efectos de su carisma. Simplemente, quería ser un poco salvaje. Quería llevar este divertido flirteo un pequeño y diminuto pasito más allá.

Nada exagerado. Ni demasiado intenso. Sería sólo una cena.

Eso quería.

Y estaba dispuesta a hacerlo.

Así pues, ¿qué importaba que él fuera demasiado joven? De todas formas, la edad era una actitud mental ¿no? Bastaba con mirar a Alma. Tenía ochenta y nueve años y estaba como un roble.

Sin apartar la mirada de Sam, Ellen elevó el tono de voz lo suficiente para ser captada por el altavoz.

—Ve hacia el West Side, Ron, por favor —pidió—. Nos gustaría parar en el Carnegie Deli y comprar algo para cenar. Y luego, si no te importa, querríamos dar la típica vuelta por la ciudad.

—Será un placer —contestó Ron, y colgó.

Sam sonrió con una sonrisa dulce, traviesa y absolutamente seductora.

—Gracias.

Sintiéndose brutalmente atraída, Ellen notó cómo se ruborizaba.

—Bueno, los dos tenemos que cenar y...

Sam echó un vistazo a su alrededor como si acabara de fijarse por primera vez en el lujoso interior de la limusina.

—Bonito coche. Supongo que no tendrá tele ¿no?

Ellen descolgó el teléfono.

—¿Ron? Hola, Sam acaba de hacer la típica broma sobre si hay o no tele en la limusina. ¿Cuántas veces lo has oído ya? ¿Siete mil seiscientos cincuenta y dos veces en los tres años que llevas de trabajo? ¿Qué te parece? ¿Lo tiramos al arcén ahora o esperamos a llegar al túnel?

—Muy graciosa. —Sam le arrebató el auricular de la mano, escuchó para asegurarse de que Ron no estaba realmente al otro lado de la línea, y colgó. Después se limitó a permanecer sentado dirigiéndole una sonrisa a Ellen.

¿Y ahora qué?

Nerviosa, Ellen pensó en algo, en *algún* tema de conversación.

—Cuéntame... ¿cómo conociste a T.S. Harrison?

—Cuando me negué a robarle su pelota de béisbol autografiada de los Mets, de las Series Mundiales de 1969.

—¿Cuando *qué*?

Él sonrió.

—Estábamos los dos en quinto curso. Angelo Giglione y Marty Keller, que eran de séptimo y a los que todo el mundo temía, me amenazaron con hacerme trizas si no conseguía una invitación para entrar en casa de Toby Harrison y robar esa pelota de béisbol en la que habían firmado todos los jugadores de los Mets del equipo del 69.

—¿*Toby* Harrison?

—Tobias Shavar Harrison. En noveno decidió llamarse por las iniciales; fue la época en que creció medio metro de altura y entró en el equipo de baloncesto. Pero en quinto todavía era el gordito Toby H., el empollón de ciencias.

Ellen procuró no reírse.

—Me encanta cómo hablas de tu mejor amigo.

—Es la verdad. T.S. no dudaría en reconocerlo.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Pues que Marty y Angelo sabían que Toby era mi compañero en ciencias, y que tendría que invitarme a su casa para acabar el proyecto. Creo que construimos un volcán. Toby se encargaba de elaborar los diagramas de las placas tectónicas y yo de construir el volcán; lo cual fue fácil, porque había hecho un volcán en miniatura en cuarto curso y aún lo guardaba en el garaje. La pasta que simulara la lava en erupción teníamos que hacerla juntos.

Ellen cayó en la cuenta de lo atenta que estaba a las palabras de Sam, como una adolescente enamoradiza. Intentó autoconvencerse de que le interesaba la historia que él contaba y no la textura ligeramente áspera de su voz, y el modo en que sus bonitos labios se movían cuando hablaba. No había que ser muy imaginativa para visualizar esa boca besando sus propios labios, su cuello, su...

Se vio obligada a apartar la vista de él para seguir atendiendo a su historia.

—Así que me invitó —continuó Sam—, y fui, e hicimos la pasta de aspecto asqueroso en su cocina, y su madre incluso nos ayudó a pensar en lo que debíamos añadirle al vinagre para hacer que del volcán saliera espuma y burbujas, y lo pasamos bastante bien. Para ser un empollón no era mal tipo, ¿sabes? La verdad es que sabía cómo hacerme reír.

Era inútil. Ellen no podía evitar mirarlo, esta vez a los ojos. Trató de fijarse mejor para ver si llevaba lentillas de color. Era imposible tener los ojos tan azules ¿no?

—Cuando acabamos de hacer el volcán —le explicó—, le pedí, como quien no quiere la cosa, que me enseñara esa increíble pelota de béisbol de la que todo el mundo estaba al tanto. Subimos a su habitación, la sacó de su caja y me dejó cogerla. Era una maravilla. Estaba llena de firmas. Valía un dineral, bueno, ya me entiendes,

no para un adulto, pero para un niño... Le pregunté cómo la había conseguido y me dijo que se la había dado su padre.

»Y cuando Toby me dijo eso, supe que mentía, porque todos sabíamos que su padre murió en Vietnam antes de que él naciera. Pero entonces me enseñó una carta que le había escrito su padre, diciéndole que su madre conservaría la pelota hasta que él cumpliera diez años. O sea, que como su padre sabía que tal vez no volvería de Vietnam, escribió esa carta para el hijo que nunca llegaría a conocer.

Totalmente embargada por la historia que le contaba, Ellen olvidó de qué color tenía los ojos Sam.

Sam le sonrió con pesar.

—Y ahí estaba yo sentado, viendo todas esas firmas y la marca del bate por donde Wayne Garrett había golpeado la pelota para ocupar todas las bases, anotando una carrera. Y me quedé mirando la carta, y miré a Toby, y observé cómo volvía a guardar la pelota en su caja especial, y *supe* que Angelo Giglione y Marty Keller, simplemente, tendrían que hacerme trizas, porque de ningún modo iba yo a robarle la pelota a ese niño. Ni tampoco dejaría que nadie lo hiciera. Se lo expliqué todo a Toby, le dije que guardara la pelota de béisbol bajo llave y que no confiara en nadie.

Ellen preguntó:

—¿Y lo hicieron? ¿Te pegaron esos chicos?

Sam se inclinó ligeramente hacia delante, y señaló una marca que tenía en la cara, justo encima del extremo de su ceja derecha.

—¿Ves esta cicatriz? Me dieron siete puntos en el City Hospital por cortesía de Angelo Giglione.

Ellen había reparado en esa cicatriz con anterioridad. No era muy grande, pero aumentaba la personalidad de su rostro. Incluso más ahora que sabía cómo se la había hecho.

—A T.S. sólo le dieron cinco puntos ese día.

—¿También le pegaron?

—Vio cómo me arrinconaban en el patio al salir de clase, y quiso que peleáramos dos contra dos. Desde entonces no nos hemos separado.

Reprimió el impulso de alargar el brazo y recorrer suavemente su cicatriz con un dedo. Se reclinó en el asiento, apartándose un poco de él, repentinamente consciente de que durante bastantes segundos sus caras habían estado a escasos centímetros, la boca de Sam lo bastante cerca como para besarla.

Ellen quería besar a ese hombre.

¡Era una sensación tan extraña! No lograba recordar la última vez que se había permitido a sí misma siquiera tener semejantes pensamientos.

Él la miraba como si pudiese leerle la mente. ¡Dios no lo quisiera!

Pero en lugar de inclinarse hacia ella y besarla en la boca, Sam se volvió y abrió la pequeña nevera que había empotrada en un lateral del vehículo.

—¡Eh! ¡Mira esto! Aquí hay cinco botellas de champán.

—Bob siempre está preparado para cualquier cosa —le dijo Ellen mientras él

extraía una y leía la etiqueta. Ella intentó calmar los latidos de su corazón—. Nominaciones a los Emmy, buena clasificación, premios Viewer's Choice... premios de la Academia, actrices ganadoras que puedan necesitar ser personalmente acompañadas a sus hoteles después de su programa... Aunque lo cierto es que él no bebe.

—Sí, eso he oído. —Echó un vistazo a las copas y al abridor guardados en un compartimiento cercano—. ¿Crees que le importará que abramos una botella?

—¿Qué celebramos?

—¡Eso no es más que un mito! —Sam sacó el plástico de la parte superior de la botella dejando el corcho a la vista—. ¿Quién dice que hay que celebrar algo para poder disfrutar de una copa de champán? En realidad, no es más que cerveza hecha a base de uvas.

Sonó el teléfono y Ellen conectó de nuevo el altavoz.

—Lo siento, chicos —se oyó la voz de Ron—, pero tengo delante un montón de coches parados.

La limusina aminoró la marcha hasta detenerse.

Sam vio cómo Ellen pulsaba un botón en el panel de control y el separador de privacidad opaco que separaba la parte trasera de la limusina de la delantera descendió. Se sentó de lado en el asiento de enfrente para poder ver a través del parabrisas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al chófer.

Éste sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero creo que ahí delante hay gente que ha bajado del coche.

Sam consultó su reloj.

—Dentro de exactamente un minuto WINS retransmite el estado del tráfico.

Ron asintió.

—Estoy saltando de una emisora a otra, pero nadie dice nada al respecto. En cuanto me entere de algo, os informo. No obstante, me temo que estaremos un rato parados.

Ellen se volvió para mirar a Sam mientras el separador subía de nuevo.

—Si algo odio de la Ciudad de Nueva York es el tremendo tráfico que hay. Espero que no tengas que estar en ningún sitio pronto.

—No, tengo toda la noche libre. —Por primera vez en su vida, Sam estaba entusiasmado de vivir un atasco.

¿Quién decía que no tenían nada que celebrar?

Sonrió y extrajo el corcho de la botella de champán.



Capítulo 3

—¿Mi película favorita? —Ellen reflexionó mientras se reclinaba en la suave piel del asiento; se había quitado las sandalias y había puesto los pies encima del asiento de enfrente—. Es difícil decir una sola. Creo que estaría entre «E. T.», «Sonrisas y Lágrimas» y «Sospechosos Habituales».

Sam se rió al tiempo que rellenaba su copa de champán.

—Son todas tan parecidas que entiendo que no te decidas —bromeó.

Él también había puesto los pies en el asiento, y Ellen le rozaba uno de los pies con los dedos del suyo.

—Lo *son*. Las tres son películas magníficas.

Sam se removió ligeramente, acercándose a ella de modo que sus pies estuvieran en permanente contacto.

—¿Quieres más? —inquirió, sosteniendo la botella.

Ellen sacudió la cabeza.

—No, gracias. Antes de seguir bebiendo necesito poder comer algo. —Miró hacia los pies de ambos (que seguían en contacto) y luego a Sam a los ojos.

—Dime, ¿a qué se debe que decidieras venir a la Ciudad de Nueva York a pasar el verano? —le preguntó Sam con una sonrisa.

Ellen no pudo evitar reírse.

—Es culpa mía ¿verdad? —repuso—. Como yo te he tocado primero, has pensado que no me importa que me toques.

Él no apartó sus pies. Al quitarse las zapatillas de deporte se había sacado los calcetines blancos, y tenía los pies calientes, de dedos rectos y uniformes. Pero en comparación con sus brazos y sus manos, sus pies eran blancos como el papel, como si no pasara mucho tiempo descalzo. Sin embargo, eran agradables a la vista, y aún más al tacto de sus propios dedos ligeramente fríos.

Sam tomó otro sorbo de champán mientras la miraba fijamente.

—Preferiría cogerte de la mano, pero he pensado en empezar despacio. Tienes que reconocer que estoy siendo increíblemente comedido, teniendo en cuenta que llevamos juntos aquí sentados... —Consultó su reloj—. Casi dos horas.

—Para ser un hombre que no se considera sutil, tu sutilidad ha sido asombrosa —convino Ellen.

Sam pasó el brazo por delante de ella para dejar su copa en un posavasos que había en el lateral del interior, y sus hombros se tocaron. Pero cuando se retiró, no se alejó lo suficiente, así que ella no se sorprendió cuando él le cogió una mano y sus dedos se entrelazaron.

La sensación le aceleró el corazón, pero no se vio capaz de soltarle la mano. No

quería hacerlo.

—Te veo un poco asustada —le susurró él mientras acercaba la mano de Ellen a sus labios—. Estoy haciendo todo lo posible para no asustarte.

—No estoy asustada —replicó ella. Y no lo estaba. Sabía con seguridad que lo único que tenía que hacer para que Sam la besara era no moverse. Lo único que tenía que hacer era seguir sentada como estaba y simplemente mirarlo, y él se inclinaría hacia delante y...

Pero no lo hizo.

Sam se limitó a sonreírle, sus ojos ardían llenos de pasión contenida.

Llevaban casi dos horas sin parar de hablar detenidos en medio del atasco del Van Wyck Expressway. Ron les había comunicado la noticia de que un camión había volcado en la carretera, delante de ellos, y había estado a punto de aplastar tres coches. Al parecer había tres equipos distintos con tres cizallas diferentes intentando sacar a los pasajeros gravemente heridos. Asimismo, un grupo de helicópteros había aterrizado en la autopista, esperando a transportar a los heridos al hospital. La carretera seguiría bloqueada aproximadamente una hora más.

No podían hacer otra cosa que esperar.

Y hablar.

Y abrir una segunda botella del costoso champán de Bob. Ellen le había hablado a Sam un poco (sólo un poco) acerca de los doce años que había durado la farsa de su matrimonio con Richard. Él le había explicado brevemente su infancia en Brooklyn (que era hijo de una segunda generación de policías neoyorquinos, y que como primogénito había sentido la presión de seguir los pasos de su padre y su abuelo para entrar en el cuerpo policial). Habían hablado de libros y películas. Habían comentado las últimas tendencias de moda y discutido sobre el futuro de la música pop. Habían hablado del mejor restaurante chino de la ciudad y de cuál era el mejor sitio de comida árabe del Village.

Ellen no le había hablado de sus hijos. Por mucho que quisiera con locura a Lydia y a Jamie, necesitaba sentirse joven y salvaje (aunque fuera una sola noche). Y una persona joven y salvaje, y a punto de besar a un hombre casi diez años menor, no podía tener una hija de quince y un hijo de trece.

Porque él la *besaría*. Ellen se dio cuenta de que Sam, simplemente, se lo tomaba con calma. Cosa que hacía que aún le gustara más, como le gustaba la expectativa que parecía prolongarse con cada segundo que pasaba.

Ahora él contemplaba sus labios, y la miró una vez más a los ojos antes de inclinarse hacia delante y sellar sus bocas.

Se saltó todas las normas sobre un primer beso tradicional e introdujo la lengua apasionadamente en su boca, como si llevasen años amándose. Sam sabía a champán, dulce y delicioso mientras la besaba con intensidad y pasión. Ella reaccionó con total entrega; el fuego corría por sus venas. ¡Dios!, hacía tanto tiempo...

Ellen quiso rodearlo con sus brazos, pero todavía sujetaba su copa con la mano.

Sam levantó la cabeza el tiempo suficiente para cogerle la copa de la mano y dejarla junto a la suya. Y después volvió a besarla, como si nunca hubiese parado;

como si no tuviese intención de parar otra vez.

Ellen le acarició el pelo con los dedos; era asombrosamente suave. Sus brazos y su espalda estaban increíblemente duros, sus músculos duros y firmes. Y mientras con las manos exploraba su cuerpo, él hizo lo propio con las suyas, tocándole el cabello y la piel desnuda de sus brazos, provocándole escalofríos de deseo por la espalda.

Ahora tenía un *gran* problema...

—Ellen, quiero hacer el amor contigo. —Sus dedos encontraron el borde de su blusa y ascendieron por su piel, cubriendo sus suaves pechos, acariciándola y tocándola con total intimidad.

Quizás antes no tuviese miedo, pero ahora estaba muerta de miedo; no por la forma en que Sam la tocaba, sino por cómo eso le hacía sentirse.

Ellen también quería hacer el amor con él.

Desesperadamente.

Se apartó de él con tanta fuerza que casi fue a parar al otro lado de la limusina.

Sam supo que había ido demasiado lejos, y se disculpó al instante.

—Lo siento —confesó—. Me he pasado. No era mi intención...

Desde el otro extremo de la limusina Ellen se rió. Era una risa temblorosa, pero risa.

—Si ésa es tu forma de besar cuando no pretendes besar, no quiero ni pensar cómo será un beso *intencionado*.

Ellen estaba imponente. Con la blusa medio salida de la falda, el cabello desmelenado y los labios levemente hinchados debido a la aspereza de su barba de un día, estaba asombrosamente sexy. Al apartarse así de él, Sam tendría que haberse empezado a enfriar. Sin embargo, se excitó todavía más.

Ella cogió su copa y tomó un sorbo largo y vigorizante. Sam vio cómo se lamía con la lengua una gota de champán de los labios, y en su mente se agolparon cientos de increíbles fantasías.

Ninguna de las cuales ocurrirían esta noche, se dijo seriamente a sí misma. Sí, la había besado, y sí, ella le había correspondido como si hubiese pasado los últimos diez años en una isla desierta sin ver a ningún hombre. Sí, ella lo había sorprendido y excitado al máximo con la intensidad de su reacción. Sí, ella lo había besado como nunca antes lo habían hecho, pero la realidad de la situación era que no se acostaría con él esa noche.

Inspiró hondo y exhaló deprisa, removiéndose ligeramente en su asiento.

—¿Qué te ha traído a Nueva York? La mayoría de la gente en verano se va a Connecticut para huir del calor.

Sonó el teléfono y Sam se rió.

—Estoy destinado a que no contestes a mi pregunta. —Alargó el brazo para conectar el altavoz, tal como le había visto hacer antes a ella.

—Acabo de escuchar las noticias del tráfico —anunció Ron—. Han sacado a la niña del vehículo, y el último helicóptero ha salido ya hacia el hospital. Enseguida empezarán las labores de despeje de la carretera. Teóricamente no tardaremos más

de diez minutos en empezar a movernos.

—Gracias, Ron —dijo Ellen.

Sam cortó la comunicación.

—Tal vez deberíamos llamar al Carnegie Deli y pedir la cena para no tener que esperar; así sólo tendremos que recogerla.

—¿Todavía quieres cenar?

—Sí, estoy muerto de hambre, ¿tú no?

Ellen se desplazó hacia atrás para coger el teléfono. Lo cual también la dejaba al alcance de Sam, pero él tuvo la prudencia de permanecer en su sitio con la esperanza de que después de llamar ella también se quedaría donde estaba. Y luego podría iniciar un lento acercamiento en su dirección...

—Hola, Ron —dijo por el auricular—. ¿Sigue en pie lo de pasar por el Carnegie Deli? ¿Sí? Estupendo. Vamos a llamar para pedir nuestra cena, ¿qué quieres que te pidamos? —Hizo una pausa—. Probablemente yo me tomaré un sándwich Reuben. ¿Tú también? Genial. Ahora lo pido. —Colgó y rápidamente marcó otro número.

—¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad? —inquirió Sam.

Ella le lanzó una mirada.

—Cuatro días.

—¿Y ya te sabes de memoria el número de teléfono del Carnegie Deli? Estoy impresionado.

Ellen le sonrió.

—Juré que no cocinaría en todo el verano. Y como Bob se lleva a su cocinero cuando se va de la ciudad, hemos, *he* estado viviendo a base de comidas preparadas. ¿Hola? ¡Maldita sea! Me han puesto en espera. Ron y yo tomaremos un Reuben. ¿Tú qué quieres, Sam?

¿Tú qué quieres, Sam? Esa pregunta sí que estaba cargada de sentido. Sam se limitó a mirarla a los ojos, y las mejillas de Ellen se sonrojaron ligeramente. La quería a ella, y Ellen lo sabía.

—Que sean tres —contestó al fin—. Pide unas cuantas patatas rebozadas también, y una ración pequeña de ensalada de col picada. ¡Ah..., y pastel de queso! El pastel de queso no puede faltar.

Ellen hizo el pedido y luego colgó el teléfono. Sam rezó para que no se moviera, y no lo hizo.

—Nunca había hecho una cosa así —confesó—. Me refiero a lo de tomarme un verano entero libre y venir a la Ciudad de Nueva York. Normalmente, imparto uno o dos cursos de verano.

—¿Eres profesora?

—Profesora de universidad. Enseño inglés a los de primer curso.

Él se acercó un poco a ella.

—¿Qué universidades hay en Connecticut? Aparte de la Universidad de Hartford, no se me ocurre ninguna más...

—Doy clases en Yale —matizó Ellen.

—Yale —repitió Sam—. Sí, Yale está en Connecticut ¿no? ¡Yale, guau! ¿Dónde

van los jóvenes inteligentes y los profesores aún más inteligentes?

—No es para tanto.

—Creo que me siento intimidado —declaró él, avanzando poco a poco hacia ella.

Ellen se echó a reír.

—¿Tú? No creo ni que esa palabra forme parte de tu vocabulario.

—¿Tienes un máster o algo?

—Soy doctora en filosofía.

—De modo que estoy aquí sentado, ¡a punto de echarle el lazo a la *doctora* Ellen Layne!

—¿Otra vez pretendes «echarme el lazo»?

Sam se acercó más.

—Adoro a las mujeres inteligentes.

Ellen puso los ojos en blanco.

—Algo me dice que adoras a las mujeres, y punto.

—No estamos hablando de mí ahora —recalcó Sam acercándose a ella lo suficiente para cogerle la mano—, sino de ti. Así que has tirado por la borda tus cursos de verano para venirte a la ciudad; y me imagino que no precisamente para visitar museos.

Ellen tenía unas manos bonitas: unos dedos casi tan largos como los suyos, pero mucho más finos, de uñas cuidadas y piel lisa y suave. No llevaba joyas ni anillos. No era una de esas personas divorciadas que se aferraban al pasado negándose a quitarse el anillo de bodas. Lo cual era una buena señal.

Ellen lanzó una mirada a sus manos, a la forma en que él acariciaba la parte anterior de su muñeca moviendo lentamente un dedo.

—Lo cierto —dijo ligeramente falta de aliento— es que he venido a Nueva York para intentar ser actriz. —Levantó la vista para mirar a Sam a los ojos y sonrió—. Además de aprenderme de memoria el número de teléfono del Carnegie, me he presentado a cinco audiciones diferentes en los últimos cuatro días. Una de ellas era para obtener un papel en una telenovela. —Se rió—. No sé qué haré si finalmente me lo dan.

—Trasladarte a Nueva York.

—No es tan sencillo.

—Pues da la impresión de que hasta ahora ha sido bastante sencillo. La mayoría de la gente que viene a Nueva York para actuar tarda años simplemente en encontrar un agente que le consiga audiciones. Y a la semana de llegar, ¿tú has hecho pruebas para qué serie: «Guiding Light», «As the World Turns»?

—De hecho, se trata de un programa en desarrollo. ¿Cómo sabes tanto del tema?

—Una... ex vecina mía logró que le dieran un papel en «ATWT», aunque al cabo de unas cuantas semanas la liquidaron, bueno, liquidaron a su personaje. Yo, humm..., le ayudé a cargar las cosas en su furgoneta cuando decidió irse a Los Ángeles. —Con la excusa de que la limusina avanzaba, Sam aprovechó para mirar

por la ventanilla y esquivar la mirada de Ellen—. Ya arrancamos —declaró—. ¡Por fin!

Conque una ex vecina, ¿eh? De algún modo, Ellen dudaba que la ex vecina, fuese quien fuese, hubiese descrito su relación con Sam con esas mismas palabras. Ex novia, quizá. O tal vez ex amante.

Pero la verdad es que Ellen no quería saberlo. No quería que le importara. Es más, se negaba a ello. Sam Schaefer estaba con *ella* esta noche. Y no le interesaba nada más que el aquí y ahora. El pasado y el futuro no importaban. De lo único que debía preocuparse era de este preciso instante, de cómo Sam le acariciaba la mano con los dedos, y la cara con sus ojos.

Ellen supo en ese momento que iba a volver a besar a Sam. Probablemente más de una vez. Pero era adulta. Era una mujer hecha y derecha. Sabía cuál era la diferencia entre realidad y fantasía; y lo que estaba sucediendo ahí, en esa limusina, era sin duda fantasía. Ese hombre no sólo era demasiado joven para ella, sino que saltaba a la vista que no era la clase de hombre que invertía en relaciones a largo plazo. Era más que evidente que cuanto dijeran e hicieran en esta burbuja protegida del interior de la limusina se evaporaría y dejaría de existir en el momento en que intentaran trasladarlo al mundo real.

—Dime, ¿cómo has conseguido un agente tan rápido? —inquirió Sam, de nuevo con valor para mirarla a los ojos.

—Normalmente se produce un círculo vicioso —contestó ella—. Ya sabes, no consigues agente hasta que te dan un papel, y no te dan un papel hasta que tienes agente.

Sam asintió.

—Eso tenía entendido.

—Bueno, esta primavera pasada tuve un golpe de suerte. Estaba en el lugar oportuno en el momento oportuno y, que redoblen los tambores, por favor, me seleccionaron para un anuncio de emisión nacional. Después de aquello pude elegir agente. Y elegí a uno bueno.

—¿De qué es el anuncio? A lo mejor lo he visto.

Ellen sacudió la cabeza.

—No lo creo. Supuestamente, se empieza a emitir en algún momento a lo largo del verano, pero no creo que haya empezado ya. Es uno de esos espantosos anuncios de detergente para lavadora. Tengo el papel de una madre a la que confunden con su hija adolescente porque lleva la ropa limpiísima. O algo así.

—Es imposible que tengas edad suficiente para ser madre de una adolescente.

Ellen se limitó a sonreír.

—Bueno..., ¿y qué pasaría si te dieran ese papel en la telenovela? ¿Dejarías Yale?

Ella le contestó con la máxima sinceridad posible.

—Si la cosa simplemente dependiera de lo que yo quiero hacer, sí, tal vez sí. Antes me encantaba enseñar, pero... —Cabeceó—. Estos últimos años voy a trabajar a desgana. Me temo que me he quemado. Tengo la sensación de que hago malgastar el

tiempo y el dinero a mis alumnos. Me siento de lo más inútil y agotada y... ¿por qué te cuento esto? No creo que te interese.

Sam le apretó la mano.

—¡Eh! No decidas por mí lo que me interesa y lo que no. Es obvio que se trata de algo que te agobia y, a decir verdad, sé de lo que hablas.

Sin su sonrisa despreocupada tenía una expresión más dura, parecía más mayor, notablemente cansado de vivir.

—Para serte sincero, Ellen, yo también me he sentido quemado. Aunque es difícil largarse cuando en la jefatura de Policía hay demasiados pocos funcionarios que saben de qué coño va el cotarro y mucha gente que no. —Se rió, pero era un sonido áspero y frágil—. Y, naturalmente, está mi padre. No sé cómo narices decirle que me he cansado de vivir su sueño. ¿Y qué haré si me voy? Tengo que poner en una balanza todo ese bagaje junto al hecho de que siento que no acabo el trabajo. Empiezo a preguntarme si quizá soy un peligro para los hombres y mujeres con los que trabajo, y... Eso me quita el sueño algunas noches; supongo que sabes a qué me refiero.

—Sé *exactamente* a qué te refieres —susurró Ellen—. ¿Cómo voy a dejar mi trabajo y mi puesto en Yale por un breve contrato como actriz de telenovela? Y si el trabajo no sale, entonces, ¿qué? Tengo facturas que pagar. —Educaciones universitarias a cuyo pago debía contribuir. ¡Dios! La idea era aterradora—. Sin embargo, al mismo tiempo tengo que pensar en los alumnos a quienes intento enseñar. Se merecen una profesora que desee estar allí con ellos. Espero que este verano en Nueva York me dé lo que necesito. A lo mejor no necesito un cambio drástico en mi vida. —Soltó una carcajada—. Sin contar el fuerte cambio que supuso para mí echar a Richard de casa. Espero no necesitar más que unas vacaciones.

—Tal vez lo que necesites sea un amor de verano.

Se miraron fijamente a los ojos. Ellen sintió cómo latía su corazón, sintió el reciente recuerdo de los labios de Sam contra los suyos. Y entonces él la tocó, deslizando suavemente los dedos por su pelo y su mejilla hasta su barbilla.

Su imagen seductora, alegre y despreocupada seguía oculta, dejando al descubierto las emociones en su rostro y el fuerte ardor en sus ojos.

—Tal vez este verano ambos encontremos al fin lo que buscamos —añadió en voz baja.

¿Qué cosas horribles habría visto con esos ojos aparentemente cansados? Ellen no pudo evitar preguntarse qué habría pasado para que este hombre dudara de sí mismo por completo. O quizá no se tratase de nada específico. Ella había visto bastantes dramas policiales en televisión y había apartado la vista cuando salían crímenes atroces y espantosos. Pero eso era pura ficción. La vida de Sam era real. Convivía a diario con la atrocidad y el peligro.

Sam tiró un poco de Ellen hacia sí, quien, atrapada entre sus brazos, levantó la boca hacia la suya.

Una vez más sus labios le resultaron familiares, su beso era como volver a casa. Era extrañísimo, porque durante años el único que la tocó fue Richard.

Tras el divorcio le había dado miedo tener relaciones sexuales de nuevo. Durante los últimos tres años no se había acercado a los hombres temerosa de que no le gustara el contacto con otro hombre. Temía arrepentirse de su decisión, le horrorizaba verse obligada a afrontar el hecho de haber abandonado al único hombre que había amado en su vida. Porque Richard, a pesar de sus deslices en el ámbito de la fidelidad, había sido un amante absolutamente perfecto.

Pero se había equivocado; se había equivocado por completo.

Deseaba a Sam con un anhelo que le hacía alegrarse de que sus brazos la rodearan, abrazándola con fuerza, impidiendo que se cayera.

Sus besos eran familiares y al mismo tiempo tan totalmente diferentes, tan apasionados, tan vivos. La besó con ímpetu, con ansia, con una desesperación apenas contenida.

¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía necesitada de esa manera?

También había otras diferencias. La forma en que Sam olía. Igual que Richard, llevaba colonia, pero la suya era menos aromática, más natural. Era más ligera, más fresca, más etérea. Sus labios eran más suaves, su barba más áspera, su pelo más sedoso, sus brazos más anchos.

Sam era a la vez más grande y más menudo que Richard. Era por lo menos siete centímetros y medio más bajo que él, pero mientras que Richard era delgado y esbelto, Sam era musculoso y de constitución fuerte. Sus piernas eran más fuertes, su pecho y sus hombros más anchos, sus brazos más duros, sus manos más grandes. Era una sensación extraña sentir esos brazos desconocidos a su alrededor, sentir esas manos desconocidas explorando su cuerpo, tocando sus pechos.

Sam se apartó, jadeando.

—Casi hemos llegado al restaurante, pero de repente ya no tengo tanta hambre.

Ellen miró a los ojos a ese hombre que no era Richard mientras se libraba de sus brazos.

—Yo tampoco —confesó, perdida en el chispeante fuego azul que ardía en ellos. Sonrió y empezó a ponerse las sandalias—. Pero alguien tiene que comprarle a Ron su sándwich.



Capítulo 4

—Ron sigue creyendo que eres T.S. Harrison —le dijo Ellen a Sam mientras desenvolvía uno de los sándwiches Reuben—. Me ha contado que ha llamado a su mujer desde su teléfono del coche para decirle que te estaba dando una vuelta. Estaba tan emocionado que he sido incapaz de explicarle la verdad.

Estaba sentada frente a él, se había vuelto a quitar las sandalias y tenía las piernas debajo de su cuerpo. Sam observó cómo le daba un mordisco a su sándwich. Lo sostuvo en lo alto y utilizó la lengua para lamer un poco de salsa Thousand Island (elaborada con una mezcla de mahonesa y ketchup, y diversas verduras finamente picadas) que rebosaba entre el pan.

Miró fijamente. Era consciente de ello, pero la boca de Ellen lo había hipnotizado. No podía pensar en nada más que en lo mucho que deseaba volverla a besar.

No era del todo cierto. Sí que *podía* pensar en una cosa más: en el condón que había comprado en una máquina expendedora del lavabo de caballeros del restaurante. Se moría de ganas de usarlo.

No estaba realmente seguro de por qué lo había comprado. Tal vez había sido la manera en que ella lo había besado justo antes de llegar al Carnegie. Tal vez fuesen imaginaciones suyas.

Había pasado la mayor parte de las últimas horas convencido de que, si tenía suerte con Ellen Layne, no sería esta noche. Pero luego, al estar frente a esa máquina expendedora, había visualizado en su cabeza una imagen repentina, increíblemente nítida y asombrosamente clara de Ellen entre sus brazos, casi sin ropa, tumbada en el asiento trasero de la limusina. Así que había comprado un condón. ¡Por nada del mundo sería sorprendido sin uno!

Tenía una caja entera de preservativos en la guantera de su coche. Pero éste estaba al otro lado de la ciudad, en el aparcamiento de la jefatura de Policía, donde lo había dejado hacía un montón de horas, antes de ir al aeropuerto para hacerle un favor a T.S.

Parecía que hubiese pasado una eternidad. Había sido antes de saber que pasaría dos horas en un atasco, encerrado en un cubículo con la mujer más atractiva que había conocido en bastante tiempo.

Había sido antes de Ellen.

—¿No vas a comer? —inquirió ella.

Sam desenvolvió su sándwich. Olía bien. Al pegar un mordisco se dio cuenta de que estaba hambriento. No había tomado nada tan delicioso en toda su vida, y eso que había comido en el Carnegie Deli un montón de veces.

Era extraño; como si todos sus sentidos se hubieran agudizado.

—¿Así que T.S. y tú seguisteis siendo íntimos al acabar la primaria? —le preguntó Ellen entre mordisco y mordisco de su sándwich.

Sam asintió.

—En secundaria y bachillerato los dos jugamos en el equipo de baloncesto.

—Creo que he leído en alguna parte que T.S. fue a la Universidad de Nueva York. ¿Tú también fuiste allí?

—No, yo, eh..., no fui. —¿Cuál era el problema? ¿Qué importancia tenía que ella fuese profesora de una universidad de la Ivy League¹? ¿Y que él sólo tuviese un diploma de bachillerato?—. No fui a la universidad.

Ellen se sorprendió.

—Pero pareces tan... No sé, tan leído, supongo.

—Me encanta leer, siempre he leído. Pero de pequeño el baloncesto me gustaba más que hacer los deberes, y cuando llegó el momento de pedir becas, mis notas no eran dignas de ninguna ayuda económica. Y mi padre sólo tenía dinero ahorrado para enviarnos a dos de los tres hijos a la universidad. Habríamos ido mi hermano y yo, porque éramos los mayores, pero sabía la ilusión que le hacía ir a Joni, mi hermana... —Se encogió de hombros—. El resto es historia.

Sam pegó otro mordisco a su sándwich, consciente de que ella lo miraba fijamente con sus ojos marrones, escudriñando con intensidad, como si estuviese intentando leerle el pensamiento.

—¿Y qué me dices de *tu* ilusión? —le preguntó ella en voz baja.

Podía leerle el pensamiento. Sam sacudió la cabeza y habló con la boca llena.

—En realidad, a mí no me hacía tanta ilusión ir. —Tragó—. Por lo menos no tanta como le hacía a Joni.

—¿Y si alguien hubiese insistido? ¿Habrías ido, si te hubieran dado una beca?

Él sonrió.

—Sí, vale, tienes razón. *Quería* ir. Es sólo que... preferí que fuera Joni. No pasa nada.

La mirada de Ellen era dulce y ¡tan afectuosa!

—Sabes perfectamente que sí pasa.

—Bueno, está bien, soy un auténtico héroe. Hablemos de otra cosa, ¿vale? —Alargó el brazo para coger la botella abierta de champán, rellenó las dos copas y le dio a Ellen la suya.

—Gracias. —Tomó un sorbo—. Podrías ir a clase por las noches. Tardarías más de cuatro años en licenciarte, pero...

—No, nunca sé qué noches tengo que trabajar. —Sam pegó otro mordisco a su sándwich—. ¿A que está bueno esto, eh?

Ellen dejó su sándwich, se inclinó hacia él y gesticuló con su copa de champán en la mano.

—Tu mismo has dicho que estabas pensando en dejar el trabajo. Podrías estudiar a tiempo completo. Creo que te encantaría; incluso los deberes.

¹ Ivy League: Asociación de ocho universidades privadas del Noreste de Estados Unidos. (*N. de la T.*)

Él suspiró.

—No quiero, ¿vale? ¿Podemos cambiar de tema...?

—¿Cómo es posible que no quieras...?

—Pues no quiero. —Apuró su copa.

—Sam, si no tienes dinero ahorrado, tal vez podrías...

—Tengo un montón de dinero ahorrado, pero simplemente no *quiero*....

—Hace diez años querías.

—Exacto. Hace diez años. Diez *años*. —Rellenó su copa—. Soy demasiado mayor, ¿vale? Me sentiría idiota... tendría diez años más que todos los de la clase.

—En eso te equivocas totalmente. En mi clase de inglés de primer curso a veces tengo alumnos mayores que *yo*. —Ellen se había inclinado tanto hacia delante que corría el riesgo de caerse del asiento. Sus ojos marrones ardían, su cara estaba roja por la necesidad de demostrarle que estaba en un error.

Sam la miró a los ojos preguntándose si percibiría el fuego que acababa de desatarse en su interior, preguntándose si sentiría cómo el aire casi crepitaba a su alrededor por la expectación eléctrica y el deseo.

—¿Por qué no te acercas y me convences? —le susurró.

Para su sorpresa, Ellen no retrocedió, sino que sonrió. Tenía una sonrisa increíble; una sonrisa que iluminaba todo su rostro. Sam se dio cuenta de que también le sonreía.

—No te gusta nada hablar de ti, ¿verdad? —le preguntó ella—. Seguro que usas esa sonrisa para escaquearte, ¿me equivoco? Con esa sonrisa y un par de besos para despistar ya no necesitas pronunciar una sola palabra sobre las cosas que realmente te importan o sobre tus verdaderos sentimientos.

Sam no podía negarlo.

—¡A ver...! ¿Qué quieres saber de mí? No sé si podría expresar con palabras lo que siento ahora mismo, pero tal vez pueda demostrártelo...

—No te pongas tierno. ¡Venga! Háblame de ti. Cuéntame. ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? ¿Ingresaste en el cuerpo de policía nada más acabar el bachillerato?

Eso era fácil de responder.

—No, antes estuve dos años en los Marines. Cuando estudiábamos bachillerato vinieron a reclutar gente y nos lo plantearon como si nos fuesen a enviar de inmediato al otro lado del charco, ya sabes, destinados a Europa; queso, vino, francesas, ¡oh, la, la!... Mi padre me estaba presionando para que entrase directamente en la academia de policía. Creo que pensé que era mi última oportunidad para hacer algo por mí mismo. Quería ver París y Roma. Las islas griegas. —Se rió—. Pasé el primer año en Kansas y el segundo en Dakota del Sur. Odié cada minuto que viví, pero me negué a que mi padre supiese que me había equivocado. —Le sonrió—. ¿Qué? ¿Te ha parecido suficientemente íntimo?

Ellen le devolvió la sonrisa y tomó otro sorbo de champán.

—Es un buen comienzo. Continúa.

—¿Estás segura de que no es el momento de unos cuantos besos para despistar? Ella se echó a reír.

—De ninguna manera; continúa.

—Está bien. Veamos... Supongo que puede decirse que, en retrospectiva, mis dos años de marine fueron positivos. Fuimos sometidos a un entrenamiento básico; de hecho, me puse realmente fuerte, y eso es bueno. Además, pasar un par de años lejos de casa me vino muy bien. Quizá no estuve en París, pero los Badlands eran incomparables. Hice unos cuantos buenos amigos, aprendí un montón de historia de los nativos americanos, viví uno o dos tornados y durante el proceso mi padre se puso furioso, que es el mayor deseo de cualquier joven de dieciocho años. Sí, no fue tan malo como me pareció.

—¿Y luego volviste a Nueva York e ingresaste en el cuerpo de policía?

—¡Correcto! ¡Has ganado diez puntos! Entré, pasé todas las pruebas y me convertí en un poli uniformado. Me nombraron detective hace cinco años, y... aquí estoy.

—Pensando en dejarlo.

Sam hizo una mueca de disgusto.

—De eso ya hemos hablado. ¿Estás segura de que no quieres hablar de algo más fácil, como mis antiguas novias?

—Supongo que habrá tantas que nos estaríamos aquí toda la noche.

De nuevo, Sam no podía negarlo.

—¿Cuándo me toca a mí interrogarte sobre tus ex novios?

Ellen se encogió de hombros.

—No hay nada que preguntar. Sólo tuve uno. Adam Webster. Se trasladó a mediados del segundo curso de bachillerato. Estábamos enamorados; realmente creo que lo estábamos, pero su padre consiguió un empleo en Ohio. Me escribió durante un tiempo, pero... —Sorbió su champán con delicadeza—. Y luego vino Richard, con quien me casé. Tontamente.

Dos hombres. Solamente había habido otros dos hombres en la vida de Ellen Layne. Sam no pudo evitar desear que él fuera el tercero.

—Tu divorcio —dijo él—, es bastante reciente, ¿verdad?

—Sí, es una situación reciente —contestó—. Estuvimos doce años casados. ¡Dios! Me pongo roja sólo con pensar en lo estúpidamente ingenua que fui.

—A veces aquello que tenemos ante nuestras narices es lo que más nos cuesta ver.

—¡Y que lo digas!

—¿Qué hizo? ¿Tuvo una aventura?

—Creo que es el momento de que me des uno de esos besos para despistar —declaró Ellen.

Sam no lo dudó. Avanzó y se sentó a su lado. Ella dejó su copa y se volvió a él.

—Esto se te da bien, ¿eh? —inquirió.

Él simplemente sonrió. Y la besó.

Ellen se derritió en sus brazos. Tenía los labios desgarradoramente suaves, su boca sabía dulce como el champán y Sam sintió un deseo agudo que le impulsó a besarla con más fuerza e intensidad. Quería engullirla, tragársela. No podía

contenerse.

Cada vez que la había besado, lo había hecho con suavidad y dulzura. Pero en cada ocasión había experimentado ese deseo imperioso, que no había podido ignorar; un deseo acrecentado por la pasión de la reacción de Ellen. Era cuanto podía hacer para no tumbarse en el asiento con su suave cuerpo debajo del suyo. Supo con certeza que no tardaría mucho en seducirla. Un poco más de champán y unos cuantos besos más, y podría usar el condón que había comprado.

Levantó la cabeza.

—Richard es un estúpido. ¿Cómo puede ser alguien capaz de *engañarte*?

Ella le tocó la cara, resiguiendo la cicatriz que tenía junto a la ceja derecha.

—Me da la impresión de que Richard era del todo incapaz de *no* engañar — repuso Ellen—. Lo hizo tan bien que probablemente nunca me habría enterado, de no ser porque tuvo que ingresar en el hospital debido a una peritonitis. Tienes un pelo precioso.

Sam no quiso que le distrajeran los dedos de Ellen deslizándose por su pelo.

—Por favor, no me digas que te tropezaste con su amante en el hospital.

Ella dejó de acariciarlo y se apartó, deshaciéndose de sus brazos. Sam le cogió una mano antes de que se alejara demasiado.

—No fue tan dramático —le explicó—. Richard estuvo casi tres semanas en el hospital; hubo complicaciones tras la operación, nada grave, una pequeña infección, pero no le dieron el alta hasta que se curó. Mientras él estaba ingresado yo me di cuenta de que todas nuestras facturas se amontonaban. Desde que nos casamos él se había ocupado de extender los cheques para pagar las facturas, pero me imaginé que cuando saliera del hospital no tendría ningunas ganas de hacerlo, así que se me ocurrió darle una sorpresa y ocuparme del tema. Pero al ver los extractos de su tarjeta de crédito la que se llevó una sorpresa fui yo.

Inhaló profundamente y soltó el aire de golpe.

—Había pagos semanales a un hotel que no estaba a más de media hora de distancia de nuestra casa.

Sam se imaginó lo que venía a continuación. Tuvo ganas de matar a aquel bastardo, pero lo único que podía hacer era darle la mano a Ellen. Que es lo que hizo. Y escuchó.

—Supe al instante que estaba ante algo que Richard no quería que yo viera, de modo que, naturalmente, seguí indagando. Como lo archivaba todo con meticulosidad, pude retroceder casi siete años en sus papeles, y pude ver... —Le tembló la voz, pero se aclaró la garganta y volvió a empezar, esta vez con voz más segura—. A través de las compras realizadas con la tarjeta de crédito pude ver exactamente cuándo había iniciado cada aventura nueva. Le compraba, a quien fuera, una prenda de un catálogo de lencería. Después, una costosa joya. Había un montón de extractos de restaurantes caros de comidas y cenas. Y, por supuesto, estaban los extractos de una habitación de hotel; en ocasiones dos, tres o incluso cuatro veces a la semana. No pasaba la noche fuera. Sólo usaba la habitación a la hora de comer o cuando fuera. Quizá lo hiciera justo al salir del despacho. —Se rió, pero

era un sonido seco y carente de humor—. Y después venía a casa conmigo. —Se imitó a sí misma—: «Hola, cariño, ¡qué tarde llegas hoy! ¿Has tenido un día duro? Pobrecito, deja que te haga un masaje en la espalda...» —Cerró los ojos—. ¡Dios! ¡Qué cabrón!

—Debió de dolerte mucho cuando te enteraste —musitó Sam—. *Aún* te dolerá.

—Me siento realmente estúpida —confesó Ellen—. ¿Cómo pude no enterarme? La verdad es que no tenía ninguna pista. Y llevaba al menos siete años haciendo esto. La prueba estaba en esas facturas de la tarjeta de crédito. Ese patrón de compras se repetía una y otra vez, casi ocho en los últimos siete años. Y no hay ningún motivo por el que no pueda creer que, si tuviese acceso a los años anteriores a éstos, encontraría un patrón similar.

—¿Qué hiciste? —le preguntó Sam con suavidad.

—Primero vomité —contestó ella con una media sonrisa—. Y luego metí su ropa en una maleta y eché a ese hijo de puta de casa. Fui criticada por ello; al fin y al cabo, el hombre estaba cada dos por tres en el hospital. Ni que decir tiene que me sentía absolutamente traicionada y me importó un comino lo que los demás pensasen. Pedí el divorcio ese mismo día. —Ellen cogió su copa de champán y tomó un sorbo—. ¿Sabes? Sí que tengo algo que celebrar. Pasado mañana hará tres años que estoy divorciada.

Tres años. A Sam le sorprendió que hubiera pasado tanto tiempo. Sus heridas parecían mucho más recientes.

—Creo que deberíamos brindar —propuso Ellen mientras llenaba su copa—. Por este verano en la Ciudad de Nueva York. Richard odiaba la Ciudad de Nueva York. Odiaba a Bob. ¿Y sabes una cosa? Cuando vea el anuncio que he hecho, lo odiará. Odiará mi pelo teñido de rubio. También odiará tu pelo; y considéralo un cumplido.

Sam se pasó con timidez una mano por el pelo, sujetando todavía con la otra a Ellen con firmeza.

—¿El viejo Richard lo encontraría demasiado largo? —inquirió.

—Demasiado largo, demasiado rubio, demasiado sexy, encontraría tu cabeza demasiado poblada aún. —Ellen deslizó sus dedos por el cabello en cuestión—. Richard tiene... un problema de alopecia. Antes de que termine la década estará casi completamente calvo.

Sam se rió al tiempo que la besaba y exploraba con las manos la suavidad de sus curvas, la suave firmeza de su muslo desnudo.

—Algo me dice que eso te alegra.

—Me mintió durante doce años. Si Dios considera oportuno que pierda todo el pelo, ¿quién soy yo para oponerme?

Sam selló de nuevo la boca de Ellen con la suya, pero ella se apartó antes de que él pudiese intensificar el beso.

—Richard odiaría la forma en que te he estado besando. Era el típico machista.

—Richard no está aquí —repuso Sam, besando sus ojos, su cara y su cuello.

—¿Sabes qué odiaría Richard *realmente*? —inquirió ella.

Esta vez fue Sam el que se apartó. Contempló absorto la profunda oscuridad de sus ojos, plenamente consciente de lo que ella había querido dar a entender. Lo que Richard realmente odiaría es que ellos hicieran el amor. Sam sabía que no debía decir nada. Sabía que tenía que limitarse a besarla, y seguir besándola hasta que estuvieran desnudos y él la penetrase con intensidad. Ellen quería que él le hiciera el amor; vengarse del hombre que tanto daño le había hecho.

¿Qué demonios le importaba a él el motivo por el que ella lo deseaba? Lo deseaba y con eso bastaba.

Pero no bastaba, y no pudo dar crédito a las palabras que salieron de su boca:

—No me parece una buena razón para que estemos juntos —dijo con suavidad.

Ellen tomó otro vigorizante sorbo de champán y cerró los ojos.

—Lo sé —musitó—, pero no es la única razón.

Abrió los ojos y miró a Sam. Tenía el pelo revuelto, la corbata aflojada y torcida, y el primer botón de la camisa desabrochado. Estaba increíblemente guapo con esos ojos azules y ese rostro perfectamente esculpido, con esos adorables hoyuelos. Él la deseaba; podía verlo en sus ojos, y saberlo le dio fuerzas para decirle la verdad.

—Desde que dejé a Richard no he estado con nadie —confesó en voz baja—. Han pasado más de cuatro años, pero tampoco he querido. No he querido ningún tipo de intimidad... hasta ahora.

Al oír sus palabras los ojos de Sam centellearon.

—¿Y cuántos años hace desde la última vez que ayudaste a vaciar dos botellas de champán? —preguntó éste con voz ronca.

—No estoy borracha —dijo ella. Sí, el champán la había desinhibido, pero no estaba borracha. Alargó el brazo para tocarle la cara—. Eres tan dulce; estás intentando protegerme de mí misma, ¿verdad?

—Sólo quiero asegurarme de que sabes lo que haces. —Sam cerró los ojos mientras apretaba su mejilla contra la palma de la mano de Ellen.

—Sé perfectamente lo que hago. Me he pasado toda la vida haciendo lo que los demás esperaban de mí —replicó—. Este verano he venido a Nueva York para hacer algo por *mí misma*, para hacer lo que quiero hacer. —Bajó el tono de voz—. Y creo que sabes lo que quiero hacer ahora mismo.

Fue todo lo que Sam necesitó escuchar.

Una vez más Ellen dejó que le cogiera la copa de la mano y la apartara. Entonces la besó de nuevo.

El beso fue extraordinariamente vertiginoso y, de alguna manera, en el transcurso del mismo Sam logró tumbarla con suavidad en el asiento con él.

Hizo una breve pausa para deshacerse de su chaqueta y quitarse la corbata, y después volvió a besarla; besos largos, lentos e intensos que a Ellen casi le hicieron perder el conocimiento.

Casi.

Cuando Ellen cerró los ojos y rodeó con los brazos a ese hombre que apenas conocía, se debatió alocadamente entre la pregunta de qué demonios hacía y el pleno convencimiento de estar haciendo lo más correcto.

Lo que hacía *era* correcto. Estaba exorcizando los fantasmas del pasado con este joven, guapo y entregado desconocido. Ella, la auto-proclamada reina del sexo-únicamente-si-hay-compromiso-y-amor (a saber cuántas veces se lo había aconsejado a sus hijos), en un intento por recuperar el control de su vida, estaba a punto de vivir un encuentro de una noche.

En la parte trasera de una limusina.

Con un hombre diez años menor que ella.

Que daba la casualidad de que parecía una estrella de cine.

Y besaba como un ángel venido del cielo.

Sam se ladeó ligeramente, de tal forma que quedó echado junto a ella sobre el suave cuero del asiento, rodeándola con un brazo, con una pierna apretada contra las suyas y subiéndole la falda. La volvió a besar, su lengua conquistó lentamente la boca de Ellen mientras con la mano que tenía libre le sacó con cuidado la blusa del interior de la cinturilla de la falda. Se tomó su tiempo para acariciar las suavidad de sus pechos a través de la seda, se tomó su tiempo para desabrochar los diminutos botones nacarados, se tomó su tiempo para descender con la boca por su barbilla, su mandíbula, su garganta y su clavícula.

Su boca descendió aún más cuando con los dedos desabrochó el último botón de su blusa, y la besó a través del suave encaje de su sujetador, tocándola con la lengua, presionando, primero suavemente, después más fuerte.

Soltó el cierre frontal de su sujetador y Ellen dejó de pensar. Sólo podía sentir, temblar y responder a las manos y la boca de Sam, a su profundo suspiro de placer, a la sensación exquisitamente seductora de la piel de éste contra la suya, a la inconfundible extensión de su erección firmemente apoyada contra su muslo.

Ellen alargó el brazo para desabotonarle la camisa; también necesitaba sentir la piel de Sam debajo de sus manos.

Sam se apartó ligeramente para dejarle espacio y alargó el brazo para ayudarle con el último botón. Él se hubiese sacado la camisa por los hombros y los brazos, pero ella lo detuvo.

—Será mejor que no nos quitemos mucha ropa —susurró.

Él parecía decepcionado.

Pero ¡si nadie puede vernos a través de las ventanillas!

—Lo sé, es sólo que... ¿Y si tenemos un accidente y...?

Sam la besó.

—¡Chsss! De acuerdo. No es necesario que me lo expliques. Lo importante es que estés cómoda.

Tenía vello rubio dorado en el pecho y más músculos de los que jamás había visto de primera mano. Ellen lo tocó, al principio con suavidad, *después con más fuerza*. ¡Su espalda era tan suave y el vello de su pecho tan fino! Pudo sentir su mano al trepar por su pierna, subiéndole la falda casi hasta las caderas. Era una sensación increíble y se rió en voz alta.

—No me puedo creer que esté haciendo esto.

Sam le sonrió con una sonrisa ardiente y anhelante.

—Yo tampoco. No dejo de pensar que en cualquier minuto despertaré del sueño.

Ellen agarró la hebilla de su cinturón.

—¿Llevas un condón? Dime que sí, por favor.

—Sí. —Sam lo extrajo del bolsillo y lo lanzó al suelo alfombrado, a poca distancia.

—¡Caramba! Nos viene que ni pintado. —Ellen desabrochó su cinturón y le desabotonó los pantalones—. Hablando de sexo seguro, seguro que llevo toda la noche soltando feromonas.

—No, es que soy un optimista empedernido —repuso él con otro beso largo e intenso. Con las manos exploró el borde de sus braguitas de seda y encaje, y deslizo los dedos por debajo comprobando que estaba húmeda y lista. ¡Estaba totalmente a punto!

Ellen se oyó a sí misma gemir mientras levantaba las caderas hacia él, atrayéndolo más hacia su interior.

Sam casi perdió el control. Lo cierto es que Ellen apenas lo había tocado todavía (simplemente manoseaba su cremallera con dedos torpes) y por poco eyaculó. No logró recordar la última vez que había estado tan absolutamente excitado.

Era extraño; *a priori*, hacer el amor de esta forma, con la ropa únicamente desabrochada o retorcida, le había parecido peor. Pero aunque se moría de ganas de ver a Ellen desnuda, la visión de ésta tumbada debajo de él con su precioso cuerpo medio oculto por la ropa revuelta lo estaba volviendo loco. Un pezón duro de color rosa oscuro asomaba por la seda de su blusa. Tenía la falda remangada alrededor de su cintura, dejando al descubierto sus piernas largas y de delicioso contorno. Nada más había apartado a un lado sus braguitas de seda negra y encaje, y el efecto hizo que la sangre le ardiera a Sam en las venas.

Ellen le bajó la cremallera y luego lo tocó, cubriéndolo con la mano por encima del algodón de sus calzoncillos.

La sensación hizo que Sam se pusiera a cien.

Trasladó el peso de su cuerpo, presionando entre las piernas de Ellen, únicamente el tejido de la ropa impedía que se fundiesen en una sola persona. ¡Santo Dios! Estaba en la gloria.

Sam la besó (o fue ella quien lo besó a él), no lo sabía, no importaba. Entonces se movió, acariciándola con su pene erecto y ella también se movió, levantando las caderas al mismo ritmo que él.

La promesa del éxtasis se hacía insostenible y Sam actuó deprisa, poniendo distancia entre ambos para bajarle las braguitas por las piernas.

Ella alargó los brazos hacia él, intentando tirar de sus pantalones hacia abajo. Sam se deshizo de ellos con un suave movimiento y a continuación se agachó para coger el condón. Cuando lo agarró con los dedos, Ellen le rodeó el pene con los suyos.

—Te tengo —musitó y Sam se rió en voz alta.

Era cierto. Lo tenía. Completamente. Era suyo. Estaba locamente enamorado.

Claro que la verdad era que él se enamoraba de una mujer guapa con la misma rapidez y facilidad con la que la mayoría de la gente se compra un par de bambas nuevas, pero esto era más fuerte de lo que casi siempre había sentido. Estaba dispuesto a apostarse a que su enamoramiento duraría todo el verano. También era cierto que un verano entero duraba aproximadamente dos meses más que sus romances típicos, pero Ellen no era típica ni de cuerpo ni en ningún aspecto.

Sam tuvo la sensación de que éste sería el mejor verano de su vida.

Abrió el condón y ella le ayudó a ponérselo. De hecho, su ayuda era dudosa, porque él se excitaba más y la tarea se complicaba, pero a Sam no le importó. No tenía prisa. Tenía todo el verano.

Ellen lo sorprendió sentándose a horcajadas encima de él, besándolo con pasión mientras se dejaba penetrar y lo rodeaba con su intenso ardor.

No había duda de que era el hijo de puta más afortunado del planeta. Ella empezó a moverse, y él se movió con ella, mirándola fijamente a los ojos al tiempo que ella se sujetaba en el respaldo del asiento que Sam tenía a sus espaldas.

Ellen cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras él movía las caderas, penetrándola aún más. Esto era bueno. *Demasiado* bueno. Tenía que haber alguna clase de trampa.

Fuera lo que fuera, le compensaría por todo lo que ahora mismo sentía.

Se movían despacio, lánguidamente, cada embestida de las caderas de Sam producía un placer vertiginoso y delicioso. Pero en ese momento el coche frenó de golpe y él la sujetó, abrazando a Ellen con fuerza para impedir que ambos cayeran al suelo. Ese movimiento hizo que la penetrara más, con una profundidad intensa, rápida y sobrecogedora. Los dos chillaron y Sam supo que ella estaba tan cerca como él del orgasmo.

Y entonces sonó el teléfono.

Ambos estaban paralizados. Ellen abrió los ojos y miró fijamente a Sam. Luego se llevó un dedo a los labios, alargó un brazo por detrás de él y apretó el botón del altavoz.

—¿Sí, Ron? —inquirió con voz ostensiblemente normal.

—¿Va todo bien ahí detrás? —se interesó Ron—. Siento haber frenado de golpe.

Sam sintió unas incontenibles ganas de reírse, y vio que Ellen también. De hecho, se dio cuenta de que ésta no podía seguir hablando, porque hundió el rostro en su cuello.

—Tranquilo, Ron. —Sam habló en voz alta para que el altavoz pudiera captarla. Miró por la ventanilla en un intento por averiguar dónde estaban—. ¡Oye! ¿Te importaría ir hasta la Biblioteca Pública? —Eso estaba en el otro extremo de la ciudad—. Es que Ellen no ha visto aún los leones.

—Por supuesto, señor Harrison —contestó Ron alegremente.

Cuando Ellen alargó el brazo y cortó la comunicación, ambos estallaron de risa.

—Así que aún no he visto los leones —repitió Ellen—. Parece un curioso eufemismo. Ya sabes, como si dijeras: ¿te ha gustado, cariño? ¿Has... visto los leones?

Sam se rió todavía con más fuerza. ¡Dios! No recordaba la última vez que había

estado tan... feliz. Sujetó el rostro de Ellen con las dos manos y le dio un fuerte beso en la boca.

—Nunca me había divertido tanto como esta noche —confesó.

—Seguro que eso se lo dirás a todas las mujeres que seduces en el asiento trasero de la limusina de su tío.

—Sí —convino Sam—. Absolutamente a todas.

Ellen sintió que se derretía al mirar a Sam fijamente a los ojos. En ellos había una dulzura y una ternura que la hacían arder por dentro. Se sentía apreciada y querida.

Él la besó con suavidad.

—Hablo en serio, Ellen —susurró—. Te juro que nunca había sentido nada así. —La besó de nuevo. En esta ocasión con más fuerza. Con más intensidad. Durante más rato. Y su pasión se volvió a desatar al instante; Ellen ardió hasta lo más profundo de su ser.

Ella sabía que sus zalamerías eran solamente eso, zalamerías. Aun así, era consciente de que no tardaría mucho en enamorarse de este hombre tan sexy y maravilloso.

Claro que *eso* sería un error garrafal.

Cerró los ojos, desechando cualquier pensamiento al tiempo que empezaba a moverse, con él y contra él. No debía pensar. Sólo sentir. ¡Y vaya si le hacía sentir!

Ahora Sam se movió más deprisa, más deprisa, y con más fuerza e intensidad, y Ellen se unió a su ritmo dejándose llevar por sus besos y caricias, y perdiendo el control.

No había pasado ni futuro. Tan sólo ese momento, un momento muy, *muy* bueno, una explosión de luz y de color, y de una ola tras otra de sensaciones brutales.

A Ellen le dio la impresión de que todo su cuerpo se estremecía por la intensidad de su orgasmo, y notó la respuesta corporal de Sam. Este acercó la boca de Ellen a la suya para darle un beso deliciosamente apasionado que amortiguó sus gemidos de placer.

Todavía jadeante, Ellen se abrazó a él, negándose a dar cabida a ninguna de las preguntas que intentaban abrirse paso en la estela de su pasión.

¿Y ahora qué? Por mucho que lo intentase, esa pregunta no era fácil de ignorar.

Ellen entreabrió los párpados. Sam tenía la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

Sin abrirlos, esbozó una sonrisa y la atrajo más hacia sí, abrazándola con fuerza pero muy suavemente, acariciando despacio su espalda con las manos, de arriba abajo. Suspiró con profunda satisfacción.

Ellen observó cómo respiraba. Cada vez que inspiraba las aletas de su nariz se inflaban ligeramente. Tenía unas aletas preciosas. En realidad, su nariz (su perfil entero) era digno de un poema épico.

Se había fijado al verlo por primera vez. En la librería del aeropuerto. Hacía solamente unas horas.

¡Dios santo! ¿Qué había hecho? Acababa de hacer el amor con un desconocido.

Ellen sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y ladeó la cabeza, apoyando la mejilla en el hombro de Sam.

Había utilizado a este hombre tanto como él a ella, pero ella por motivos que iban más allá del placer sexual. Había utilizado a Sam para intentar librarse de Richard de una vez por todas.

¡Richard! ¡Dios! No había pensado en él ni una sola vez mientras ella y Sam habían estado haciendo el amor. Después de comprobar lo diferentes que eran los besos de Sam, había estado convencida de que compararía cada roce, cada caricia, cada sensación.

Pero Sam había conseguido que ella centrara su atención en *él*, apartando de su mente cualquier pensamiento en Richard.

¿Richard? ¿Quién era Richard?, pensó sonriendo mientras parpadeaba para eliminar las lágrimas.

Abrió los ojos y vio que estaban justo frente a los escalones que conducían a la Biblioteca Pública. Inclino levemente la cabeza y ahí estaban. Iluminados por las farolas de la calle. Los leones de piedra.

Ellen se rió a carcajadas y Sam levantó la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Mira.

Sam se inclinó hacia delante y vio los leones.

¿Qué harían a continuación? Ellen lo sabía perfectamente. Se reirían. Con alegría e hilaridad, sin parar.

Ellen descabalgó mientras él empezaba a reírse también. Se rieron mientras ella se enderezaba la falda y él se limpiaba, eficaz y expertamente, y se subía la cremallera de los pantalones. Ellen se abrochó el sujetador y se abotonó la blusa antes de meterla por dentro de la falda; aún se reía.

—Bueno, esto sí que se llama sincronización —comentó ella serpenteando para ponerse de nuevo las braguitas.

Pensaba sentarse frente a él, pero Sam alargó el brazo, le agarró de la mano y la acercó hasta él, rodeándole los hombros con un brazo. Tiró de su barbilla hacia él y sus bocas se fundieron en un beso deliciosamente dulce.

Al apartarse Sam escudriñó la cara de Ellen con cierta resolución.

—¿Estás bien? —le preguntó con suavidad.

Ellen no fue capaz de mirarlo a los ojos.

—Nunca había hecho una cosa así —admitió.

—Teniendo en cuenta que soy tu tercer novio —repuso Sam—, eso ya me lo había imaginado.

Ella le lanzó una mirada.

—No sé si una noche en la parte trasera de una limusina te hace merecedor del título de novio.

—¿Y si fueran dos noches seguidas? Esta vez cenando en un restaurante de verdad antes de ir a mi casa o a la tuya y hacer el amor en una cama de verdad.

Ellen sacudió la cabeza.

—No sé si es una buena idea. Creo que necesito un poco de tiempo para reponerme.

Durante unos segundos dio la impresión de que él iba a discutirlo, pero luego asintió.

—Me parece razonable.

Sin duda, Ellen estaba desconcertada; de ningún modo tenía ganas de discutir con él, pero al mismo tiempo no podía evitar sentirse un poco herida porque él ni siquiera hubiese intentado hacerle cambiar de opinión.

Consultó qué hora era.

—¡Vaya, no sabía que fuese tan tarde!

Sam sabía captar las indirectas. A pesar de que no había nada que deseara más que dar vueltas en coche con Ellen en los brazos hasta el amanecer, sabía que había llegado el momento de marcharse. Él mismo había lanzado muchas indirectas similares en el pasado: *¿Has visto qué hora es? Debería irme, en serio...*

Lo cual no significaba necesariamente nada malo, pensó para tranquilizarse. *Era tarde.* Seguro que Ellen también estaba pensando en el chófer, que llevaba en la limusina el mismo tiempo que ellos, aunque ni mucho menos se lo había pasado tan bien.

La atrajo hacia sí de nuevo y la besó, y la inmediata reacción de Ellen le devolvió la confianza en sí mismo. Pese a que no quisiera cenar mañana con él, a juzgar por su forma de besarlo seguro que querría volver a verlo. ¿A quién pretendía engañar? ¡Pues claro que querría volver a verlo! Casi todas las mujeres repetían siempre.

No era un engreído; era la pura verdad. Había un montón de cosas que no se le daban especialmente bien, pero conquistar mujeres (seducirlas y proporcionarles placer durante una noche entera)... *ése* era uno de sus puntos fuertes.

Sam se incorporó un poco hacia delante y miró por la ventanilla para leer los números de las travesías perpendiculares a la calle por la que circulaban.

—Mi casa no está lejos. —Estaban incluso más cerca del aparcamiento de la jefatura de Policía, donde se encontraba su coche, pero había bebido bastante champán y no quería conducir. Además, en realidad no quería irse y de esta forma alargaría tres minutos esa increíble y salvajemente maravillosa noche.

Ellen descolgó el teléfono y llamó al chófer.

—Hola, Ron —dijo—. Ahora pararemos para dejar a Sam.

Salvo que en cuanto se detuviese frente al edificio de Sam, Ron sabría que él no era T.S. Harrison. Alguien que cobraba anticipos de siete cifras, como era el caso de T.S., no podía vivir donde vivía él. No era justo destruir la ilusión de Ron antes de tener la oportunidad de presentarle al verdadero T.S. Harrison. Algo que sucedería pronto, pero desde luego no esta noche.

Así que Sam le dio a Ellen una dirección mucho mejor, que estaba a unas cuantas manzanas de su casa, y ésta le transmitió la información a Ron. Era una noche calurosa y seca, por lo que a Sam no le importaba dar un paseo.

Llegaron demasiado rápido, y Sam se puso la chaqueta y las zapatillas, y se

atusó el cabello una última vez mientras Ron le abría la puerta.

—Ellen —empezó a decir, pero ella le puso un dedo sobre los labios.

—No hace falta que digas nada —replicó, inclinándose hacia delante para darle un beso de despedida.

—Sí hace falta —insistió Sam—. Porque todavía no tengo tu número de teléfono.

Los ojos de Ellen titilaron.

—Si de verdad quieres mi número de teléfono, seguro que encontrarás el modo de obtenerlo.

Sam se rió.

—¿Bromeas? ¿No piensas dármelo?

Ella desvió la vista.

—No quiero que te sientas obligado a llamarme.

Ellen no creía que él pretendiese en serio volver a verla. Pues bien, se equivocaba. Sam le pediría a T.S. su teléfono y le llamaría.

Pero antes le daría el tiempo y el espacio que había pedido.

Si lo que le había dicho era cierto, él era el primer hombre que ella había dejado entrar en su vida después de lo que debía de haber sido un final devastador a sus doce años de matrimonio. Sam no había experimentado lo mismo (jamás una relación le había durado siquiera doce *semanas*), pero *podía* entender que necesitara un poco de tiempo para poner en orden sus sentimientos.

Porque había tiempo de sobras. Ellen pasaría el verano entero en la ciudad.

La besó de nuevo; fue un beso largo y prolongado diseñado para que ella se pasase los próximos días pensando en él.

—Gracias por cenar conmigo —dijo en voz baja mientras se apartaba de ella con la intención de bajarse del vehículo.

Pero no sería tan sencillo. No pudo evitar besarla otra vez cuando sintió el inconfundible impulso del deseo. La deseaba de nuevo. Ya la deseaba. Aunque no era de extrañar; estaba impresionante ahí sentada, con el pelo ligeramente revuelto, los botones superiores de la blusa desabrochados hasta demasiado abajo y una dulce, maravillosa y soñolienta satisfacción en sus preciosos ojos marrones. Quería despertarse en la cama junto a ella.

—Será mejor que te vayas —susurró Ellen mientras le acariciaba el cabello.

—Lo sé. —Sam tuvo que morderse la lengua para no suplicarle que cenara con él mañana por la noche.

Bajó de la limusina de espaldas, sujetando su mano hasta el último posible segundo.

Ron esperaba pacientemente cerca de la puerta del coche, y la cerró asintiendo a Sam.

—Buenas noches, señor.

Sam sacó dinero de su billetero. Ron llevaba toda la noche conduciendo y, sin duda, merecía una sustanciosa propina.

—Buenas noches, Ron, y gracias —le dijo, y cuando se dieron la mano depositó

los billetes en la del chófer.

Ron vio el dinero y exclamó:

—¡Oh, no, señor, no puedo...!

—Sí que puedes —insistió Sam.

—Gracias, señor Harrison.

Mientras el chófer se sentaba al volante, Sam clavó los ojos en la ventanilla de la limusina, consciente de que aunque él no podía verla a través del vidrio polarizado, Ellen sí podía verlo a él. Y cuando Ron puso el coche en marcha, Ellen bajó la ventanilla.

Era como si sus brillantes ojos marrones y su sonrisa resplandeciente iluminaran la noche.

—Buenas noches, Sam —se despidió al tiempo que la limusina se alejaba—. Me ha encantado ver los leones.

Sam soltó una carcajada y se quedó viendo cómo las luces traseras del vehículo desaparecían.

¡Al diablo con el espacio y el tiempo! Le llamaría mañana.



Capítulo 5

—¡Mama! ¡Al teléfono! —El hijo de Ellen de trece años, Jamie, apareció patinando en su habitación, deslizándose en calcetines sobre el parqué perfectamente pulido, moviéndose como un surfista y dándole el inalámbrico.

Ella cogió el teléfono y tapó el auricular con la mano.

—¿Quién es?

—Un tío con acento neoyorquino —imitó Jamie con perfección cómica.

Sam no tenía *tanto* acento. Aunque, se recordó a sí misma, no esperaba que llamara. No *quería* que llamara.

—¿Hola? —dijo.

No era Sam. Era el agente de Lydia que llamaba para informarles de una segunda audición para el lunes por la tarde. Ellen lo anotó todo en una agenda que guardaba en su mesa junto a su ordenador portátil mientras Jamie seguía haciendo con divertida torpeza movimientos propios de un patinador, sin dejar de deslizarse en calcetines por el centro del dormitorio.

—¿Una audición? —preguntó cuando su madre colgó el teléfono.

—Sí.

—¿Para quién?

—Para Lyd. —Los tres habían estado bastante ocupados, saltando de una audición a otra. Los dos hijos de Ellen actuaban y trabajaban de modelos desde que Lydia señaló a los niños de «Sesame Street» y dijo que quería hacer eso. Jamie la había acompañado a algunas de sus primeras sesiones de posado y poco después se apuntó.

Una vez instalados en Nueva York habían tenido más oportunidades. Se habían presentado a todas y cada una de las audiciones «de bajo porcentaje de éxito», como las denominaba Ellen, audiciones masivas para las que no habrían venido en coche desde Connecticut. Pero aprovechando su estancia en la ciudad, se presentaban.

—¿No era para mí? —quiso saber Jamie, claramente decepcionado—. ¿Estás segura de que no puedo hacer la prueba de todas maneras?

—Dímelo tú mismo —repuso Ellen, que miró a su hijo con las cejas arqueadas—. ¿Podrías hacer el papel de una quinceañera?

Jamie fingió que reflexionaba sobre ello. Probablemente esa mañana aún no se había duchado, y tenía el pelo castaño claro tieso como el de Bart Simpson. Sus gafas redondas de montura metálica estaban, como de costumbre, torcidas, apoyadas sobre su nariz pecosa. Sus ojos eran de un azul verdoso precioso, enmarcados por pestañas casi el doble de largas que las de su hermana mayor; sorprendente ¿no? Acababa de cumplir trece años el pasado mes de mayo, pero era bajo para su edad y todavía se

presentaba a audiciones para papeles de nueve o diez años. Papeles de *niños* de nueve o diez años.

—Soy actor —declaró gesticulando con exageración—, pero incluso para mí representar a una quinceañera sería mucho pedir. Además, seguro que soy demasiado bajo —añadió a lo Groucho Marx mientras salía de la habitación deslizándose.

—¿Sabes dónde está Lydia? —gritó Ellen.

—Arriba, en el salón de baile, tocando el saxofón —contestó gritando.

Arriba en el salón de baile. Jamie no bromeaba. La casa que Bob tenía en Nueva York era como salida de una vieja película protagonizada por Katherine Hepburn y Cary Grant. La casa (si es que podía llamarse casa en lugar de palacio) tenía cinco plantas con ascensor y una escalera de caracol de mármol que subía hasta los pisos superiores.

El salón de baile (un auténtico salón enorme con suelo de parqué completado con unas relucientes arañas y un estrado suficientemente grande para dar cabida a una orquesta entera) estaba tres pisos más arriba de los cuartos de invitados. Se encontraba en la quinta planta, desde donde en su día se habían podido contemplar las magníficas vistas de la ciudad circundante. En la actualidad las vistas no eran ninguna maravilla, con esos rascacielos que habían construido y que bloqueaban el río, pero seguían teniendo el aire y el encanto de antaño. Bob había querido que la casa fuese restaurada exactamente como estaba a principios de la década de 1930 (a excepción del modernísimo sistema de seguridad que había instalado). Pero el sistema de seguridad era prácticamente invisible. Cruzar la puerta principal era como entrar en otra época.

Y Bob había sido lo bastante amable como para compartir su preciosa casa con Ellen y sus hijos este verano.

Un verano de locura, tal como ella, Jamie y Lydia lo habían bautizado antes de salir de Connecticut. Cada uno de los tres había elaborado una lista de cosas que quería hacer durante su estancia veraniega en la Gran Manzana. A Jamie le apetecía visitar el Museo de Historia Natural al menos una docena de veces y que Bob, a quien con frecuencia le regalaban entradas, le diera el máximo número posible de tiques para el máximo número posible de espectáculos de Broadway.

Lydia había querido ir a tiendas del Village donde vendían ropa ultrachic de segunda mano, dar clases de saxo jazz con un músico de jazz de carne y hueso de la Ciudad de Nueva York y acudir por lo menos a una audición para un papel en lo que ella consideraba una película *de verdad*.

Y Ellen... Ellen había querido dejar atrás su trabajo, muy atrás, para tantear la posibilidad de cambiar de profesión, para investigar esto de la interpretación que sus hijos llevaban tanto tiempo haciendo con tanta naturalidad. Había deseado tener tiempo para ser totalmente egoísta, para hacer cosas únicamente para sí.

Y, ni que decir tenía, que en *ese* aspecto había avanzado bastante la noche anterior.

No sólo había pasado una noche de placer totalmente hedonista con un hombre

joven, sexy y encantador al que apenas conocía, sino que también se había permitido a sí misma un baño en el jacuzzi de su cuarto de baño pasada la medianoche y una buena, y absolutamente egoísta, llorera.

Al llegar a casa los chicos, gracias a Dios, dormían, y subió despacio a su habitación sintiéndose bastante triste. Cosa rara teniendo en cuenta que se había pasado casi toda la noche riéndose.

Ellen no lloró por Sam, eso estaba claro. ¡Dios santo! No lo conocía lo suficiente como para llorar por él, algo que se repitió una y otra vez hasta quedar prácticamente convencida.

Si una cosa sabía era que, pese a que le había invitado a cenar y había intentado obtener su número de teléfono, jamás volvería a ver a Sam Schaefer. Lo había sabido desde el principio. De hecho, ésa era una de las razones por las que había accedido a intimar con él.

En ese momento, Ellen no estaba preparada para tener una relación de verdad, se dijo para sí con rotundidad. Después de lo de Richard quizá nunca volvería a estarlo. Pero nada más ver a Sam se había dado cuenta de que no era la clase de hombre que mantenía relaciones serias. Era un Romeo. Un Lotario (Lotario Grimm es el protagonista de un cómic y un carismático seductor). Un auténtico mujeriego enamorado de todas las mujeres y de ninguna.

A esa parte de la ecuación había que añadirle el hecho de que Ellen fuese casi diez años mayor que él, y la solución era obvia: esa relación no funcionaría.

Ni en un millón de años.

Pero juntos habían pasado una noche increíble, apasionada, perfecta.

Ellen miró fijamente el teléfono. Sam no llamaría. Se encogió de hombros. E incluso aunque llamase, incluso aunque (y esto era una suposición ridícula e imposible)... aunque Sam quisiese mantener una relación que durase más de unas cuantas noches ardientes, apasionadas e increíbles, liarse con él sería una estupidez supina.

En primer lugar, se parecía demasiado a Richard. Guapo, carismático y probablemente tan incapaz como él de ser fiel. Ya había pasado por ello una vez. Suficiente.

En segundo lugar, a ella le gustaba mucho Sam, muchísimo. A diferencia de Richard, tenía un gran sentido del humor. No se tomaba a sí mismo o a la vida demasiado en serio. Era irreverente, divertido, y no dudaba en reírse de las bromas que ella hacía. Él no ponía el grito en el cielo ni decía: «Ellen, compórtate», como solía hacer Richard.

Y tenía un maravilloso cabello rubio y unos músculos exquisitos. No, había obtenido de Sam Schaefer exactamente lo que buscaba: una sola e increíble noche haciendo el amor. Una noche entera de sexo ardiente.

Y sus lágrimas de anoche no habían sido porque sabía que no volvería a verlo. No, sus lágrimas procedían de su sensación de haber cerrado un capítulo. Ayer noche, al fin, había acabado con la farsa de su largo y fracasado matrimonio. Había llorado porque se había casado con Richard creyendo que sería para toda la vida y

éste la traicionó de la forma más cruel. Había llorado únicamente porque se había equivocado por completo.

No porque deseara tener diez años menos o que Sam tuviese diez más. No porque deseara tener algo agradable, amoroso y duradero con un desconocido; cosa que nunca sucedería.

—¡Mamá! ¡Mamá! —chilló Lydia irrumpiendo en la habitación—. ¡Lo he visto! ¡Lo he visto!

Ellen supo al instante a qué se refería su hija.

—¡El anuncio del detergente para la lavadora! ¡Oh, Dios mío! ¿Lo están dando ahora?

—¡Es impresionante! —Lydia bailó por el cuarto y sólo se detuvo para abrazar a su madre—. ¡Estás estupenda! Lo han dado en una de las *cadena*s, en un programa de emisión *nacional*. ¡Ganaremos tanto dinero por todas las veces que salga!

Ellen se rió ante la excitación de su hija. A sus quince años Lydia estaba en una edad en la que le quitaba importancia a todo, prefiriendo actuar con extrema indiferencia. Era bonito verla emocionada, oír cómo enfatizaba las palabras y recibir un abrazo, por breve que fuera. Los abrazos de sus hijos casi adultos eran cada vez más escasos.

—¡Lo haces *tan bien*! —exclamó Lydia entusiasmada—. Estoy *convencida* de que cuando los productores lo vean, te darán ese papel en la telenovela.

—¿Y qué me dices de ti? —le interrumpió Ellen—. Tú también sales en el anuncio.

Lydia se quitó importancia.

—Yo ya he hecho anuncios antes, para mí no es tan importante, pero para ti... No tenía ni idea de que sabías actuar.

—Bueno, ¿y de quién te crees que lo has heredado? —bromeó Ellen—. De tu padre desde luego que no.

Lydia puso los ojos en blanco.

—¿De papá? ¡Hasta un plato de queso fresco actuaría mejor que él! —Echó un vistazo en la agenda de Ellen verificando la información sobre la llamada recibida para la audición—. Jamie me ha dicho que tengo algo más para el lunes.

—No te emociones, no es para una película. Es para un anuncio.

Lydia señaló lo que había apuntado Ellen.

—¿Qué pone aquí? ¿Cereales de salvado con pasas?

—Exacto.

—¡Oh, qué asco! —protestó Lydia—. Odio los cereales con pasas. —Esbozó una brillante sonrisa falsa—. Pero mañana actuaré como si me encantaran.

—Cuando te oigo hablar así, me das miedo. ¿Qué crees que te están enseñando estas experiencias?

—¿Es una pregunta retórica o de verdad quieres que te conteste? —quiso saber Lydia.

Sonó el teléfono.

—Me parece que era retórica —respondió Ellen—, pero piensa en una buena

respuesta por si te vuelvo a hacer la pregunta. —Descolgó el auricular—. ¿Diga?

—Conseguí tu número de teléfono —dijo una voz ronca—, claro que *soy* detective y mi trabajo consiste en seguirle la pista a la gente.

A Ellen se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Sam?

Levantó la vista y miró directamente a los curiosos ojos marrones de Lydia.

—¿Sam? —susurró su hija intrigada, incapaz de contener la sonrisa—. ¿Quién es *Sam*?

—Sé que no querías que te llamase tan pronto —dijo Sam en tono de disculpa—, pero no he podido dejar de pensar en ti y...

—Lo siento —le interrumpió Ellen—. ¿Puedes esperar un segundo? —Tapó el auricular del teléfono y caminó hacia la puerta, invitando a Lydia a salir—. ¿Te importaría que hablara en privado, por favor? —le preguntó a su hija.

—En privado —repitió Lydia, que se tomó su tiempo para abandonar el cuarto—. Por *Sam*. Ningún problema. Dile hola a *Sam* de mi parte.

Ellen cerró la puerta. Pero se lo pensó mejor y echó el pestillo. Y después se alejó de ella; se fue hasta el otro lado de la habitación, por si acaso a Lydia se le ocurría espiarla.

—Perdona —se disculpó—, es que no estaba sola y...

—No pasa nada —repuso él con esa voz que le resultaba demasiado familiar, demasiado sexy.

Ellen se sentó en el banco interior que había frente a la ventana y cerró los ojos ante la repentina avalancha de recuerdos sumamente excitantes... Sus manos, su boca, su cuerpo...

—Tenía la esperanza de que hubieras cambiado de idea respecto a la cena de esta noche —añadió.

—¡Oh! —exclamó Ellen—. No. —Respiró hondo y mintió—. Lo lamento, tengo... tengo otros planes y...

—Mañana tengo fiesta —comentó él—. Tal vez podríamos vernos por la mañana e ir a correr por Central Park antes de que el calor apriete.

Ellen abrió los ojos.

—No te dije que me gustara correr.

—No hizo falta —replicó él riéndose—. Tienes piernas de corredora. Unas piernas *preciosas*... ¿No te lo dije anoche?

—No —contestó Ellen con un hilo de voz.

—Bueno, pues es verdad. Entonces, ¿qué te parece si os recojo a ti y a tus piernas mañana alrededor de las ocho de la mañana?

—Lo siento —volvió a decir Ellen—. Sam, es que no creo...

—Sé que no te estoy dando el tiempo o el espacio, o lo que sea que necesites después de tu divorcio, pero no he podido dejar de pensar en lo bien que sintonizamos ayer noche y, no sé, realmente me gustaría verte otra vez.

Ellen estaba callada. Se enfrentaba a la mayor tentación de su vida. Sam quería más. Era una posibilidad que no se había planteado seriamente.

Él quería más y ella sabía de sobras que si dejaba que esta relación (si es que podía llamarse así) fuese un poco más lejos, sería *ella* la que acabaría sufriendo. Porque sabía exactamente lo que pasaría. Lo vería esta noche, mañana por la noche y todas las noches siguientes durante una o dos semanas. Y entonces, justo cuando empezara a encariñarse de verdad con él, justo cuando empezara a convencerse a sí misma de que la diferencia de edad no era, en realidad, tan grande, él dejaría de llamarle. Y entonces se pasaría el resto del verano emocionalmente destrozada.

Ellen soltó, incisiva y mordaz:

—Sam, no lo estropees. Lo de anoche fue perfecto. Si le añadimos una noche más dejará de serlo.

Él permaneció unos instantes callado. Cuando habló lo hizo con voz tranquila.

—¿Me estás diciendo que no quieres volver a verme? ¿Nunca?

—Creo que sería mejor que no lo hiciéramos —contestó Ellen—. ¿Quiero que nos veamos? Sí. Eso es lo que te estoy diciendo. —Cerró los ojos de nuevo. ¡Dios! ¡Qué cruel estaba siendo! Pero era lo correcto. Sabía que era lo correcto, la única opción... entonces, ¿por qué tenía ganas de llorar?

—¡Oh! —exclamó él con voz frágil—. Ya entiendo. Lo siento, supongo que... ha habido un malentendido.

—Yo también lo siento —susurró Ellen. Lo sentía. Lo sentía mucho, *muchísimo*.

Sam se aclaró la garganta.

—Si, humm... si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarme.

Colgó sin decir adiós y por segunda vez en menos de doce horas Ellen, que se jactaba de ser fuerte, que raras veces lloraba, rompió a llorar.

T.S. miró compasivamente a Sam por encima del borde de su taza de café.

—A ver —dijo—, contéstame a una pregunta. ¿Te gustaría tanto esta mujer si no te hubiese rechazado?

En silencio, Sam contemplaba absorto la televisión que había en la esquina de la pequeña cafetería, pero ahora, enfurecido, levantó la vista hacia su amigo.

—Sí —contestó indignado—. ¡Por Dios! ¿Por qué clase de cabrón superficial y oportunista me tomas?

—Por la clase de cabrón superficial y oportunista que hasta ahora nunca había sufrido realmente el dolor de un rechazo —respondió T.S. sin excesiva antipatía.

—Si vas a decirme que aprenda de esta experiencia, crezca y siga adelante, te mato —amenazó Sam.

T.S. se limitó a reírse.

—¡Dios!, soy un desgraciado —dijo Sam apartando con asco su café frío—, y a ti te parece divertido.

—Me muero de ganas de conocer a esa mujer —reconoció T.S. con sus ojos de color marrón claro divertidos detrás de sus gafas de montura metálica—. He quedado con Bob para comer la semana que viene, cuando haya vuelto a la ciudad... ¡Ah..., le llamé para explicarle la confusión del aeropuerto! Me daba miedo que me

acusara de haberlo mentado y no me dejara escribir su biografía, pero no lo hizo. Le pareció gracioso que todo el mundo pensase que tú eras yo. Y más gracioso le parecerá aún cuando me conozca; porque tú y yo no es que seamos precisamente gemelos, chico blanco. —Hizo una pausa—. ¿No pensaría *Ellen* que tú eras yo cuando la...?

—¡No! ¡Qué va! Le dije quién era yo de verdad nada más conocerla.

—Eso está bien.

—Sí. Entonces, ¿lo del contrato del libro es definitivo?

—Ya está firmado —contestó T.S.—. Hasta ha salido un artículo sobre el tema en el *Times*. Todo el mundo especula diciendo que voy a ir al programa de Bob para promocionar el libro.

—¿Y lo harás? —preguntó Sam.

—¿Bromeas? —dijo T.S. con un resoplido. Abarcó con un gesto la pequeña cafetería en la que estaban mientras bajaba el tono de voz—. ¿Crees que podría estar aquí sentado tomando un café contigo, si la gente supiera que soy T.S. Harrison? —Sacudió la cabeza—. Me encanta saber que hay sesenta millones de personas que han leído mis libros, pero quiero seguir llevando a mis hijos a la escuela andando, muchas gracias.

—¡Oh, Dios! —exclamó Sam, que miraba atónito la pantalla de televisión—. Ahí está. ¡Maldita sea! Veo su anuncio dondequiera que vaya.

T.S. cambió de posición en su silla para poder ver la tele.

En la pequeña pantalla aparecía un primer plano de Ellen, mirando con fijeza a la cámara y hablando, con las comisuras de los labios hacia arriba esbozando una sonrisa. Y entonces *sonrió* directamente a la cámara. Directamente a los ojos de Sam, como si lo estuviese mirando a él.

—¿Es actriz? —T.S. estaba confuso—. Espera un momento, creí que habías dicho que era profesora de universidad.

—Se dedica a las dos cosas —repuso Sam, incapaz de apartar la vista de la pantalla. Ellen sostenía una botella de detergente de lavadora y se reía junto a una joven. Era extraño; la chica que habían cogido para el papel de hija era casi igual que ella, a excepción del pelo, que lo tenía ligeramente más oscuro.

—No es como me la había imaginado —dijo T.S.—. Quizá, por tu forma de hablar, me esperaba, no sé, un bombón de nena.

—Y lo *es*. Aunque ni se te ocurra pronunciar esa palabra delante de ella. Es increíble, Toby —le comentó Sam a su amigo cuando el anuncio finalizó y pudo de nuevo apartar la vista de la televisión—. Me hace reír. Es divertida y sexy, y... —Hundió la cara en las manos—. Y no quiere volver a verme.

T.S. cabeceó.

—No sé qué decirte, tío.

—Debería sentirme aliviado. —Sam levantó la cabeza y agarró el borde de la mesa—. Debería estar agradecido; fue una noche realmente increíble. No dejo de decirme a mí mismo que me hace un grandioso favor acabando esta historia antes incluso de que empiece. Si se tratara de cualquier otra mujer, *yo* sería el que estaría

hablando desde la otra posición. *Soy yo* el que normalmente quiere salir de una relación antes de que se complique demasiado. ¿Cuántas veces he dicho las mismas palabras que ella me dijo a mí?

—Según mis cálculos cuatro o cinco millones de veces.

—Muy gracioso.

—Ahora ya sabes lo que se siente cuando te plantan después de la primera noche —le reprendió T.S.—. Bienvenido a la raza humana.

—Es *horrible*.

—¡No me digas!

—No paro de pensar en lo que pude hacer mal —explicó Sam—. Pero no hice nada malo. Conectamos todo el rato, toda la noche. Me refiero a que sé cuando la cosa funciona. Tú me conoces, Toby, se me dan *bien* las mujeres. Sé cuando se produce cierta magia, y había magia, de verdad. ¿Por qué ella no quiere verlo?

T.S. sabía cuándo no tenía que responder. Sabía cuándo debía simplemente escuchar.

—He repasado una y otra vez la misma parte de nuestra conversación —prosiguió Sam—. Ella me preguntó si yo había ido a la Universidad de Nueva York contigo, y yo le dije que no había ido a la universidad. No sé, a lo mejor piensa que no soy lo suficientemente bueno para ella, que no soy lo bastante listo ni lo bastante culto.

—¡Venga, tío! ¿En serio piensas eso?

—Es que no sé qué pensar. Ella enseña en *Yale*, ¿sabes? Tiene un montón de títulos. Es doctora. Doctora en Filosofía. Y yo, yo a duras penas acabé bachillerato.

T.S. suspiró.

—Todo esto es culpa mía. Si no hubiera accedido a recoger a la tía de Bob en el aeropuerto antes de consultar mi agenda...

Permanecieron unos instantes en silencio. Después habló Sam.

—No —dijo con tranquilidad—, prefiero haberla conocido.

—¿Qué piensas hacer?

Sam sonrió con tristeza.

—Tendré que encontrar la forma de volver a verla.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarte?

—Bueno, veamos... —reflexionó Sam—. Durante los próximos meses estarás la mayor parte del tiempo en casa de Bob Osborne, que es, casualmente, donde Ellen pasará el verano. Sí, amigo mío, creo que podrás ayudarme.



Capítulo 6

—¿Perdona, Bob, ¿tienes un minuto? —Ellen llamó a la puerta entreabierta, asomando la cabeza en el despacho de Bob. Un hombre grande, guapo y afroamericano (un desconocido) estaba sentado delante del escritorio de su tío, y ella reculó de inmediato—. ¡Oh, lo siento! No me había dado cuenta de que estabas reunido.

—No, no. —Bob le indicó que entrara con un ademán desde su silla, en la que estaba reclinado y con los pies encima de la mesa—. Pasa. Quiero presentarte a T.S. Harrison. —Se echó a reír—. El *auténtico* T.S. Harrison.

El mejor amigo de Sam. «¿Qué le habrá contado a T.S.?», se preguntó Ellen al tiempo que forzaba una sonrisa y le daba la mano al escritor.

—Soy Ellen —anunció.

T.S. era alto, más alto que Sam, incluso más alto que Bob, de complexión grande, casi rollizo. Su rostro era agradablemente redondo, sus ojos de un tono marrón suave muy ligeramente agrandados por un par de elegantes gafas retro de montura metálica. Tenía el pelo negro y rizado, y muy corto. Llevaba una camiseta gris de la Universidad de Nueva York y unos pantalones cortos de chándal.

Bob vestía una ropa similar.

—Hemos salido a tirar unas canastas —le explicó—. ¿Sabías que T.S. antes jugaba al baloncesto?

—Pues sí —contestó Ellen—, sí que lo sabía. —Notaba la mirada de T.S., todavía educadamente de pie—. Por favor, siéntate —le pidió. Se volvió a Bob—. Si no es un buen momento...

Bob consultó su reloj.

—Tranquila, sólo estábamos haciendo un horario de entrevistas; resulta extraño que durante no sé cuántos meses vaya a tener que hablarle a este chico de mí mismo. Normalmente soy yo quien hace las preguntas. —Miró a Ellen—. ¿Qué ocurre?

Ésta se sentó en el borde de la otra silla que había frente al escritorio de Bob, y miró de soslayo a T.S., que seguía observándola.

—Verás, he llegado a casa hace un par de minutos y no he podido evitar fijarme que hemos pasado al sistema de seguridad DEFCON 3. Casi me hacen un escáner de retina antes de que los hombres armados que hay apostados en las puertas me dejaran pasar. Pensé que iban a engancharme en la blusa una foto carné para identificarme. ¿Qué está pasando, Bob?

—He intensificado un poco la seguridad —contestó éste arrastrando las palabras.

—Pero no has llamado a la policía, ¿a qué no?

Bob no quiso mirarla a los ojos.

—No lo he considerado nece...

Ellen se levantó.

—Lo sabía. ¡Eres de lo que no hay! —Se volvió a T.S.—. Seguramente a ti tampoco te habrá contado lo que pasó ayer por la noche.

T.S. miró a Ellen y luego a Bob.

—¿Qué pasó ayer por la noche?

—Nada —contestó Bob.

—¿Nada? —repitió Ellen—. La alarma antirrobo se disparó a las dos de la madrugada, despertándonos a todos y dándonos un susto de muerte. Incluso a aquellos que hoy fingen que no fue nada.

—Hubo bastante nerviosismo durante varios minutos —convino Bob—. Pero mi equipo de seguridad enseguida lo tuvo todo bajo control.

—Sí, y descubrió que nadie había entrado en casa, sino que alguien había *salido* de ella —le recordó Ellen—. Alguien estuvo aquí, ¡en esta casa había un intruso cuando anoche nos fuimos todos a la cama!

—A veces ocurre —comentó Bob—. Algún fanático consigue colarse en la casa, roba cabellos de mi cepillo o algo igualmente asqueroso, y luego se va. No pasa nada.

—¿No te parece un poco inquietante, teniendo en cuenta las amenazas de muerte que has estado recibiendo?

T.S. se irguió levemente.

—¿Amenazas de *muerte*?

Bob quiso quitarle importancia.

—¡Oh! Es que la semana pasada recibí unas cuantas cartas extrañas. Nada del otro mundo, en realidad. Hay personas muy raras que se creen que por el hecho de verme en su televisor cada noche les estoy hablando directamente a ellas. Algunas me contestan por escrito.

—¿Y qué me dices de las llamadas obscenas? —inquirió Ellen—. ¿Cómo consiguieron tu número de teléfono?

—Eso me ha recordado —le dijo Bob a T.S.— que estoy instalando una línea nueva. Aún tardará unos días, pero me cambiarán el número de teléfono. Llama a Zoey, mi ayudante del estudio. Te dará el número nuevo en cuanto sepamos cuál es.

—No sé qué hacer; no quiere llamar a la policía —le explicó Ellen.

—Bob odia que su sobrina favorita hable de él en tercera persona, como si no estuviese presente —dijo Bob en voz alta.

Ellen se dirigió a su tío.

—Bobby, quiero que llames a la policía. No quiero que acabes como John Lennon.

Bob suspiró exasperado.

—Cariño, te prometo que voy con mucho cuidado. Pero no puedo llamar a la policía cada vez que un chiflado quiere un recuerdo mío. Estoy en plenas negociaciones con la cadena y no quiero que circule ninguna publicidad negativa que ésta pueda reprocharme. A decir verdad, siempre que aviso a la policía por algún

problema de seguridad, el incidente aparece en la portada de *The Daily Star*, acompañado de una reseña que saca a relucir mi pasado oscuro y un titular que sugiere que he vuelto a beber. —Sacudió la cabeza indignado—. No es lo que necesito en este momento.

T.S. se aclaró la garganta.

—Podría llamar a Sam.

Ellen se quedó helada.

—¿A quién? —inquirió Bob.

—A Sam —repitió T.S. —. Sam Schaefer. Un amigo mío que es detective de policía. Es el tipo que conociste en el aeropuerto, el que recogió a tu tía. Lo confundió conmigo, ¿lo recuerdas? Hace un momento te he hablado de él. Hemos comentado que le llamaríamos para que viniera a jugar con nosotros a básquet mañana.

—Sam. Eso es. ¿Y es policía? ¿De verdad?

T.S. asintió.

—Trabaja en la jefatura de Policía número veinte; no está muy lejos de aquí. Estoy convencido de que podrá actuar con discreción.

Bob le acercó el teléfono a T.S.

—De acuerdo, llama a tu amigo. Intenta que venga para que nos diga exactamente lo que ya sabemos, que un chiflado intenta llamar un poco la atención.

—Se volvió a Ellen—. Todos hablaremos con Sam, el amigo de T.S. ¿Contenta ya?

—Humm... —dijo Ellen.

Sam oyó el sonido de los pasos de Ellen por el suelo de mármol del vestíbulo e inspiró profundamente, tratando de aminorar los acelerados latidos de su corazón.

No daba crédito a su suerte. T.S. y él llevaban días pensando, intentando encontrar el modo de conseguir una invitación extra para cenar en casa de Bob Osborne, y ¡bingo!, esta oportunidad les había llegado como caída del cielo: unas cuantas llamadas de un chiflado y un par de cartas de amenaza de algún loco descontento. Seguro que no era nada de lo que hubiera que preocuparse, pero a él le había dado una magnífica excusa para estar sentado en el salón de Bob Osborne, a punto de ver de nuevo a Ellen Layne.

—Ya llega Ellen —anunció Bob—. Lydia y ella son las que han recibido las llamadas obscenas. Tanto Jamie como yo hemos cogido el teléfono y el individuo ha colgado; han sido demasiadas veces como para que se haya equivocado de número.

Jamie y Lydia. Bob había mencionado esos nombres con anterioridad, pero Sam no había tenido la oportunidad de hacer preguntas. Debían de vivir otras personas en la casa, aparte de Bob y Ellen.

Y entonces apareció Ellen, y Sam se olvidó de todo lo demás. Llevaba unas bermudas tejanas con el extremo vuelto hacia arriba, una camiseta que conseguía taparla completamente y a la vez darle un aspecto de lo más sexy, y zapatillas de deporte. Su brillante pelo rubio rojizo estaba recogido en una cola de caballo.

Estaba impresionante.

No miró del todo a Sam a los ojos, sino que sonrió vagamente hacia él mientras ahora avanzaba silenciosa por los intensos rojos y azules de la alfombra persa que cubría el suelo del amplio salón.

—Ellen, te acuerdas de Sam, ¿verdad? —inquirió Bob.

—Naturalmente. —Se volvió a él y forzó una sonrisa.

Sam se puso de pie, le ofreció la mano para saludarla y ella tuvo que aceptarla.

—¿Qué tal estás? —preguntó con educación, titubeando sólo unos instantes antes de que los dedos de ambos entraran en contacto.

La mano de Ellen estaba caliente y ligeramente húmeda, lo que ponía en evidencia su nerviosismo. Sam sostuvo su mano más tiempo del que sabía que era apropiado, pero ¡maldita sea!, no quería soltarla.

—Pues lo cierto es que esta última semana ha sido un verdadero infierno.

Entonces ella levantó la vista y lo miró *realmente* a los ojos.

—Siento mucho oír eso —musitó.

Sam detectó que Ellen se sentía avergonzada. Avergonzada e incómoda por volverlo a ver después de lo que habían hecho en aquella limusina hacía poco más de una semana.

¡Dios! ¿Cuántas veces había sido *él* quien se sentía avergonzado cuando tropezaba con alguna mujer con la que se había acostado y a la que luego no se había molestado en llamar otra vez?

Aunque en sus ojos había algo más que vergüenza. También había una atracción inequívoca. Nada más mirarla supo que la chispa seguía ahí. Supo sin ninguna duda que ella tampoco se conformaba con una sola noche. Entonces, ¿por qué fingía lo contrario?

—¿Te ha enseñado las cartas Bob? —le preguntó mientras se libraba de su mano—. ¿Las amenazas de muerte?

—Pensé que era mejor dejar que lo hicieras tú —se adelantó Bob, levantándose y casi tirándole a Ellen la carpeta de cartón—. Eres tú quien cree que hay un problema. Yo me tengo que ir al estudio.

Bob se iba, así que ella y Sam pronto estarían solos. Era evidente que la suerte de Sam empezaba a cambiar.

Ellen le obstaculizó el paso a Bob.

—¡No puedes irte así! —En su voz había cierto miedo.

—¡Claro que puedo! —replicó su tío alegremente—. Sois Lydia y tú las que recibís las llamadas de teléfono. *Eres tú* la que cree que hay un problema grave; la primera que no dudó en que viniera el Detective Schaefer. Yo pienso que he atraído momentáneamente la atención de un chiflado al que enseguida dejaré de interesar en cuanto París Hilton haya vuelto a la ciudad.

—Pero Bob...

Bob la besó en la mejilla.

—Tengo que irme a trabajar. —Se dirigió a Sam—: Si tienes cualquier pregunta, llámame al estudio. ¡Ah..., y no dudes en hablar con Tran Minh Hyunh, mi jefa de seguridad! Hoy estará todo el día aquí, en casa, probando el sistema de seguridad.

Quizás entre los dos podáis convencer a esta alarmista de que no hay nada que temer. —Rodeó a Ellen y salió con paso ligero del salón—. Hasta luego, chicos.

Ellen permaneció de pie agarrando la carpeta y con los ojos clavados en su tío. Cuando sus pasos se perdieron a lo lejos se volvió y le dedicó a Sam una tímida sonrisa.

—¡Vaya, qué incómodo es esto!

—Me alegro de volver a verte, Ellen —dijo Sam con tranquilidad.

En cierto modo, ella también se alegraba de volver a verlo. Estaba guapísimo. Iba vestido casi igual que la noche en que se conocieron. Téjanos, zapatillas de deporte, una chaqueta de sport, camisa blanca y corbata. Sólo que en esta ocasión iba armado. Había visto la pistola de refilón debajo de su chaqueta cuando Sam se había inclinado hacia delante para darle la mano.

También olía bien. La ligera fragancia de su colonia le traía a Ellen repentinos y vívidos recuerdos que intentaba borrar de su mente con todas sus fuerzas. Su boca y sus manos, sus caricias, sus besos. Los músculos suaves y duros de su espalda al tacto de las palmas de las manos. Su cuerpo llenándola...

—Esto es *muy* incómodo —repitió ella mientras tiraba la carpeta en la mesa de centro y se sentaba en el sofá de felpa de color dorado—. Que conste que fue idea de T.S. llamarte. Y no había mucho que yo pudiera hacer, salvo preguntarle si no le importaba llamar a otro detective. No sé, debe de haber por lo menos mil detectives de policía en la Ciudad de Nueva York con los que *no* me he acostado.

Fue tan directa y honesta que Sam se rió al tiempo que tomaba asiento en el sofá, a cierta distancia de ella.

—«De todos los bares de todas las ciudades que hay en todo el mundo, ¿por qué tenía que venir precisamente al mío?» —citó de «Casablanca»—. Aunque no es casualidad. Ni siquiera suerte. Que yo sepa, soy el único policía que conoce T.S. Tú y yo estábamos predestinados a vernos de nuevo. —Hizo una pausa—. ¡Sólo Dios sabe cuántas veces te he visto en mi tele!

Ellen no pudo evitar sentir una oleada de placer.

—¿Has visto el anuncio?

Sam la miró a los ojos sonriendo.

—Sí, lo he visto. Unas cuatrocientas veces. Es fantástico. Cada vez que lo dan me quedo hipnotizado. Eres increíblemente fotogénica.

Su mirada era demasiado cálida y Ellen tuvo que apartar la vista.

—Gracias. —Abrió la carpeta que había en la mesa de centro—. Has venido por trabajo y será mejor que empecemos.

—Tengo tiempo —le dijo Sam.

Ellen le lanzó una mirada, recordando lo que sucedió la última vez que le había dicho eso. Prefirió ignorar sus dulces palabras y empujó hacia él la carpeta con las cartas.

—Esto es todo lo que he guardado de lo que Bob llama correo «sospechoso».

Sam la miró fijamente mientras se acercaba la carpeta abierta, pero como era evidente que Ellen no iba a mirarlo de nuevo, se concentró en la carpeta.

Las cartas (si es que podían llamarse así) estaban escritas con lápices de colores en folios blancos sueltos de rayas, pero, aparte de eso, no tenían nada de infantil. Sam hojeó las cartas rápidamente. Por lo que podía ver había tres cartas distintas, cada una estaba sujeta por un clip y constaba de varias páginas. La última página era similar en todas ellas: un dibujo bastante bien hecho de unos ojos y unas palabras escritas con mayúsculas y en negro: «Te estoy vigilando». Desde luego resultaba inquietante.

—La primera carta está debajo de todo —le explicó Ellen—. Llegó hace justo una semana, el veintiocho de junio. Lo recuerdo porque ese día Lydia tenía la segunda audición para un papel.

Sam asintió y echó primero un vistazo a esa carta. Extrajo un pequeño bloc del bolsillo de su chaqueta y garabateó una serie de notas. —¿Llegaron todas por correo?

«Muerte» era la única palabra que aparecía en la primera página, y el dibujo era una ilustración bastante gráfica de una muerte por disparo. Quienquiera que hubiese dibujado esto era un verdadero artista, sobre todo teniendo en cuenta que su autor utilizaba sólo lápices de colores. Con una mueca de dolor la víctima recibía las balas en el pecho. ¿Se trataba de una *mujer* o de un hombre? Lo cierto es que era difícil saberlo.

En la segunda página ponía «Vida», y mostraba lo que parecían ser unas criaturas horriblemente dibujadas (¿ángeles tal vez?), que sostenían a una persona (hombre o mujer, de nuevo era difícil saberlo) inconsciente o con el cuerpo laxo, cuya cabeza estaba inclinada hacia delante y que arrastraba los pies, y la llevaban hacia las nubes. La segunda carta contenía las mismas palabras, pero diferentes ilustraciones. «Muerte» o en esta ocasión «Merte» (en esta página estaba mal escrito), mostraba una figura que se retorció al ser quemada viva. En «Vida» aparecían más ángeles grotescos. Y luego estaban los ojos. «Te estoy vigilando.»

—Las dos primeras llegaron por correo —contestó Ellen—. Eran bastante extrañas. Los sobres venían sin nombre; sólo ponía la dirección. La tercera la engancharon con cinta adhesiva a la puerta principal. Jamie la encontró anteayer. Que estábamos a día, veamos... Uno de julio.

Sam levantó la vista y miró a Ellen.

—¿Tienes los sobres?

Ella sacudió la cabeza.

—Si no están en la carpeta, no.

—¿Y estás segura de que el nombre de Bob no aparecía en ninguno de los sobres ni por ningún lado?

—Sólo ponía la dirección, pero en la carta que apareció enganchada en la puerta no ponía nada en absoluto.

—¿Y las enviaron aquí, a la casa, no al estudio?

—Eso es.

—Si vuelves a recibir algo parecido ya sea por correo o en mano, asegúrate de guardar el sobre —le pidió Sam.

Ellen asintió.

—¿No te parece realmente inquietante? —le preguntó, utilizando exactamente la palabra que a él se le había ocurrido—. Me refiero a que no son exactamente amenazas de muerte, pero hay cierta amenaza implícita, ¿verdad?

—Sí —convino Sam—. Yo diría que hay algo implícito.

La tercera carta era diferente. Sólo constaba de dos páginas. La primera consistía en un dibujo de esos espantosos ángeles; debajo del dibujo a lápiz aparecían las palabras: «Me están vigilando». En la segunda aparecían de nuevo los ojos y las palabras: «Te estoy vigilando».

—¿Me has dicho que fue Jamie quien la encontró enganchada en la puerta?

Ellen asintió.

—Bob también ha mencionado a Jamie, y a otra tal Lydia. ¿Viven también aquí? ¿Son empleados de hogar o algo así?

Ellen se rió. Se rió un buen rato. Por alguna razón la pregunta de Sam le hacía mucha gracia.»

—No, de hecho, no son empleados de hogar —contestó—. Les puedo pedir que bajen, si quieres hablar con ellos.

—Sí, hablaré con ellos, pero antes quiero hacerte unas cuantas preguntas sobre las llamadas de teléfono. ¿Sabrías decirme cuántas has recibido?

—Yo he recibido tres por lo menos. Lydia, una. Ya no dejo que ella ni Jamie cojan el teléfono.

Sam miró a Ellen por encima de las hojas de su bloc de notas.

—¿No les dejas?

Ella le sonrió con dulzura, casi con tristeza.

—Lydia y Jamie son mis hijos, Sam.

¿Hijos? La sorpresa recorrió todo su cuerpo. Durante el rato que estuvieron juntos Ellen no había mencionado a sus hijos ni una sola vez.

—No me dijiste que tuvieras hijos.

—Pues sí, los tengo. Una hija de quince años y un hijo de trece.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No me lo preguntaste.

—Hay muchas cosas que no te pregunté.

Ellen se removió en el sofá, visiblemente incómoda. ¿Por qué no le había hablado de sus hijos? ¿Lo había engañado intencionadamente? ¿Había planeado seducirlo? ¿Había planeado utilizarlo sólo para una noche de placer sin molestarse, por tanto, en hablar más de sí misma, aparte de la información que había tenido que darle para responder a sus preguntas? ¡Dios! Si era tan calculadora, a lo mejor le había mentado en todo.

—¿Quieres que te hable de las llamadas? —le preguntó Ellen.

Hasta a Sam mismo le pareció que hablaba con dureza, pero no pudo contenerse:

—No, quiero saber qué más no me has dicho. ¿Estás realmente divorciada o tienes también a Richard escondido en el piso de arriba? Ellen permaneció sentada, en silencio, mirando fijamente al suelo, y Sam renegó en voz baja. —Lo siento —se

disculpó.

Ellen alzó la vista, sus ojos marrones vulnerables y muy tristes.

—No, seguramente lo merezco. —Se puso de pie—. Quizá deberías irte.

Sam no se levantó; antes bien, cogió la carpeta de cartas y suspiró.

—No, no debería irme. Este problema —dijo señalando la carpeta— es mayor que el que hay aquí —añadió señalándolos a ellos dos—. Por favor, siéntate y háblame de las llamadas.

Ellen se sentó despacio, escudriñando el rostro de Sam con la mirada.

—¿Crees que puede ser serio?

—Bob me ha comentado algo de que el individuo cuelga cuando él y Jamie cogen el teléfono. ¿Lo he entendido bien? ¿Solamente tu hija y tú habéis recibido esas llamadas?

Ellen asintió.

—¿Te importa contarme todo lo que recuerdes acerca de esas llamadas? ¿Podrías describirme la voz?

—Masculina —contestó ella, con la mirada todavía clavada en el rostro de Sam—. Sí, seguro que era un hombre, aunque la voz era un poco aguda y chillona, como si estuviese intentando disimular su verdadera voz.

—¿Qué dijo?

—Fue extraño. La primera vez que descolgué dijo algo como: «¿Te gusta volar?», y yo debí de contestarle: «¿Quién es?» o «¿Quién llama?» Me preguntó otra cosa realmente rara: «¿A qué hueles?» o, no: «¿A quién hueles?» Fue extraño. *Quién*. Y luego dijo, y lo recuerdo con total claridad, porque repitió lo mismo en las llamadas siguientes; a Lydia también. Dijo: «¿Tú también quieres que te sonde? ¿Dónde quieres que te sonde?» —Ellen se ruborizó y desvió la vista—. Y después fue bastante explícito en la lista de opciones. Entonces colgué.

Sam escribía sus palabras en el bloc de notas. Sondar. No era un término que hubiese escuchado con frecuencia. Quizá tuviesen suerte y encontrasen a algún demente que utilizase el mismo *modus operandi* y que hubiese sido previamente detenido. Introducirían en el ordenador de la policía tanto las palabras empleadas en las llamadas de teléfono como en las cartas (juntas y por separado; pues en esta etapa ni siquiera podían dar por sentado que se tratase del mismo individuo), con la esperanza de dar con algún delincuente sexual previamente identificado, que tuviese una forma de operar similar. Esta clase de dementes tendía a usar unas palabras más que otras, como era el caso de «sondar» o preguntarle a alguien a *quién* olía en lugar de a *qué*, y esa elección de palabras a veces ayudaba a identificarlos.

E identificar a este tipo les ayudaría a encontrarlo.

—Las otras dos veces que llamó colgué en cuanto empezó a hablarme de sondas —continuó Ellen.

Sam alzó la vista.

—¿Preguntó por tu tío o lo mencionó en algún momento?

—No.

Sam consultó las primeras notas que había tomado.

—La primera carta llegó el... veintiocho de junio. La primera llamada se produjo, ¿antes o después de esa fecha?

—Después. Un par de días después.

—¿Estás segura?

—Sí. Supongo que sabrás que el número de teléfono de Bob no aparece en los listines. Por eso él creyó que se trataba simplemente de una coincidencia. Pero recuerdo que me asusté mucho al pensar que a lo mejor se trataba del mismo tipo que enviaba esos espantosos dibujos. Aun así, Bob siguió creyendo que no era más que un perverso que había marcado un número al azar en busca de una voz femenina.

Sam levantó la mirada del bloc.

—Pero tú no crees eso, ¿verdad? —inquirió Ellen con un tono de preocupación creciente en la voz.

Sam sacudió la cabeza.

—Ellen, ¿recuerdas cuándo se emitió tu anuncio por primera vez?

Ella frunció las cejas.

—No. Espera, sí. Fue... —Sus miradas se encontraron sólo brevemente—. Fue al día siguiente de lo nuestro. Ya sabes, tú, yo, los leones...

Sam esbozó una media sonrisa.

—No necesito que me des más datos para recordarlo. —Buscó en el bloc la hoja donde estaba el calendario—. Eso fue el viernes de la semana pasada. Y tú viste el anuncio el sábado... veinticinco de junio. —Levantó los ojos y miró a Ellen—. Tres días antes de que recibieras la primera carta de amenaza; que llegó a esta dirección y no llevaba ningún nombre específico en el sobre.

Examinó los dibujos de la víctima de las páginas donde aparecía la palabra «Muerte».

—Fíjate en el color de su pelo —prosiguió—. Éste no es Bob. Bob es moreno. En los dos dibujos la persona es rubia.

—¡Oh, Dios mío! ¿Crees que...?

—Creo que esas cartas no iban dirigidas a Bob —se adelantó Sam con dramatismo—. Ellen, creo que iban dirigidas a *ti*.



Capítulo 7

—¡Señor Harrison! ¿Cómo está, señor? Me alegro de volver a verlo.

Sam alzó la vista y vio que Ron, el chófer de la limusina, lo saludaba con la mano desde donde estaba aparcado el vehículo frente a la casa de Bob Osborne.

—¿Te importa que le aclaremos las cosas un momento a este hombre? —le preguntó Sam a T.S. Sin esperar la respuesta de su amigo, Sam se acercó a Ron y le dio la mano—. ¡Hola, Ron! ¿Cómo andamos?

—Bien, señor. Gracias.

—Mira —dijo Sam—, quiero presentarte a alguien. —Se volvió a T.S.—. Éste es...

—Tobias Shavar —le interrumpió T.S., alargando el brazo por delante de Sam para darle la mano a Ron—. Soy el ayudante del señor Harrison.

—Encantado de conocerlo, Tobias —repuso Ron—. Soy un gran fan de su jefe.

—El señor Harrison es un gran escritor —convino T.S. con una amplia sonrisa dirigida a Sam—. Es, sin duda, uno de los grandes genios norteamericanos.

Sam conocía lo suficiente a T.S. como para saber que tenía que haber una razón por la cual no le había revelado a Ron las verdaderas identidades de ambos. Esperó a haberse alejado bastante, ya cerca de las escaleras que conducían a la puerta principal de la casa que Bob tenía en la ciudad, antes de preguntarle en voz baja:

—¿Te importaría explicarme qué demonios ha sido eso?

—Se me ha ocurrido un plan perfecto— contestó T.S. ufano.

—Bueno, por eso eres un genio, como tú mismo has dicho —replicó Sam con sarcasmo—. ¿Piensas contármelo o, por el contrario, utilizarás tus magníficos poderes mentales para enviarme por telepatía ese plan perfecto?

Antes de que ninguno de los dos tocasen el timbre, la puerta se abrió y se encontraron con un niño con gafas, que los miraba fijamente.

—Lo siento —se excusó el chico—. Acabamos de comprarle galletas a la chica Scout de aquí al lado. —Se dispuso a cerrar la puerta y luego la volvió a abrir, riéndose al ver la expresión de sus rostros—. Era broma. Ya sé que no sois chicas Scouts; lo he sabido porque no lleváis faldas verdes. Sois T.S. y su amigo, ¿verdad? — Señaló primero a T.S. y a continuación a Sam—. ¿Tú eres T.S.? ¿O tú?

Ambos señalaron a Sam y dijeron al unísono:

—T.S.

—Yo soy Tobias Shavar —se presentó T.S. Sam le lanzó una mirada a su amigo. T.S. se lo estaba pasando en grande con eso de la falsa identidad; claro que siempre le había gustado mucho la intriga.

—Os esperan en el despacho de Bob —comentó el chico al tiempo que abría

más la puerta para dejarlos pasar.

—Tú debes de ser el hijo de Ellen —le dijo Sam mientras entraba en el vestíbulo.

Jamie pareció sorprendido.

—¿Conoces a mi madre?

—Sí —contestó Sam—. Debes de ser Jamie.

Al otro lado de la puerta había apostado un vigilante de seguridad armado, que los miraba impasible. Sam le dirigió un movimiento de cabeza y el hombre asintió casi imperceptiblemente.

—James —le corrigió el chico con altivo acento inglés—. Soy el mayordomo en prácticas. Me han ordenado que os acompañe al piso de arriba. Por aquí, caballeros.

El niño debía de rondar los diez años, pero su actitud y su sentido del humor eran propios de un chico mucho mayor. Tenía los ojos azules y el pelo castaño claro engominado en punta, como si permanentemente recibiese una descarga eléctrica. Sam buscó a Ellen en el rostro del muchacho y la encontró en su mandíbula ligeramente puntiaguda, y en la manera en que las comisuras de sus labios parecían curvarse hacia arriba, en una expresión de divertimento constante.

Cuando se metieron en el ascensor para subir al segundo piso, Sam miró a T.S. a los ojos.

—¿Y el plan? —inquirió en voz baja.

T.S. miró fijamente al chico, quien hizo lo mismo con descarada curiosidad.

—Estás escribiendo la biografía de Bob —le dijo T.S. a Sam—. Así que tienes motivos para estar aquí, ¿no es cierto?

Sam entendió el plan al instante. Era una locura.

—Pues adelante —continuó T.S.—. Tienes total libertad para estar en la casa, incluso para deambular por ella, si quieres, sin levantar sospechas y pillar ya-sabes-a-quien... y tal vez de paso hasta consigas algunos de tus objetivos personales.

La puerta del ascensor se abrió y Jamie (*James*) salió arrogantemente afuera.

—Por aquí, caballeros.

—Enseguida nos reuniremos contigo, chico. —En lugar de seguir a Jamie por el pasillo, Sam se detuvo, obligó a T.S. a detenerse y le dijo en voz baja—: En teoría ha de funcionar.

—¿Y por qué en la práctica no? —quiso saber T.S.

Sam no quería hablar en voz alta. Esto era algo de lo que no había hablado ni siquiera con T.S. Era la causa de su reciente examen de conciencia. Era la razón por la que estaba pensando en dejar el cuerpo de policía.

Le daba miedo no estar a la altura. Le daba miedo no ser capaz de realizar el trabajo.

Todo el escenario en sí era similar al caso que le habían dado el año anterior y que tan mal había terminado. A Sam le habían confiado la protección de un testigo que tenía que testificar en los tribunales contra un influyente gángster. Pero la situación entera se había ido al traste en un abrir y cerrar de ojos. Al trasladar al testigo al juzgado desde un lugar supuestamente secreto en una casa supuestamente segura, a dos detectives y al testigo les dispararon y casi murieron. Ni que decir tiene

que él salió sin cargos de la investigación consiguiente. Según el informe del Ministerio del Interior todo el mundo convino en que había hecho cuanto estaba en su mano por impedir el ataque. Otro de los detectives de su misma jefatura (un hombre del que no tenía por qué haber sospechado) los había traicionado. Era imposible que Sam hubiese podido saberlo.

Pero *debería* haberlo sabido. De modo que, en realidad, él se sentía del todo culpable.

No podía dejar de pensar que, en cierto modo (tal vez si fuese mejor policía), debería haberlo sabido. Si hubiese heredado el instinto de su padre y su abuelo, lo habría sabido. Debería haber sido capaz de mirar a la calle y *saber* que iba a producirse un ataque contra el testigo. Su padre lo habría sabido. Pero Sam no había heredado ese gen, ese sexto sentido que tenían los policías.

Así que ahí estaba ahora, a punto de hacer frente a una situación en la que debería proteger a una mujer que le importaba mucho, una mujer con la que quería desesperadamente mantener una relación.

Ya estaba emocionalmente involucrado, lo que de por sí era suficiente motivo para mantenerse lo más alejado posible de este caso. De hecho, él era la última persona que debería llevarlo. Debería hacer de tripas corazón, hablar con el teniente de la jefatura y que le asignaran a alguien más la protección de Ellen.

Pero ¿y si le daban el caso a Autweiler o a Janowski? ¿O, Dios no lo quisiera, a Artie Medner? Por incompetente que Sam se considerase a sí mismo, sabía que esos tres tipos se limitaban a vegetar a la espera de su jubilación; aunque a Autweiler aún le quedaran quince años por delante antes incluso de que pudiese empezar a pensar en una pensión.

No, por mucho que Sam no quisiese responsabilizarse de la seguridad de Ellen, no se le ocurría ninguna otra persona, fuese hombre o mujer, a quien deseara pasarle la misión de protegerla.

¡Que Dios lo protegiera! Porque no podría conciliar el sueño hasta que pillara a ese individuo.

—¡Caramba, tío! Yo pensé que darías saltos de alegría ante una oportunidad como ésta —le reprochó T.S., mirando fijamente a Sam con los ojos entornados.

—La situación es seria, Toby. La amenaza es real. Esto no es un juego. Ya no se trata sólo de que yo intente acercarme a Ellen.

T.S. habló en voz aún más baja.

—Estás asustado, ¿verdad?

Sam asintió, aunque T.S. nunca sabría lo tremendamente asustado que estaba.

—Quizá me equivoque, pero creo que el tipo que envió las cartas y realizó esas llamadas va completamente en serio. Creo que quiere matar a Ellen. —Respiró hondo y exhaló con fuerza—. Así que entremos ahí y convencemos a Bob y a Ellen de llevar a cabo tu plan para que yo pueda asegurarme de una maldita vez de que Ellen está a salvo.

«Por favor, Señor —añadió en silencio—, no dejes que meta la pata.»

—No creerás que la persona que acosa a Ellen trabaja en casa, ¿verdad? —le preguntó Bob con voz preocupada. Ya no le quitaba importancia a las cartas de amenaza (no, ahora que daba la impresión de que iban dirigidas a Ellen). Podía no preocuparle su propia seguridad, pero sí la de su sobrina.

—Desde luego no es ningún miembro de mi equipo de seguridad —soltó Hyunh—. Mis tres hombres llevan conmigo cuatro años. Confío en ellos.

La jefa de seguridad de Bob, Tran Minh Hyunh, era una vietnamita menuda que hacía diez años que trabajaba con él, tal vez incluso más. A pesar del color gris que recorría su larga trenza morena, Hyunh era perfectamente capaz de perseguir a una de las bandas callejeras más peligrosas de matones sin jadedar. Ellen lo sabía porque había visto a la jefa de seguridad entrenar con el resto de su equipo en el gimnasio de Bob. Había tirado al suelo a hombres el doble de grandes que ella sin mucho esfuerzo aparente.

—Creo que el acosador podría estar relacionado con alguien que conoce a Bob bastante bien —dijo Sam—. No olvides que este tipo ha tenido acceso al número de teléfono de Bob Osborne, que no aparece en los listines. Naturalmente, hay otras formas de obtenerlo, pero todavía no quiero sacar conclusiones.

—Creo que lo más inteligente sería que fuera de este despacho nadie supiera que Sam, en realidad, no es yo —señaló T.S.

—Mi equipo de seguridad lo tiene que saber —afirmó Hyunh—. Pero serán discretos.

Ellen miró a los presentes, primero a Bob, luego a Hyunh, a T.S. y, finalmente, a Sam.

—Es imposible ocultarles esto a Lydia y a Jamie —declaró.

—¿Serían capaces de guardar un secreto de semejante magnitud? —inquirió Bob.

—Me parece que no acabo de entender exactamente por qué deberían guardarlo en secreto —repuso Ellen.

—Lo ideal sería que pudiésemos ocultarle mi identidad al personal de la casa —explicó Sam—. Es posible que el acosador conozca a alguien del personal o que, simplemente, sea alguien que sabe qué hacer para escuchar las conversaciones privadas de los empleados. Sea como sea, lo último que queremos es que se entere de que se ha instalado un poli en la casa. Queremos pillar a este tipo. Y no que se asuste y huya. No queremos que se esfume y vuelva a aparecer más tarde cuando Ellen menos se lo espere.

Ellen sintió que se mareaba. Todo esto giraba alrededor de su persona. Alguien había visto su anuncio y ahora quería matarla. Se echó a reír, su voz sonaba un tanto histérica. No creía que fuese tan mala actriz. Levantó la vista y se encontró con la mirada de Sam clavada en ella; sus ojos azules cristalinos carentes de todo humor.

Tanto él como Bob habían estado hablando en un tono ligeramente sosegado y lúgubre, como si ella ya estuviese muerta. Hablaban de que Sam se trasladase a vivir ahí (*¿que se trasladase?*). Y estuvo a punto de caerse de la silla cuando comprendió el

significado de sus palabras. ¿Que se instalase en la *casa*? ¿En la misma casa en la que ella vivía?

Este supuesto plan era una locura total. Si apenas podía sentarse en la misma habitación que Sam Schaefer, ¿cómo iba a vivir en la misma casa que él durante las muchas semanas que tardarían en atrapar a este acosador?

Ellen sabía sin ningún género de dudas que no se había equivocado al tomar la dolorosa decisión de no volver a ver a Sam. Porque al verlo de nuevo se estaba fijando en todas esas pequeñas cosas de su persona que tanto le habían gustado (y que tanto se esforzaba por olvidar). Su amabilidad. Su rápido sentido del humor. La dulzura de sus ojos; una dulzura que complementaba a la vez que contrastaba con el fuego que ardía en él, justo debajo de la superficie. Ese suave cabello rubio que le caía sobre los ojos. Los duros músculos de sus hombros y sus brazos, que se tensaban y se aflojaban con cada ligero movimiento que hacía. Esa sonrisa tan sexy como pecaminosa.

Pero no podía olvidar lo tranquila y abatida que se había mostrado al decirle que no quería volverlo a ver. Como tampoco podía olvidar la punzada de dolor que había visto en los ojos de Sam en más de una ocasión a lo largo del día de hoy.

¿Era realmente dolor lo que emanaba de su mirada? ¿O simplemente orgullo herido? Él le había llamado por teléfono, probablemente esperando que ella diese saltos de alegría ante la idea de verlo otra vez. Probablemente esperaba que ella le agradeciese la llamada y estuviese ansiosa por tener otra oportunidad para caer rendida en sus brazos.

Sin embargo, lo había rechazado.

Pero lo que Sam no sabía era que lo había rechazado porque tenía miedo de cometer una auténtica estupidez si lo veía de nuevo; como enamorarse de él.

—Creo que me iré a casa. —Ellen se levantó—. Haremos las maletas y volveremos a Connecticut. Es la solución más lógica.

Pero tanto Bob como Sam cabecearon.

—No —dijo Bob—. Hay que impedir que este tipo te siga.

—Lo creas o no —agregó Sam—, donde más segura estás es aquí. Esta casa es una fortaleza. Su sistema de seguridad es uno de los mejores sistemas de seguridad privados que he visto en mi vida. A menos que tengas uno parecido en tu casa de Connecticut...

Sam sabía perfectamente que no lo tenía.

—Tengo un cerrojo doble en la puerta principal —le explicó ella—. Y un palo de escoba, que corté con la sierra, metido en las guías de la puerta de cristal corredera del cuarto de jugar. Ése es todo el sistema de seguridad que tengo en mi casa.

—Marcharte de aquí no es una alternativa —soltó Bob con rotundidad.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —repuso ella elevando el tono de voz debido a la frustración que sentía—. ¿Pasar el resto del verano encerrada en esta casa, muerta de miedo, esperando a que algún aspirante a Anthony Perkins me asalte mientras me ducho?

—Yo me encargaré de que no estés muerta de miedo ni te quedes encerrada en

casa —le aseguró Sam—. Y con los nuevos ajustes que Hyunh ha hecho en el sistema de seguridad, el incidente que permitió que un intruso permaneciera con vosotros en la casa por la noche, no se repetirá. Créeme, nadie podrá asaltarte mientras te duchas. —Sostuvo su mirada impasible, con una ligera sonrisa asomada a las comisuras de los labios—. A menos que tú lo desees.

Ellen sintió que se ruborizaba al tiempo que Sam se dirigía a Bob.

—Me gustaría buscar huellas en la habitación donde estuvo el intruso —continuó—. Y echarle un vistazo a la ventana que usó para salir de la casa. Y estaría bien que retrasaras el cambio de número de teléfono. Quisiera instalar un sistema para grabar e intentar localizar esas llamadas; aunque no me sorprendería que este tipo telefonease desde una cabina.

Sam miró a Ellen.

—Necesitaré hablar con tus hijos y explicarles por qué es importante que mantengan esto en secreto. Y necesitaremos establecer una serie de normas generales para cuando quieran salir de la casa.

—No dejaré que vayan solos por la ciudad —comentó Ellen—. Si salen, irán con Bob, con Hyunh o conmigo.

—Me parece bien —convino Sam—. Así no tendrán la impresión de que, de repente, les ponemos un montón de restricciones. —Le sonrió tranquilizadamente—. No pongas esa cara. Todo irá bien. Te lo prometo.

Con esa sonrisa parecía tan capacitado, tan seguro, que controlaba tantísimo. ¿Todo irá bien? Eso es lo que le preocupaba a Ellen. Le daba miedo que todo saliera un poco demasiado bien.

Tuvo una repentina visión de Sam, en su cama, estrechándola y protegiéndola entre sus brazos mientras dormían en plena madrugada. Lo visualizó asegurándose por completo de que nadie la sorprendiera en la ducha; porque él estaba allí con ella, con el agua cayendo sobre sus cuerpos mientras la besaba y...

Ellen se puso de pie y se aclaró la garganta. A lo mejor si actuaba con absoluta frialdad, él se creería que su intención era que a partir de ahora hubiese entre ambos una relación estrictamente profesional. A lo mejor si marcaba las distancias, ella también se lo creería.

—¿Por qué no vienes conmigo, detective? Te presentaré a Lydia y a Jamie.

—Tenemos una serie de habitaciones en el tercer piso —continuó Ellen mientras Sam la seguía hasta el vestíbulo y hacia la escalera de mármol. Todo en ella (su tono de voz, su modo de andar, la posición formal de su cabeza) era más propio de una guía turística que de una amante. Antigua amante. En pasado; porque era más que evidente que Ellen no tenía ninguna intención de recuperar ese rol.

Sam sintió una oleada de frustración. ¿Qué había hecho tan mal? ¿Qué había dicho para que ella tuviese tan claro que no quería salir con él?

El sexo había sido excelente; de eso no tenía ninguna duda. Pero hasta él sabía que la compatibilidad física no era un elemento suficiente sobre el que basar una

relación. Y no era el sexo por lo que había estado tan interesado en volver a verla. Bueno, vale, a decir verdad, sí tenía algo que ver. De hecho, desde que se bajó de esa limusina, el viernes de la semana pasada, se moría de ganas de hacer de nuevo el amor con Ellen. Pero más incluso que eso había deseado su grata compañía, las risas y la complicidad.

—Ellen, antes de que hablemos con tus hijos, me preguntaba... —Sam vio que se tensaba al oír sus palabras y tuvo un arrebato de impaciencia—. ¿Qué? ¿Pensabas que te iba a preguntar si no te importaba meterte conmigo en el armario de la ropa blanca para pegarnos el lote? ¡Dios! —resopló con frustración—. ¿Sabes una cosa? Puede que no sea el tipo más listo del mundo, pero tampoco soy idiota. Por mucho que desee volver a encerrarme contigo en medio metro cuadrado, confía un *poco* en mi criterio como para saber lo que es o no es apropiado, teniendo en cuenta que estoy de servicio y que tus hijos están por aquí.

Ellen se ruborizó.

—Lo siento. Estoy... un poco tensa.

—Ya lo he notado. Me preguntaba si sería humanamente posible que aprietes aún más los dientes —repuso Sam—. Estás tan tensa que *me* empieza a doler la cabeza.

Ellen esbozó una sonrisa.

Estaba realmente aterrorizada por todo eso del acosador. Y tener que verlo a él de nuevo sólo empeoraba la situación. Se quedó ahí de pie, en el recibidor, con los brazos cruzados delante del pecho como si estuviera conteniéndose, y Sam sintió que su intensa frustración se disolvía en algo más cálido, más triste. Parecía tan vulnerable. Tuvo ganas de abrazarla y consolarla, pero sabía que tocarla era lo último que ella quería que hiciera.

En lugar de eso se esforzó por sonreír.

—¡Vamos! —le dijo—. Anímate, anda. Él que te crea problemas es el acosador, no yo. Yo soy el bueno de la peli, ¿vale?

Ella asintió.

—Lo sé.

—Está bien —repuso él—. Entonces, lo que quería preguntarte es si crees conveniente contarles a tus hijos toda la verdad de lo que sucede; lo de las amenazas de muerte y demás. No quiero que se asusten, pero es importante que entiendan que bajo ningún concepto deben salir solos de casa.

Ellen volvió a asentir.

—Sí, creo que deberíamos contárselo, pero tal vez habría que disfrazar el hecho de que es posible que este individuo vaya detrás de mí. Me refiero a que es algo que realmente no sabemos. Podría ir detrás de Bob. —Pareció recuperar su sentido del humor—. *Debería* acosar a Bob después de las bromas estúpidas y de mal gusto que hizo ayer noche en su programa sobre la gente rubia. ¡Dios! Después de eso no sé si teñirme otra vez el pelo de mi color habitual.

—A lo mejor deberías.

—¿Lo dices en serio?

Sam sonrió con pesar.

—La gente, especialmente las personas que están locas, se fija en las cosas más extrañas. Quizá si no llevaras el pelo rubio, dejarías de ser la mujer del anuncio del detergente; al menos para el acosador. Y tal vez perderías interés para él.

—O tal vez no dudara en asesinar a la malvada impostora morena por haberle robado el sitio a su diosa rubia.

Sam se rió.

—Claro, siempre cabe esa posibilidad.

—No, creo que quiero atrapar a ese tipo —dijo Ellen—. Si no lo pillamos nosotros, me pasaré toda la vida mirando por encima del hombro, demasiado asustada para quedarme sola en casa. Tendré que instalarme en la residencia universitaria de Jamie cuando empiece la carrera; y algo me dice que eso no le haría mucha gracia.

Nosotros. Había dicho: «Si no lo pillamos *nosotros*». Era sólo una simple palabra, pero Sam fue más feliz de lo que lo había sido en toda la semana. *Nosotros.* Le gustaba cómo sonaba.

—Lo pillaremos —declaró. ¡Que Dios los asistiera! Se aseguraría de ello, aunque fuera la última maldita cosa que hiciera en su vida.

Ellen inspiró y se atrevió a mirar de nuevo hacia Sam. Él la miraba fijamente, con excesiva dulzura. Ella reinició la marcha recorriendo el largo pasillo que conducía a los dormitorios de Jamie y Lydia. Pudo oír los sonidos de sus hijos, que tan familiares le resultaban (la Super Nintendo de Jamie y el saxofón de Lyd). Suerte que esta antigua casa tenía una buena insonorización, porque, de lo contrario, se los escucharía también desde el despacho de Bob.

—Hola, Lyd —saludó Ellen llamando a la puerta de su hija— Quiero presentarte a alguien.

Lydia fue hasta la puerta con el saxofón contralto aún atado a la cinta que llevaba al cuello. Tenía esa mirada hostil en sus ojos, de no-me-molestes-ahora, pero se desvaneció casi al instante en cuanto reparó en Sam.

—¡Guau! —exclamó, escudriñándolo con su habitual falta de timidez—. ¿Quién eres?

—Espera un momento —le dijo Sam a Ellen—. Ésta es la chica del anuncio.

—Sí —afirmó Ellen—. Es mi hija, Lydia. —Y volviéndose a ella dijo—: Te presento a Sam Schaefer.

—Sam —repitió Lydia mientras cualquier vestigio de hostilidad desaparecía y le lanzaba a su madre una mirada inquisidora, una mirada llena de silenciosos mensajes—. ¿Éste es Sam? ¿El Sam que llamó por teléfono?

—Es detective de la Policía de la Ciudad de Nueva York —le explicó Ellen.

—¿Detective? ¡Es broma!

—No lo es —repuso Ellen—. Necesita hablar con Jamie y contigo.

Lydia miró a Ellen y luego a Sam, y viceversa.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

Sam miró fijamente a la hija de Ellen. Era igual que ella, aunque más delgada y

más pequeña. Era una encantadora versión de la belleza adulta de Ellen. Llevaba el pelo más largo y castaño claro, y sus ojos eran del mismo color chocolate que los de Ellen. Pero no sonreía ni la mitad que su madre. Aunque, últimamente, tampoco es que ésta sonriera demasiado.

Lo cierto es que eso complicaba las cosas. Sam ni siquiera sabía con seguridad que el acosador persiguiese a Ellen y no a Bob, y ahora había que añadir a Lydia, también como posible objetivo, al cóctel de famosos.

—No me habías dicho que Lydia también era actriz —comentó.

—Actor —le corrigió Lydia con seriedad—. Decir «actriz» es sexista.

—Perdón.

—Gracias a ella estuve en el lugar y el momento oportunos para el anuncio —le explicó Ellen.

Sam asintió. Recordó que ella le había explicado que era así como le habían dado el papel.

—A Lydia le dieron el papel de hija y yo la acompañé a la ciudad para el rodaje. La actriz, actor —se autocorrigió rápidamente lanzándole una mirada a Lydia— que habían seleccionado para hacer de madre no se presentó. Resulta que tuvo un grave accidente de coche, pero en ese momento no lo sabíamos. El ayudante del director no paraba de dar vueltas tratando de averiguar lo que le había pasado, y yo hice de madre durante uno de los ensayos para ayudar a Lyd, que estaba bloqueada. Al director le gustó lo que hice, y el resto es historia.

—¿Has visto el anuncio? —le preguntó Lydia a Sam.

—Sí, lo he visto.

—¿A que está guapa mamá? Es el primero que hace.

—Sí, está muy guapa —contestó, dirigiéndole una mirada a Ellen, que se esforzaba por ignorar sus palabras—. ¿Cuántos anuncios has hecho? —le preguntó a Lydia.

La joven se encogió de hombros.

—No lo sé. Media docena de spots locales, ya sabes, que no pertenecen a ningún sindicato. Y en los últimos años, he hecho tres trabajos para el SAG, que no está nada mal, porque no vivo en la Ciudad de Nueva York.

Sam miró a Ellen.

—¿El SAG?

—Es el sindicato de actores estadounidenses —aclaró.

—¡Oh!

—Jamie ha hecho incluso más que yo —añadió Lydia—. Eso es porque todavía tiene aspecto de niño. Sabe simular de maravilla el lloriqueo de un niño de nueve años.

Sam se volvió de nuevo a Ellen.

—¿Jamie también hace anuncios?

Ellen asintió.

—De hecho, mañana tenemos todos una audición en la misma agencia de castings. Aunque, visto el panorama, casi estoy por cancelarla.

- ¿Qué? —El tono de voz de Lydia ascendió una octava—. ¿Por qué?
- No hace falta que la canceles —replicó Sam—. Si cambias de planes, si dejas que te intimiden, el individuo éste ganará automáticamente.
- ¿*Qué* individuo? —inquirió Lydia.
- Por favor, ve a buscar a Jamie —le pidió Ellen a su hija— e id a la salita amarilla; nos veremos ahí. Os explicaré lo que ocurre.



Capítulo 8

—No me puedo creer que viva en esta casa y no me haya enterado de que pasaba esto —se lamentó Lydia—. Quiero decir que sabía lo de la llamada de teléfono obscena, pero, aparte de eso, me he movido por toda la casa y estaba tan campante.

—Yo lo sabía todo —anunció Jamie.

—Eso es porque eres un niño.

—¿Que yo *soy* un niño? Me parece que no, cabeza hueca.

—¡*Odio* que me llames así!

—Lo sé. Cabeza hueca.

—Perdonad —los interrumpió Ellen en voz alta—, pero los dos sois unos niños y unos cabezas huecas, ¿entendido? O por lo menos lo seréis, si seguís actuando de esta forma; así que vale ya de pelearos, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó Jamie—. Esto es como ese episodio de «Star Trek» en el que, de repente, dirigen a los Klingons a bordo del *Enterprise*, y está ese efecto especial tan cutre de luces que interrumpe toda la lucha, y el Capitán Kirk y el Comandante Klingon tienen que fingir que son amigos para ahuyentar al alienígena.

—¿Te refieres a «El día de la paz»? —soltó Lydia—. Esto no tiene nada que ver con eso. Se parece mucho más a ese realmente horrible donde el espíritu de Jack el Destripador se introduce en el ordenador del *Enterprise* y...

—No —interrumpió Ellen—, es como «Las maniobras de la carbonita», el episodio donde la cara tremendamente espantosa del alienígena en la pantalla resulta que es ni más ni menos que la del indefenso y menudo Clint Howard con una peluca calva en la cabeza. La terrible amenaza no es más que un simple engaño y al final del episodio todo el mundo acaba bebiendo *tranya* y riéndose. *Eso* es lo que pasará.

Sam hizo un gran esfuerzo por no reírse. Ellen le lanzó una mirada y no pudo evitar esbozar una sonrisa. Durante un breve instante, se olvidó y miró a Sam fijamente a los ojos. La conexión fue inmediata, pero era más que puro ardor. También era cálida; y resultaba difícilísimo apartar la vista.

Pero lo hizo, conmovida por su frágil determinación y avergonzada por lo mucho que aún deseaba a ese hombre. Cuando lo miró de nuevo, se obligó a sí misma a centrarse en su preciosa cara, la perfección casual de su cabello y la anchura de sus hombros.

Quizá lo desease, pero eso no era ningún signo de debilidad por su parte. Ellen no tenía la culpa de ser humana. Todas las mujeres vivas de entre uno y cien años habrían deseado a Sam Schaefer de un modo o de otro.

Nadie era inmune a su carisma. Ni siquiera Lydia. Sam había conseguido

meterse totalmente en el bolsillo a la siempre aburrida hija de Ellen.

Ella observó a Sam mientras hablaba tanto con Lydia como con Jamie, dándoles la lista de normas que tendrían que cumplir para garantizar la seguridad de todos hasta que atrapasen al acosador. Jamie escuchaba con atención; lo cual no era de extrañar. Todavía era lo suficientemente pequeño como para tener cierto sentido de irrealidad respecto a la situación en general. Para él esto no era más que un juego gigante. Ellen sabía que durante los próximos días se lo encontraría escondiéndose por la casa, jugando a detectives; con una gorra de béisbol ajustada hasta la frente y sujetando una pistola de agua con la mano mientras escudriñaba por las ventanas, en busca de cualquier señal de que hubiese alguien vigilando la casa.

Ellen tomó nota mentalmente para asegurarse de que la pistola de agua permaneciese vacía. Sólo faltaría que Jamie rociara con agua las costosas antigüedades de Bob.

—¿Alguien quiere preguntar algo? —les dijo Sam a los niños.

Lydia, actuando como siempre, estaba interpretando el papel de la perfecta adulta preocupada.

—Acabo de conseguir que me dé clases Casey Redmond, el saxofonista de la banda del estudio de Bob. Hemos quedado en vernos en su casa, al otro lado de la ciudad. ¿Le pido que venga aquí mejor?

—Sí, de todas todas. —Sam extrajo su bloc de notas y apuntó el nombre.

Lydia estaba fascinada.

—No pensarás que puede ser Casey, ¿verdad?

—Ahora mismo lo único que sé es que no sois ni tú ni Jamie, ni Ellen ni Bob, ni yo, ni T.S., ni Hyunh y su equipo de seguridad, pero ahí termina mi lista. ¡Ah..., ni mis padres! Ellos también están en mi lista. Tampoco creo que ninguno de los dos sea el acosador.

Lydia se rió de manera entrecortada.

—Pero cualquier otra persona, sobre todo aquellas a las que hayáis conocido en los últimos tiempos, es potencialmente sospechosa, sí. De modo que necesitare que los dos os estrujéis la cabeza y me hagáis una lista de toda la gente a la que hayáis conocido o con la que hayáis hablado durante las pasadas semanas. ¿Me haríais ese favor?

Lydia asintió con los ojos fijos en el rostro de Sam.

—Por supuesto. Lo haré enseguida.

No, decididamente, Lydia no era inmune al encanto de Sam. Ahora bien, a Ellen le asustaba una idea. Sam y Lydia. Su diferencia de edad no era mucho mayor que la que había entre ella y Sam. Sería tan inapropiado que ella saliera con Sam como que éste saliera con Lydia, que tenía quince años.

Ellen se obligó a sí misma a clavar los ojos en los pies de Sam, en las zapatillas de deporte que llevaba. Eran unos zapatos grandes y originales, con unos rayos dibujados y líneas negras *lightning bolts and stripes of black* que destacaban sobre el fondo blanco del calzado. Jamie podría llevar unas como éstas. Eran descaradamente juveniles.

Y sus téjanos. Intentó imaginarse a Richard yendo a trabajar con téjanos y una chaqueta de sport, pero no pudo. Claro que Richard tenía diez años más que ella y había recibido una educación aún más convencional.

—¿Por qué no empezáis a hacer las listas? —les propuso Sam a los chicos—. Trabajad conjuntamente, tal vez eso os ayude a recordar qué gente habéis conocido; igual que el Capitán Kirk y el Comandante Kang en «El día de la paz» —añadió con una sonrisa.

—Hagámoslo en el ordenador —le sugirió Jamie a Lydia.

—Tú lo que quieres es que teclee por ti.

—A ti te *gusta* teclear. Lo sé, eres capaz de imitar a la Teniente Uhura.

Lydia se levantó y le lanzó a su hermano una mirada de odio total.

—Para que te enteres, la Teniente Uhura no era ninguna descerebrada del espacio. Iba camino de convertirse en capitán.

—El último en llegar al ordenador es un completo descerebrado espacial —dijo Jamie.

Lydia resopló.

—¡A ver si creces, niño!

Pero cuando Jamie se puso de pie y se dispuso a correr hacia la puerta, Lydia salió disparada como un rayo y llegó antes que él. Desaparecieron por el pasillo, ambos corriendo a toda velocidad.

—¡No...! —Ellen lo dio por inútil y acabó la frase con voz normal—... corráis por la casa. —Miró a Sam y puso los ojos en blanco—. Por lo menos me consuela saber que no corren con unas tijeras en la mano.

Sam se rió mientras se levantaba y cerraba la puerta de la salita.

—Necesitaré que hagas una lista parecida.

—Acabas de cerrar la puerta —comentó Ellen.

—Sí, lo he hecho a propósito. Quiero hablar un momento contigo en privado.

—¿De qué?

Sam sonrió con pesar.

—No es nada personal. Del caso... y de tus hijos. —Hizo una pausa—. Son fantásticos, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé. ¿Y qué quieres decirme sobre ellos?

Ellen supo lo que iba a decirle antes incluso de que lo dijera.

Los ojos azules de Sam la miraban con seriedad.

—Creo que tenemos que contemplar la posibilidad de que Lydia o Jamie puedan ser el objetivo del acosador.

Ellen sintió una oleada de calor y luego de frío. Sabía que diría esto, pero aun así verbalizar las palabras en voz alta las hacía aterradoramente reales.

Sam se sentó en el sofá, junto a ella, y durante unos instantes Ellen creyó que iba a cogerle de la mano. Durante unos instantes deseó que lo hiciera. Desesperadamente. Pero no lo hizo.

—No tiene por qué ser necesariamente cierto —prosiguió Sam—, pero lo más inteligente es que estemos preparados para cualquier posibilidad.

Ellen levantó la vista y lo miró.

—¿No creerás...? —Sonó el teléfono. Ellen miró al aparato y después a Sam—. Es la línea personal de Sam. ¿Has instalado ya el equipo de localización de llamadas?

Él sacudió la cabeza.

—Se instalará a lo largo de esta noche.

—Espero una llamada de mi agente —comentó Ellen, aunque no alargó el brazo para descolgar.

—¿Quieres que conteste yo?

Ellen cabeceó.

—No. —Inspiró profundamente y descolgó—. ¿Diga?

—Él ha vuelto —dijo la voz. Era ese individuo. El acosador. El desgraciado ése. Ellen miró a Sam intensamente—. Es él —silabeó sin voz.

—Sigue hablando con él —la animó Sam moviendo los labios en silencio—. ¿Hay otro teléfono en esta salita?

Ella negó con la cabeza.

—¿Quién ha vuelto? —le preguntó al acosador—. ¿Quién eres?

Sam se sentó al otro lado de Ellen, ajustó la posición del auricular y se pegó a éste para poder escuchar también. Ellen sintió la pierna de Sam presionando contra la suya desde la cadera hasta la altura de la rodilla. Asimismo, sentía su hombro y su mano alrededor de su propia mano mientras sujetaban juntos el auricular entre ambos. Ellen cerró los ojos, demasiado consciente de que su boca estaba a sólo unos centímetros de la de ella. Su aliento tenía un olor dulce. Olía a café y a menta; y recordó su delicioso sabor.

—No hay escapatoria, solamente cabe rendirse —siseó la voz en las orejas de los dos—. La muerte se acerca.

Ellen abrió los ojos y se dio cuenta de que Sam la miraba fijamente.

—¿Cuándo? —inquirió—. ¿Cuándo vendrá?

—Pronto. Me lo han dicho. Será pronto.

—¿Quiénes te lo *han* dicho? —preguntó Ellen mientras Sam, tranquilizador, asentía ligeramente sin dejar de mirarla a los ojos. Ella sostuvo su mirada como si ésta la guiara.

—Nos vigilan. —La voz se tensó, las palabras eran pronunciadas más deprisa y seguidas—. Siempre nos vigilan.

A Ellen se le anudó la garganta y se preguntó si su propio miedo se plasmaba en su voz. Muy posiblemente estuviese hablando con su verdugo. Sam le apretó los dedos con los suyos como si le hubiese leído el pensamiento. Ella cerró los ojos y ladeó un poco la cabeza, apoyándola en la de Sam. Necesitaba ese contacto. Quería sentir su calor.

—Has dicho que la muerte se acerca. ¿Cómo vendrá? —Su voz sonaba áspera.

—No lo sé. Me lo dirán en el momento adecuado.

Ellen abrió los ojos y vio que Sam los tenía cerrados. Pero como si hubiese percibido que ella lo observaba, abrió los suyos también. El repentino brillo azul resultaba sorprendentemente bonito. Estaba lo bastante cerca como para comprobar

que sus ojos eran azules, nada más que azules. No había puntos ni vetas verdes ni doradas, como en los ojos de Jamie.

—¿Ni siquiera te han dado una pista? —le preguntó al individuo.

—Lo único seguro es la sonda.

¡Dios! Otra vez lo de la sonda no. Ellen no quería que ese zumbado hablase de la sonda. Primero habló de sonar, después de la lista de partes sondables del cuerpo humano. Parecía disfrutar realmente repasando esa lista e incluyendo toda clase de desagradables eufemismos. Se estremeció un tanto y Sam le dirigió una mirada escrutadora y de preocupación al tiempo que le rodeaba los hombros con un brazo, atrayéndola aun más hacia sí.

—Ya podemos colgar —dijo moviendo los labios.

Ellen cabeceó, pero no se apartó de Sam.

—¿Has enviado tú esos dibujos? —le preguntó al tipo.

—Yo cumplo órdenes. —A lo lejos pudo oír el sonido estridente y cada vez más fuerte de una sirena, que luego desapareció.

—Sólo tienes que contestar sí o no. ¿Enviaste o no enviaste esos dibujos asquerosos? —El tono de voz de Ellen subió abruptamente.

—Muerte y vida —respondió, casi salmodiando—. Muerte y vida. La una conduce a la otra.

—Sí, la vida conduce a la muerte, y no al revés. —Pero Sam sacudió la cabeza levemente en señal de advertencia. Ellen inspiró hondo y procuró que su voz sonase tranquila—. ¿Por qué me llamas?

—¿Dónde quieres que te sonden?

—¡Dios! ¿No podrías parar con esa mierda de la sonda? —se enfadó Ellen.

—¿Dónde quieres que te pongan la sonda?

Ellen perdió el control:

—¿Qué tal si te la meten a ti por la nariz con una manguera, idiota?

Al otro lado de la línea hubo silencio. Un silencio largo, de turbación. Y entonces empezó el lenguaje obsceno. De nuevo fue casi como un cántico, una serie de sílabas encadenadas sin sentido.

Sam alargó el brazo por delante de Ellen y con un dedo cortó la comunicación.

Ella soltó el auricular como si estuviese envenenado y no opuso resistencia cuando él la estrechó entre sus brazos.

—Lo siento —musitó Sam, besándole el pelo mientras ella hundía el rostro en su camisa—. ¡Dios! Ellen, ¡cuánto lo siento! ¡Maldita sea! ¡Ojalá hubiese estado todo conectado para localizar la llamada! ¡Ojalá la hubiésemos grabado!

—Tendré que volver a hacerlo. —Ellen cerró los ojos con fuerza.

Mientras estuviesen cerrados podía fingir que no estaba ahí sentada en los brazos de Sam, que le acariciaba el pelo con los dedos y la espalda con la mano de arriba abajo—. La próxima vez que llame tendré que volver a hablar con él para intentar localizar la llamada, ¿verdad?

—Sí —afirmó con suavidad—. Y es probable que lo único que averigüemos es que llama desde una cabina; cosa que ya sabemos.

Ellen abrió los ojos.

—¿Lo sabemos?

Sam asintió y la miró.

—¿No has oído los ruidos de la calle? Llamaba desde la cabina de alguna esquina.

—Ahora que lo dices.

La expresión de dureza del rostro de Sam se suavizó en una sonrisa.

—Así que una manguera por la nariz, ¿eh?

Ellen le devolvió la sonrisa sin querer; hasta que él le apartó el pelo de la cara, tocándole la mejilla delicadamente con los dedos.

Entonces, de pronto, ella se dio cuenta de que la boca de Sam no estaba a más de cinco centímetros de la suya. Su sonrisa también desapareció, y su mirada era tan intensa que casi la traspasó. Y luego los cinco centímetros se convirtieron en dos, y esos dos en ninguno en el momento en que ella levantó la boca para besar la de Sam.

¡Dios! ¡Cómo lo había echado de menos esa última semana!

Sam la besó justo como lo había hecho la primera vez en la limusina: con posesión, con pasión y dominio. Su beso era profundamente ardiente, y Ellen se dejó llevar, olvidando por completo la desagradable llamada de teléfono y todas las amenazas y peligros que ésta implicaba.

Sam era lo único que existía.

Su boca era tan dulce y sus labios tan ansiosos que no podía contenerse. No quería contenerse. No fue hasta que él deslizó la mano por su cuerpo y le rodeó un pecho por encima de su blusa de algodón que ella volvió a la realidad.

Se apartó de él y se levantó del sofá, retrocediendo prácticamente hasta el otro extremo de la habitación, bien lejos de su alcance.

—¡Dios mío! —exclamó mientras se apoyaba en el respaldo de una silla—. No hagas eso.

Sam también se puso de pie.

—¿Que no haga qué? ¿Devolverte el beso que me has dado? Es broma ¿no?

¡Dios santo! Era ella la que lo había besado. Era ella la que había levantado la boca salvando esos últimos milímetros de distancia y lo había besado.

—Lo siento.

—Yo no. —Avanzó hacia ella—. Ellen...

Ella reuló.

—No. No te acerques demasiado.

—¿Por qué? ¿Porque volverás a besarme? Eso me lo tomo como un incentivo para acercarme a ti lo máximo posible y tan a menudo como me sea posible.

—Por favor —suplicó ella, interponiendo la silla entre los dos—. No quería que pasara esto.

Los ojos de Sam ardían de frustración y deseo.

—Quizá no querías que pasara, pero ha sido la interacción más honesta que hemos compartido desde que nos dimos las buenas noches el viernes de la semana pasada.

Ellen se ruborizó.

—Aquello fue un error, lo que hicimos aquella noche...

Sam bajó el tono de voz, y el efecto fue incluso más peligroso que si lo hubiera elevado.

—¡Y un cuerno! Fue perfecto, y lo sabes.

—Fue un error porque te juzgué mal —le dijo Ellen—. Supuse que no querías verme más de una noche.

La mirada de Sam era indescifrable.

—Verás, me dijiste que nunca antes habías hecho una cosa así, acostarte con un desconocido; pero ahora tengo mis dudas, la verdad.

Ellen estaba indignada, pero el arrebatado de rabia no le duró. Fue rápidamente sustituido por un bochorno abrumador. Sam tenía todo el derecho a pensar mal de ella.

—Nunca lo había hecho —susurró—. Nunca lo haría.

—Entonces, ¿qué me hace diferente? —Sam la escudriñaba con los ojos, la escrutaba intentando leerle el pensamiento—. ¿Qué es lo que me hace apto para una sola noche, a pesar de haber dicho con claridad que quiero más que eso?

—No estoy preparada para... alguien como tú. —Alguien que le robaría el corazón y saldría corriendo. Ellen caminó hacia la puerta—. Por favor, no compliquemos las cosas —añadió.

—Ellen, quiero ser honesto contigo; desde que me dijiste que no querías volver a verme las cosas se complicaron como no te puedes ni imaginar. No sé por qué no le das una oportunidad a lo nuestro. Te veo y te sigo deseando —confesó; su voz ronca casi se quebraba por el deseo—, y cuando te miro a los ojos sé que tú aún me deseas. De verdad que no lo entiendo.

—No vine a Nueva York en busca de un amor de verano.

—Pero sí viniste buscando un cambio —le recordó él—. Un cambio temporal de ritmo. Tú misma me dijiste que llevas cuatro años sola. Podríamos cambiar eso ahora mismo. Podríamos pasar un verano realmente fantástico, si te relajaras y dejaras que así fuera.

—No puedo. Tú y yo... procedemos de mundos muy distintos. —Ellen no estaba dispuesta a contarle toda la verdad: que le daba pánico enamorarse de él, dejar su corazón en Nueva York cuando regresase a Connecticut al finalizar el verano. No sabía tener una aventura superficial, un amor de verano. Nunca había tenido una relación en la que se mantuviese al margen, en la que no se entregase. Incluso durante esa única noche que había pasado con Sam, había desnudado demasiado su corazón. Y ahora acababa de darse cuenta, mientras estaba ahí de pie mirándolo fijamente y deseando ser lo bastante tonta como para desechar cualquier precaución y caer en sus brazos.

Pero tan sólo era un poco tonta. Era lo bastante lista para saber, que aun en el caso de estar preparada para otra relación, no se liaría con un mujeriego demasiado guapo, demasiado joven y demasiado carismático que probablemente sería igual que Richard y la engañaría en algún momento a lo largo del camino (siempre y cuando

permaneciese a su lado el tiempo suficiente como para que hasta hubiese un camino). Y a eso había que añadir que a partir de septiembre vivirían a más de 160 kilómetros de distancia...

No, había que aprender de los errores, y Ellen estaba decidida a aprender del fracaso de su matrimonio, aunque fuese lo último que hiciera.

Bob le había sugerido presentarle al regidor de su programa, un hombre atractivo, agradable y divertido de treinta y pico años que había enviudado hacía casi cuatro años. Además, vivía en el sur de Connecticut, en Westport, a medio camino entre la Ciudad de Nueva York y ella. Bob le había hablado de él la semana pasada. Parecía perfecto. Así que ¿por qué no había hecho nada al respecto? ¿Por qué no le había pedido a Bob que lo invitara a cenar?

La respuesta la tenía en los ojos azules de neón que estaba mirando.

Sam parecía triste y deprimido. Le dio la impresión de que iba a decir algo, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Será mejor que me vaya. Tengo una reunión en la jefatura y ya llego tarde.

Ellen intentó no mirarlo mientras se alejaba.

Pero no lo consiguió.



Capítulo 9

Sam estaba sudando. Y con razón tenía calor. La agencia de casting estaba abarrotada de gente, la ola de calor actual disparaba los termómetros a casi 38 grados, y el silbante y viejo sistema de aire acondicionado del edificio funcionaba a tope sin ningún efecto patente.

Pero el sudor de Sam era de esos fríos y desagradables. De esos que se producen cuando hay nervios y estrés.

De puertas afuera, sabía que parecía tranquilo y relajado. Era consciente de que se le daba bien proyectar una imagen de confianza absoluta. Por dentro se le ocurría una lista enorme de cosas horribles que podían suceder antes de que regresaran a la seguridad de la casa de Bob.

Y eso, sumado a las cosas que ese día ya se *habían* torcido, le provocaba una gran ansiedad digna del sudor más frío.

Alguien los había seguido cuando Ellen, los niños y él habían salido de la casa. Sam había detectado al individuo casi al instante mientras recorrían a pie las pocas manzanas que había hasta el despacho de la agencia; pero no logró ver bien la cara del hombre. Todavía más frustrante había sido el hecho de que su equipo de apoyo le perdiera la pista al tipo.

Sam no quería nada más que cercar a ese hijo de puta y pillarlo in-fraganti, pero no podía hacerlo. Y por nada del mundo dejaría solos a Ellen y a los chicos. Aun así, su incapacidad para actuar lo había frustrado sobremanera. Quería atrapar a ese desgraciado y que desapareciese para siempre el brillo de miedo que veía en los ojos de Ellen.

Ella le había dicho que sus mundos eran demasiado distintos. ¿Acaso no era verdad? Su mundo estaba lleno de tipos despreciables como ése; desgraciados que a menudo intentaban invadir el mundo de Ellen.

Y luego, naturalmente, estaba el delicado tema de la educación. El mundo de Ellen era también un mundo académico. Dedicaba su tiempo a aumentar el nivel de conocimientos de algunos de los alumnos más brillantes del país. Tenía más títulos asociados a su nombre que toda la familia de Sam junta. Pasaba la mayor parte del tiempo en la idílica y erudita paz de un campus universitario.

Por el contrario, él vivía en un mundo donde su trabajo conllevaba perseguir y atrapar a un asesino perturbado, que ni siquiera sabía deletrear la palabra en la que se había especializado: *muerte*. Claro que él tampoco era ningún experto en ortografía, nunca lo había sido. Hasta entonces no le había importado, pero ahora había tomado conciencia de ello; como si de algún modo eso lo pusiese al mismo nivel que el hombre al que seguía. ¡Quiera Dios que no tuviese que escribirle una

nota a Ellen! Tendría que empezar a llevar consigo un diccionario de bolsillo.

Sam consultó su reloj. Llevaban allí casi una hora, esperando su turno para entrar en la sala de audiciones. Ellen se sentó con Lydia y Jamie en una hilera de sillas que había apoyadas en la pared. Estaban en silencio, leyendo algo que Lydia había denominado «papeles» y que parecía un guión de dos páginas.

La sala de espera era poco más que un vestíbulo amplio. Al vestíbulo daban varias puertas, todas ellas cerradas, y se abrían y cerraban sólo por orden de una corpulenta mujer de voz aguda, que llevaba una carpeta con un clip sujetapapeles. Las puertas se abrieron, la mujer usó su fuerte voz para gritar un nombre, entró un actor y las puertas se cerraron (en ocasiones ni siquiera durante un minuto entero). Entonces las puertas volvieron a abrirse, el actor salió, se oyó otro nombre y entró otro actor diferente.

Salvo que no había grandes diferencias entre el primer actor y el segundo. Todos los presentes en la sala (a excepción de él mismo, la mujer de la carpeta y varias madres de actores) eran mujeres de pelo claro y treinta y pico años, niños de cara pecosa o futuras bellezas adolescentes.

Al fondo del vestíbulo, sentados o de pie frente a otra puerta cerrada, había un grupo de hombres calvos, con sobrepeso y que llevaban traje y gafas.

Era extraño, pero estaba todo controlado. A menos que el acosador fuese una mujer, un niño o una adolescente, o un hombre calvo, gordo y trajeado, no tendría ningún problema para verlo en cuanto apareciese.

—¿Qué te parece tu primera audición masiva?

Sam se volvió y vio que Ellen estaba de pie, detrás de él, cerca, pero no demasiado. Tenía la sensación de que nunca más volvería a acercarse demasiado. La pasada noche apenas había dormido pensando que ella estaba tumbada en su cama, en una habitación del piso de arriba, tan cerca y, sin embargo, tan lejos.

—Pues la verdad es que sería bastante divertida —contestó Sam—, si no tuviese otras cosas en las que pensar. —Hizo un gesto hacia la puerta—. ¿Qué hacen ahí dentro como para que tengan que cerrar la puerta tan herméticamente?

Ellen sonrió.

—Bueno, para empezar, es probable que haya un aire acondicionado de ventana para mantener la sala agradable y fresca, porque el cliente está dentro. El cliente paga un dineral a la agencia de casting para que haga desfilas a un montón de gente con talento de calidad, o sea, nosotros. Nosotros entramos, y los clientes, porque a veces hay varios, están sentados frente a una mesa. Hay una cámara en marcha y tenemos que mirar a la cámara, decir nuestro nombre, quién es nuestro agente y cualquier otra información que nos pidan que demos. Unas veces dicen: «Gracias», y nos vamos sin siquiera leer el papel. Otras, nos hacen leerlo tres o cuatro veces. En ocasiones, les gusta lo que hacemos y se ríen; cuando se supone que es algo gracioso, es estupendo. Pero algunas veces apenas si levantan la vista y se pasan todo el rato que estamos ahí enganchados al teléfono móvil hablando con alguien.

Sam examinó a la multitud, reparando en la gente nueva que llegaba y observando cómo firmaban en las diferentes mesas distribuidas por la sala.

— ¡Caray, suena fatal!

Ellen miró hacia Lydia y Jamie, que seguían sentados en las sillas plegables que había frente a la pared.

— Sí, la verdad es que es un negocio curioso. Hay que hacer frente a una cantidad enorme de rechazo. Casi me asombra que mis hijos hayan aguantado tanto tiempo.

Entre los barridos precisos y deliberados que Sam hacía de la sala, en busca de alguien diferente, de alguien que aparentemente no encajara, miró a Ellen a la cara.

— Quería decirte que he tachado a Richard de mi lista de sospechosos — declaró Sam tranquilamente.

Los ojos oscuros de Ellen se agrandaron por la sorpresa.

— ¿Richard era uno de los sospechosos?

Sam se metió las manos en los bolsillos de sus téjanos mientras se apoyaba en una de las columnas que había esparcidas por la sala. Sus miradas coincidieron sólo brevemente antes de que él centrara parte de su atención en un hombre que acababa de salir del ascensor. Pero el hombre acompañaba a un niño de diez años de rostro pecoso. Sam los observó mientras se dirigían a una de las mesas y firmaban.

— Es un protocolo habitual — le explicó a Ellen — basado en el hecho de que la mayoría de los crímenes violentos son perpetrados por alguien cercano a la víctima. En un caso como éste sería una locura no investigar al ex marido.

— ¿Y ha ido todo bien?

Sam asintió.

— Está en San Francisco desde principios de junio.

— Eso podría habértelo dicho yo.

— La policía de San Francisco ha verificado que realmente estuviera en California.

Ellen lo miraba con atención y cuando habló, sus palabras sorprendieron a Sam.

— ¿Aún estás enfadado por lo que ha pasado antes?

Al principio no entendió a qué se refería. Pero luego cayó en la cuenta de que debía de estar hablando de cómo los habían seguido y del torpe intento fallido de arrestar al acosador. Se había enfadado *mucho*, pero no pensó que nadie lo supiese. Se había mostrado muy indiferente de forma deliberada.

Ellen apartó la vista, como si de algún modo fuese consciente de haber hablado demasiado. Si ella lo había estado observando con la suficiente atención como para saber que, en realidad, estaba bastante enfadado...

— Ellen, ¿te gusto?

Su pregunta la sorprendió y alzó la vista para mirarlo. Sam pudo detectar la incertidumbre en sus ojos mientras titubeaba en su respuesta.

Escudriñó de nuevo la sala antes de mirar de nuevo a Ellen.

— No es una pregunta difícil. Creo que te gusto y, simplemente, quería saber si estaba en lo cierto o no.

Ellen asintió, regalándole un asomo de una de sus habituales y entusiastas sonrisas.

—Sí, me gustas. —Dio la impresión de que iba a añadir algo más, pero entonces se contuvo mientras un ligero rubor teñía sus mejillas.

Sam esperó a que ella lo volviese a mirar y luego dijo:

—Tú también me gustas, ¿sabes? Esto que hay entre nosotros... es más que puro sexo. Quería asegurarme de que lo supieras.

—¿Me estás diciendo que quieres que seamos... amigos?

—Creo que lo que quizá te estoy diciendo es que ya somos amigos; por mucho que prefirieras lo contrario.

Desde que besó a Ellen el día anterior y ella estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón, Sam se había dado cuenta de que la presionaba en exceso; tenía demasiadas esperanzas. Y por más que deseara zambullirse en una relación sexual con esa mujer, no era eso lo único que quería. Quería estar con ella, y lo había conseguido. Vivía en su casa, lo cual le daba un montón de oportunidades para estar con ella. Y con un poco de tiempo la amistad crecería; esta fuerte sensación de *afinidad* que sabía que había entre ambos. Y cuando sucediese eso, sólo era cuestión de esperar más tiempo hasta que la presencia de esa atracción casi abrumadora que sentían fuese imposible de ignorar.

—No me voy a ninguna parte —le dijo Sam con tranquilidad—. Es algo más que quería asegurarme de que comprendieras.

—¡Ellen Layne! —gritó la mujer de la carpeta.

Ellen no se movió.

—Te llaman —le recordó Sam—. ¡Suerte!

—¿Ellen Layne? —repitió la mujer, y Ellen se volvió y anduvo hacia la puerta.

Justo antes de que la puerta se cerrara Ellen le dirigió una mirada por encima del hombro, y en su profunda mirada Sam detectó un torbellino de emociones.

Sus propios sentimientos eran tan fuertes y tan intensos que tuvo que apoyarse un momento en la columna para no perder el equilibrio. ¡Maldita sea! Nunca se había encaprichado tanto de alguien.

Tal vez porque era más que un simple capricho...

Sam intentó apartar ese pensamiento de su mente, no quería reconocerlo, no quería darle una forma y un significado más precisos. Por el contrario, pensó en lo que T.S. le había dicho. Quizá T.S. tuviera razón. Quizá su obsesión por Ellen se estuviese descontrolando debido a que ella lo había rechazado. Ella no lo deseaba, así que, naturalmente, su deseo se acrecentaba incluso más que nunca.

Siguió repasando con la mirada y notó el consabido nudo de ansiedad en el estómago cuando un hombre zarrapastroso apareció en la sala. Se relajó ligeramente cuando vio que era un mensajero que llevaba un sobre. Aun así, continuó observando al hombre hasta que lo perdió de vista.

La puerta se abrió y Ellen salió, hablando con la mujer de la carpeta con el clip, sonriendo y riéndose.

Sam sintió que se le hinchaba el pecho. Sonrió casi involuntariamente y notó un estallido de esa misma felicidad, de esa *alegría* que había experimentado en la limusina, aunque esta vez nada más verla.

Y reconoció los síntomas, aunque lo cierto es que nunca los había experimentado con anterioridad.

Se estaba enamorando de Ellen Layne.

Los guardias de seguridad y los agentes de policía casi igualaban en número a los invitados a la fiesta.

Ellen echó un vistazo al comedor privado del Café Alessandra, un diminuto local de cocina italiana en Restaurant Row, consciente de que Sam estaba de pie en el otro extremo del reservado. No la miraba exactamente a ella, pero sabía que tan consciente era ella de cada movimiento de Sam, como él de los suyos.

Sam no la dejaría olvidar esa noche de pasión que habían compartido. Eso es lo que realmente había querido decirle el día anterior en la audición.

Ellen había conseguido esquivarlo con éxito durante toda la noche y después a lo largo de todo el día, pero cuando Bob había telefoneado para comunicarle su acuerdo contractual con la cadena y que iba a organizar una cena improvisada para su equipo, no dudó en aceptar su invitación. No pudo soportar la idea de quedarse en casa a solas con Sam, Jamie y Lydia como única compañía. No sólo eso, sino que era, en opinión de Bob, el momento perfecto para que ella conociera a su regidor de programa, Leonard Jennison. El pobre Bob no tenía ni idea de lo muy equivocado que estaba.

Aun así, y pese a las objeciones de Sam, Ellen estaba ahí.

Pero Bob lo había tranquilizado en lo relativo a la seguridad. Resuelto el contrato, le había contado al estudio lo de las amenazas de muerte, y éste había enviado a seis de sus guardias de seguridad a la cena como protección extra. Junto con Sam y Hyunh sumaban ocho agentes del orden, además de los veinte invitados. Todas las salidas estaban cuidadosamente vigiladas. Hasta Sam tuvo que reconocer que la seguridad era máxima.

Bob insistió en que Ellen se sentara al lado de Leonard Jennison en la mesa, y ella pudo notar que Sam la observaba, analizando a Jennison, percatándose del intento de Bob, de jugar a ser Cupido.

Por eso no le sorprendió que Sam fuese a su encuentro cuando se dirigía al lavabo de señoras.

—Es demasiado mayor para ti —dijo sin siquiera decir hola.

Ellen no se molestó en fingir que no sabía de qué le hablaba.

—Si quieres que te diga la verdad, aún es un año más joven que yo —repuso.

—Hablabas en sentido figurado —matizó él—. Me refería a su actitud. *Actúa* como si fuera más mayor. Demasiado mayor para ti.

—Es un tío simpático.

—Yo soy más simpático. —Sam abrió la puerta del cuarto de baño y echó un vistazo a su interior, comprobando que no hubiera ningún acosador oculto. Estaba vacío.

Ellen no pudo evitar reírse.

—De eso no estoy tan segura. Apuesto a que Leonard no solamente no ha abierto la puerta del cuarto de baño de señoras en toda su vida, sino que ni siquiera la ha *tocado*.

—¿Desde cuándo es ésa una definición de simpático? —inquirió Sam—. Es una habitación más. —Abrió la puerta y entró al tiempo que tiraba de la mano de Ellen para que entrara con él—. Puedo incluso entrar, y *seguir* siendo simpático.

—Desde luego eres más divertido, eso seguro.

—Vale, está bien. —Sam le sonrió—. Ya es un comienzo.

Sin duda, también era más atractivo.

—No deberías estar aquí —le advirtió Ellen.

Sam se apoyó en el secador de manos.

—Piensa que así estás extremadamente segura.

—¿Segura? —Ellen lo miró con sarcasmo, repasando lentamente su cuerpo de arriba abajo, reparando en su corbata aflojada y su camisa blanca un tanto arrugada, en su abrigo de tweed, en los téjanos azules desgastados que cubrían sus largas y musculosas piernas y en sus llamativas zapatillas de deporte. Cuando lo miró a la cara apareció en su mejilla ese hoyuelo, y sus ojos brillaron de diversión y de pasión—. No creo que «segura» sea una palabra que yo usase nunca aplicada a ti —añadió—. Porque cuando acabes de protegerme de todos los chicos malos, ¿quién me protegerá de *ti*?

Algo cambió en la mirada de Sam al escuchar eso.

—No tienes que protegerte de mí —dijo con tranquilidad—. Te juro, Ellen, que juego según tus reglas. ¿Me quieres? Aquí estoy. ¿No me quieres? Me mantengo a distancia. Así de simple. Depende de ti.

De pronto, Ellen sintió la boca seca y tuvo que humedecerse los labios. Le tembló la voz.

—Vale, entonces, ¿quién me protegerá de mí misma? Porque *sí* que te deseo.

Sam se apartó del secador de manos, pero Ellen sostuvo una mano en alto como para asegurarse de que él se mantenía por lo menos a un brazo de distancia.

—Pero aunque te desee, mayor es mi deseo de *no* correr el riesgo de liarme contigo. —Inspiró hondo—. Contigo me resulta difícil resistir la tentación.

—¿Por qué te parece tan arriesgado salir conmigo? —Sam hablaba en voz baja, implorante. Sus ojos habían hipnotizado a Ellen, que estaba inmóvil—. ¡Venga, Ellen! Ayúdame a entender qué es lo que quieres.

La puerta del cuarto de baño se abrió de repente y Ellen casi se muere del susto. Era Hyunh, que se detuvo en seco al ver a Sam.

—¡Upps! ¿Interrumpo algo?

Ellen forzó una sonrisa.

—No, de hecho, Sam ya se marchaba. Está familiarizándose *demasiado* con su lado femenino.

Nadie se rió.

Hyunh miró a Ellen y luego a Sam, y Ellen supo que a la mujer, mayor que ella, no le había pasado desapercibida la intensidad de la mirada de Sam ni el aspecto

serio de su boca cuando dijo:

—Esta conversación no ha terminado.

—¿Va todo bien? —preguntó Hyunh al cerrarse la puerta detrás de Sam.

Ellen se obligó a sonreír de nuevo.

—Sí... genial.

Hyunh arqueó las cejas.

—Hay un viejo dicho en Saigón, que se traduce más o menos como: «¡Se te ve el plumero!»

Ellen se rió. Y luego, para su horror, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Oh, no! —se compadeció Hyunh—. Éste te gusta de verdad, ¿eh?

Ellen asintió. Sí. Sam le gustaba de verdad.

Sam vio que Tran Minh Hyunh volvía por el pasillo que conducía al cuarto de baño de mujeres. La mujer vietnamita se acercó a Bob y le habló al oído. Ambos alzaron la vista, mirándolo fijamente a él, y entonces Hyunh se dirigió de nuevo al cuarto de baño.

Bob se puso de pie y bordeó la mesa en dirección a Sam.

—Tú y yo. Ahora —ordenó, su amabilidad decididamente ausente—. Reunión privada en el servicio de caballeros.

Sam caminó por el pasillo varios pasos por detrás de Bob. Ellen todavía no había salido del cuarto de baño de señoras y Sam titubeó frente a la puerta del mismo.

—¿Está bien, Ellen?

Bob se volvió y lo miró a la cara.

—Dímelo tú. Estaba muy enfadada por algo y Hyunh se la ha llevado a casa.

—¿Qué? —Sam abrió la puerta del cuarto de baño y escuchó el grito de sorpresa de una mujer de pelo cano que estaba pintándose los labios frente al espejo. Entró de todas maneras y se apresuró a empujar las puertas medio abiertas de los retretes. Decididamente, Ellen no estaba ahí—. ¿Dónde demonios está?

—Disculpa, Verna —le dijo Bob a la mujer de pelo cano mientras sacaba a Sam del baño sin demasiada suavidad—. Han salido por la puerta trasera.

Sam se libró de las manos de Bob y corrió hacia la salida trasera. Supuestamente, tenía que haber estado cerrada con llave.

—Tengo que ir a buscarla.

Pero Bob le bloqueó el paso; de repente su aspecto era más parecido al de un ex marine que al de un presentador famoso de programas de entrevistas nocturnos.

—Está bien. Está a salvo. Hyunh está con ella.

Pero Sam no se lo creyó.

—Tío, tú no lo entiendes. —Su corazón latía con fuerza y no pudo evitar que el miedo se apoderara de su voz—. Oí cómo le hablaba ese tipo a Ellen por teléfono. Está loco...

Bob extrajo un pequeño teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y lo abrió.

Pulsó un botón de marcación rápida y esperó unos segundos.

—Hola, soy yo —saludó—. ¿Estáis bien?

Le pasó el teléfono a Sam.

—Estamos en la limusina. —Se oyó la voz de Hyunh a través del móvil en miniatura—. A medio camino de casa. Ya he llamado allí. Pete saldrá a buscarnos mientras Barney se queda dentro de la casa con los niños. Telefonearemos cuando estemos dentro y a salvo.

—Escucha una cosa —habló Sam, esforzándose por mantener el control—. Dile al chófer que dé la vuelta y venga a recogerme, por favor.

—Yo estoy con Ellen —fue la respuesta de Hyunh—. Confío en ti para que te pegues a Bob. Llamaré cuando estemos en la casa y no corramos peligro.

Se cortó la comunicación y Sam no pudo hacer nada más que devolverle el teléfono a Bob. Tuvo ganas de lanzar el maldito aparato contra la pared, pero no lo hizo.

Bob abrió la puerta del cuarto de baño de caballeros, indicándole a Sam con un gesto que entrara él primero en el lavabo de baldosas azules. Sam se vio de refilón en los espejos que había encima de los lavabos y supo que todo lo que sentía, que toda la frustración, el miedo y la desesperación, se plasmaban con claridad en su rostro.

—A ver, ¿qué le has hecho exactamente a Ellen? —le preguntó el hombre de edad madura—. ¿O tal vez deba preguntarte qué te ha hecho *ella a ti*?

Sam abrió el grifo de uno de los lavabos y, arremangándose, se refrescó las muñecas, tratando de tranquilizarse.

—Fue mutuo. O eso pensaba.

—Te había traído aquí para decirte que si te atrevías a mirarla con codicia, te enviaría hasta Mongolia de una patada en el culo. —Bob se miró los dientes en el espejo—. Pero, a juzgar por tu aspecto, la patada en el culo ya te la han dado.

Sam se secó las manos en una toallita de papel, que arrojó con absoluta puntería a la papelería que había al otro lado del baño.

—Tengo que volver a tu casa.

—Hyunh cree que Ellen necesita estar un rato sin verte merodeando a su alrededor.

Sam se enfureció.

—Lo que Ellen no quiere es tenerme merodeando a su alrededor durante el resto de su vida. Ya habrá tiempo más que suficiente para eso cuando se resuelva el caso. Hasta entonces pienso asegurarme muy mucho de que está a salvo.

Bob se plantó entre Sam y la puerta.

—¿Sabes qué? Yo que tú trataría de comprender por qué Ellen huye de ti tan despavorida. Tal vez un poco de tacto sería mucho más útil que intentar imponer tu presencia una y otra vez. No sé qué te ha contado sobre su divorcio...

—Sé lo de Richard. —Sam hizo un gesto hacia la puerta—. ¿Te importaría dejarme pasar?

—¿Sabes que *tuvo* que casarse con él?

Eso detuvo a Sam.

—No, no lo sabía. ¿Te refieres a que...?

—La dejó embarazada. Él era mayor que ella; de hecho, mayor que yo también, aunque yo sólo le saco ocho años a Ellen, así que la diferencia no era tanta. Pero él era... no sé cómo decirlo finamente. Era repulsivo. Bueno, triunfaba, y era guapo y culto, pero cuando lo conocí supe que era la clase de tío en el que no se podía confiar. Le *supliqué* a Ellen que no se casara con él.

—Pero se casó.

—No podía ver más allá de su «estiloso» corte de pelo y sus dientes con fundas. —Bob se apoyó en la puerta—. Pensó que igualmente iban a casarse cuando ella se hubiese licenciado, así que esto adelantaba todo unos cuantos años.

—Por lo menos él se portó bien con ella —señaló Sam.

Bob resopló.

—¿Tú crees? ¿Casándose con la chica que había dejado embarazada para seguir acostándose con cualquier otra mujer lo bastante estúpida como para mirar en su dirección?

Sam estaba callado.

—Ellen necesita saber que en esta historieta es ella quien toma sus propias decisiones. Necesita saber que esta vez puede elegir.

—¡Oh, oh! —protestó Sam—. Espera un momento. ¿Esta historieta?

Bob se irguió un poco más.

—Tus intenciones son honorables, ¿verdad, Sam Schaefer?

Sam no dio su brazo a torcer.

—Mi intención es evitar que lo que hay entre los dos muera antes de que pueda despegar. Mi intención es averiguar adónde puede llegar esto. —Intenciones. Honorable. ¡Dios! Bob hablaba como si pretendiese que él se *casase* con ella.

Salvo que, curiosamente, la idea no le heló la sangre como en ocasiones anteriores al pensar en la palabra MATRIMONIO. Por el contrario, le trajo a la mente imágenes de Ellen despertándose a su lado en la cama, protegida. Le trajo a la mente imágenes de ambos abrazados perdiendo el equilibrio mientras se desternillaban de risa. Le trajo a la mente imágenes de Ellen hablando con él hasta bien entrada la noche, sus preciosos ojos cálidos y de hermosa ternura al tiempo que se inclinaba sobre él para besarlo.

Pero ¿a quién pretendía engañar? Ellen no quería hablar con él y mucho menos casarse.

Y entonces Sam dejó de pensar, porque procedente del restaurante se oyeron los sonidos amortiguados de una explosión, cristales rotos y el bullicio de voces alzadas y nerviosas.

Sam apartó a Bob y abrió la puerta de golpe. Mientras corría por el pasillo, con Bob pisándole los talones, le llegó el acre olor a humo. El comedor privado estaba envuelto en una humareda y pudo ver cómo las llamas bailaban una danza ascendente por las gruesas cortinas que ocultaban las ventanas. La gente lo adelantaba a empujones, tosiendo asfixiada mientras procuraba llegar a la salida.

Sam se volvió a Bob.

— Acompaña a esta gente hasta la puerta trasera — gritó por encima del barullo —. ¡Intenta contar cuántas personas hay!

Bob asintió y Sam miró de nuevo el comedor, cubriéndose la cara con la parte inferior de su camisa. Habían roto la ventana y habían lanzado algo en el interior, quizás alguna especie de bomba de humo. Pero una bomba de humo no explicaría las llamas.

Por lo que podía ver no había ningún herido.

Todavía.

Miró hacia el techo. ¿Por qué no se había disparado el sistema de extinción de incendios por rociadura automática?

El humo, sofocante y denso, se arremolinaba alrededor de Sam, lo que le dificultaba saber en qué dirección se movía. Cerca de él se tambaleaba una mujer con tos seca. Sam la agarró del brazo y tiró de ella hacia la puerta. ¡Dios! ¡Ojalá no hubiese nadie más dentro...!

Volvió por el pasillo a tientas, empujando a la mujer por delante de él. En algún punto del edificio se había disparado una alarma de incendios y pudo oír su sonido estridente, apremiante e implacable. Salió por la puerta trasera haciendo eses, después de la mujer a la que había ayudado, ambos jadeando y tosiendo, inhalando honda y profundamente en busca de aire fresco.

A Sam nunca le había parecido tan fresco el aire de una callejuela trasera de la Ciudad de Nueva York, pero comparado con el humo, era una delicia.

— ¿Estás bien? — le pregunto Bob.

Sam se inclinó hacia delante, sacudido por la tos. Sentía los pulmones llenos de hollín y estaba mareado por la falta de oxígeno.

— Sí — jadeó intentando enderezarse, con la voz áspera y la garganta muy irritada —. ¿Has hecho el recuento?

— Falta una persona — dijo Bob escuetamente —. Me temo que es Verna, una de mis secretarias.

Sam dijo una palabrota.

— Los bomberos están en camino — informó Bob —, pero tardarán por lo menos cinco minutos en llegar. Entraré a buscarla.

— No — repuso Sam —. Entraré yo con uno de los guardias.

— ¿Con cuál? — replicó Bob con sequedad —. ¿Con el que ha muerto o con el que está sentado en el bordillo llorando?

De nuevo Sam soltó un improperio mientras Bob pasaba por delante de él en dirección a la puerta. El humo denso salía a borbotones del interior, pero eso no lo frenó. Sam tuvo que correr para alcanzarlo.

— Espera un momento — le ordenó a Bob con voz ronca —. Repasaremos el comedor entero, nos encontraremos junto a la ventana y usaremos un par de sillas para romper el resto del cristal. La ventana está sólo a un par de metros de distancia de la calle. Si encontramos a Verna, podemos sacarla por ahí.

Bob asintió.

— Tú ve por la izquierda, yo iré por la derecha.

El humo imposibilitaba tanto ver como respirar. Y el sistema de extinción de incendios seguía sin dispararse. Si Verna estaba en el interior, seguro que yacía en el suelo, inconsciente. Sam pudo oír el crepitar de las llamas, sentir el calor y ver el infernal resplandor del fuego. Los ojos le quemaban y le lloraban, y se tiró sobre la alfombra, buscando a tientas el cuerpo tendido de la secretaria de Bob. Señor, por favor, deja que la encuentre...

Chocó con una silla volcada lateralmente junto a la mesa. Sabía que la ventana estaba justo al otro lado de la misma. Tiraría una o dos sillas contra el cristal y así quizá parte del humo saldría de la habitación.

Sam se dispuso a incorporarse para subirse a la mesa y...

De pronto, como si del propio diablo se tratara, apareció un hombre entre el humo y las llamas. Sam dio un brinco hacia atrás, sobresaltado, pero entonces cayó en la cuenta de que era un bombero, llevaba una máscara de gas, una chaqueta ignífuga y un duro casco de protección en la cabeza.

Sam siguió cubriéndose la cara con la camisa y subió el tono de voz para ser escuchado por encima del rugido del fuego.

—Todavía hay una persona aquí dentro —chilló.

El bombero asintió y cogió una silla. Estaba claro que había, tenido la misma idea que él; romper la ventana. Pero ¡qué curioso que no llevase un hacha y...!

No tuvo tiempo para acabar su reflexión, porque el bombero levantó la silla por encima de su cabeza y la lanzó contra Sam. Únicamente tuvo el tiempo justo para rodar por el suelo, pero fue suficiente para evitar que la sólida madera le aplastara el cerebro. Aun así, la silla entró en contacto con su brazo, el golpe lo estrelló de frente contra la mesa y al astillarse la madera se le cortó la respiración. Sam intentó apartarse rodando, usando sus brazos para interceptar el siguiente golpe del hombre, trató en vano de coger su pistola, pero no pudo hacerlo ni detener el frenético ataque mientras el humo del fuego inundaba sus pulmones y lo sofocaba.

Se volvió boca arriba, dando fuertes patadas con las piernas y los pies hacia arriba. Notó cómo su pie tocaba algo suave (el rostro o el cuello del hombre), pero los brutales golpes caían sobre él sin piedad, en su cabeza, su pecho y sus hombros. Sintió el extremo dentado de la madera al desgarrarle la manga y la piel del brazo. El dolor sólo penetró ligeramente en el cada vez más estrecho túnel de oscuridad que lo rodeaba mientras sus pulmones ansiaban aire.

Este hombre quería matarlo y había muchas posibilidades de que lo consiguiera.

Sam se había equivocado en un montón de cosas, pero la más obvia era que se había equivocado con respecto al acosador. Este tipo no perseguía a Ellen. A quien perseguía era a Bob, y en medio del humo y la oscuridad lo había confundido a él con Bob.

También se había equivocado con Ellen. Habían pasado las últimas dos noches bajo el mismo techo y ninguna de las dos había ido a su habitación para pedirle que hablaran. No se había arrodillado para confesarle sus sentimientos por ella.

Quizá se habría reído en su cara; aunque quizá no.

Quizás Ellen lo habría besado. Quizás habría reconocido que también sentía algo por él. Quizá.

¡Maldita sea! Se negaba a morir sin saberlo. Manifestando una fuerza desconocida por él, Sam se puso boca abajo rodando y la cortante madera le dio con fuerza en la nuca. El golpe casi lo dejó inconsciente, pero de algún modo logró girarse, pistola en mano, y hacer frente al atacante. Disparó, pero el hombre había desaparecido, se había esfumado entre el humo.

Sam se arrastró por la mesa, desesperado por respirar aire. Vio las llamas reflejadas en la ventana y se impulsó con más fuerza, saltando en el aire con la cabeza agachada y cruzando el cristal ya roto de la ventana.

Cayó con fuerza en la acera, el dolor le desgarró su cuerpo maltrecho. Y luego todo se volvió negro.



Capítulo 10

Ellen estaba en la cocina cuando Bob y Sam llegaron a casa.

Se maldijo en voz baja por haber calculado tan mal el tiempo. Había planeado estar arriba, protegida detrás de la puerta cerrada de su dormitorio. Había planeado no tener que ver a Sam como mínimo hasta el día siguiente por la noche.

Se le pasó por la cabeza dejar la tetera con agua que estaba calentándose al fuego y la taza con la bolsita de té de hierbas que sostenía en las manos, y salir corriendo hacia las escaleras.

Pero no reaccionó con suficiente rapidez, y la puerta trasera se abrió.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Bob, volviéndose para mirar a sus espaldas.

—Necesito una ducha. —La voz de Sam sonó áspera y ronca.

—Yo también —convino Bob.

A Ellen se le cayó la taza al suelo, donde rebotó antes de rodar y detenerse sobre un lateral.

Los dos hombres tenían aspecto de haber empezado a trabajar de deshollinadores. Tenían la ropa, la cara y las manos manchadas de hollín y suciedad. Y Sam... Sam tenía un arañazo inflamado en la mejilla izquierda y un corte junto a la boca, además de manchas de sangre de intenso color en la camisa y en el pelo. *Sangre.*

—Hola, nena —le saludó Sam a Ellen con una sonrisa pícaro y dolorida—. Sé que diciendo esto corro el riesgo de que me des una paliza, pero como ves, esta noche ya he recibido lo mío, gracias.

Intentaba hacerse el gracioso, pero Ellen no se rió. Cruzó los brazos, controlándose sobremanera para no salir corriendo hacia él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirando a Bob en busca de una explicación verdadera.

Pero Sam se le adelantó.

—Nuestro acosador chiflado ha intentado quemar el Café Alessandra. He tenido una pequeña pelea con él. Creo que pensó que yo era Bob.

¿Bob?

—Seguramente nos equivocamos —confesó Bob—. Es probable que este tipo haya ido detrás de mí todo este tiempo. Y que en medio del humo haya confundido a Schaefer conmigo, porque volvimos a entrar juntos en el comedor privado. Lo que no tiene sentido es que el tío éste confundiera a Sam *contigo*. Lo único que no hemos sacado aún en claro es lo de las llamadas obscenas.

—He estado dándole vueltas. Es posible que el hombre no quiera hablar

contigo, Bob. Sólo quiere matarte. *Dijo: «Él ha vuelto»*, justo después de que regresaras de Boston —señaló Sam.

—Esperad un momento —los interrumpió Ellen—. ¿Qué ha pasado *esta noche*? Empezad desde el principio.

Sam apartó una silla de la mesa y se sentó dolorido.

—Alguien, probablemente nuestro acosador, lanzó una bomba de humo por la ventana del comedor privado de la parte trasera. Después, probablemente el mismo hombre, entró y, en medio de la confusión, prendió fuego a las cortinas y a algún otro trozo de tela empapado en gasolina, elevando la temperatura. Con anterioridad alguien, y no es mucho suponer que se trate de la misma persona, había desconectado el sistema de extinción de incendios por rociadura automática del restaurante.

—Y entonces, después de que Sam y yo volviéramos a entrar para buscar a Verna Horton, que había desaparecido, un hombre con una máscara de gas y un uniforme de bombero intentó acabar con Sam golpeándolo con una silla de madera —añadió Bob—. Yo, naturalmente, no pude ayudarle en todo esto, porque encontré a Verna a unos tres pasos de la puerta y la saqué por la parte trasera. A esas alturas, los bomberos ya habían llegado y no me dejaron entrar de nuevo para ayudar a Sam.

»Así que fui hasta la entrada principal del restaurante, donde estaba la ventana, porque es ahí donde Sam me dijo que nos encontraríamos, pero antes incluso de llegar lo vi salir despedido por la ventana como Batman.

—Batman habría aterrizado de pie —le dijo Sam a Bob.

—Después de que los paramédicos lo reanimaran...

Ellen no pudo contenerse más.

—¿Lo *reanimaran*? ¡Dios mío!

—...nos acercamos al hospital, donde Sam recorrió todo el departamento de rayos X...

—No tengo nada roto —intervino Sam—. Son sólo contusiones.

—Las sillas del restaurante son macizas —continuó Bob—. Si este tipo le llega a golpear a Sam en la cabeza con la fuerza suficiente... es muy posible que hoy hubiese vuelto yo solo a casa.

Ellen suspiró con angustia. Sam levantó la vista y la miró, pero no negó cuanto Bob acababa de explicar. Podrían haberlo matado.

—Me alegro de que por lo menos tú ya no estuvieses allí, Ellen —dijo Sam tranquilo y con la mirada triste.

Ellen no pudo evitarlo. Dio un paso hacia Sam, y luego otro paso.

Éste se levantó de la silla y abrió los brazos para recibirla.

Ella lo abrazó tan fuerte como se atrevió, sin importarle la mugre y el hollín que le habían manchado la ropa.

—Creo que es hora de que me vaya —anunció Bob—. Hasta mañana, chicos.

Ellen oyó cómo sus pasos se alejaban por el pasillo. Podía oír el corazón de Sam latiendo en su pecho. Eran latidos tan fuertes, tan enérgicos. Pero mientras ella había estado en casa leyendo tranquilamente un libro, ese corazón había estado a punto de

dejar de latir.

—Esta noche quiero estar contigo —pidió él en voz baja.

A Ellen le tembló la voz.

—Donde tendrías que estar es en el hospital.

Alzó la cabeza para mirar a Sam y percibió el agotamiento en su rostro. Aun así, de algún modo logró sonreír.

—Sí —admitió—. Seguramente sí. Pero me apetecía más estar aquí. —Le apartó a Ellen el pelo de la cara y su sonrisa se desvaneció, dejando sólo una mueca de dolor en su boca y una leve vulnerabilidad en su mirada—. Estar a punto de morir hace que te entren ganas de estar cerca de la gente que amas.

Ellen no podía respirar. No había querido decir eso. No había podido querer decir eso. Estaba exagerando. Se había limitado a aprovecharse de la situación fuertemente emotiva para asegurarse un sitio en su cama.

Pero a Ellen no le importaban sus motivaciones ni sus exageraciones. Lo único que sabía era que lo que él quería, ella lo quería también. No tenía elección.

—¡Vamos! —ordenó—. Te ayudaré a lavarte.

Procuró no apoyarse en ella mientras le ayudaba a subirse en el ascensor, pero Ellen sabía que cada paso que daba le dolía. Sam la miró a los ojos después de que ella apretara el botón del tercer piso; después de darse cuenta de que pensaba llevarlo a su habitación.

—Es increíble —declaró Sam—. Ya me siento mejor.

Realmente, la flexibilidad del cuerpo humano era extraordinaria. Sam tenía un cardenal en el hombro que al hacerle la radiografía en el hospital ya había empezado a adquirir los tonos del arco iris. Había estado a punto de morir asfixiado y el golpe recibido en la cabeza le había hecho ver las estrellas y todavía le hacía sentirse un poco mareado. No sabía con seguridad si tenía fragmentos sueltos de cristal en el trasero, estaba agotado o si recordaba cuándo le habían dolido o escocado tantas partes de su cuerpo por última vez.

Excepto una parte. Había una parte de su cuerpo que no le dolía nada. Y era esa parte, su corazón, la que latía a cien por hora cuando Ellen le ayudó a salir del ascensor y lo condujo por el pasillo hasta su habitación.

Cerró la puerta tras ellos. A Sam le encantó el sonido de aquel pestillo al ser echado. Ya estaba en casa. Era una promesa de otros sonidos más suaves y mucho más íntimos.

—Este cuarto tiene un jacuzzi en el baño —anunció Ellen—. ¿Quieres que te prepare la bañera?

—¿Cabén dos personas?

Ellen lo acompañó hasta la puerta del cuarto de baño. Cabían. Era enorme. Con la ducha separada y dos pilas era casi más grande que su apartamento entero.

—¿Te bañarás conmigo? —insistió Sam con dulzura.

Ella se soltó de su brazo con suavidad y empezó a llenar la bañera reluciente de agua caliente. Estaba realmente estupenda, vestida con unos holgados pantalones cortos de chándal y una camiseta de tirantes ceñida que tenía una tira de diminutos

botones en la parte frontal. Sus largas y preciosas piernas estaban desnudas, igual que sus pies. Llevaba las uñas de los pies pintadas de rojo, y su piel parecía brillar bajo la tenue luz.

—Por favor —suplicó con un nudo en la garganta.

Ellen alzó la vista y lo miró sonriendo con picardía.

—Sabes que lo haré. ¿De verdad crees que te traería hasta aquí y cerraría la puerta con pestillo, si no me fuese a desnudar contigo?

—Viniendo de ti no me sorprendería —confesó él.

—Sólo quiero que seas sincero y me digas si te duele.

—Me duele. —Sam sonrió—. Pero no tiene nada que ver con la paliza que me han dado.

Ellen se secó las manos y caminó hacia él.

—Hazme un favor. ¿Lo que has dicho antes, abajo? No lo vuelvas a decir.

Amor. Sam había usado la temida palabra AMOR.

—Siento haberte asustado. Yo también me he asustado. Pero... es la verdad.

—La verdad es muy difícil de medir.

—Deja de recitar los mensajes crípticos que te dan en los restaurantes chinos con sus galletas de la suerte —le dijo Sam—, y bésame.

Ella cayó encantada en sus brazos. ¡Qué dulces eran su boca y sus labios!

Sam nunca se había alegrado tanto de estar vivo.

—Hay que sacarte esta ropa —musitó ella mientras le desabotonaba con los dedos su camisa hecha jirones.

Sam hizo una mueca de dolor al intentar sacarse la camisa por encima del hombro amoratado; entonces cejó en su empeño y se limitó a dejar que lo hiciera ella.

Al ver su piel amoratada y marrón Ellen soltó un grito.

—¡Oh, Sam!

Le compensaba. Cada uno de los golpes, cardenales y arañazos le compensaba con tal de saber que a ella le importaba.

—Parece más grave de lo que en realidad es —mintió él.

—Tiene que dolerte horrores.

—Estoy bien.

Ellen lo miró durante un buen rato y Sam supo que no le creía. Pero ella no dijo nada. Simplemente se arrodilló para desatarle los cordones de las zapatillas de deporte y luego le ayudó a sostenerse mientras él se las quitaba sacudiendo los pies.

Ellen lo miró brevemente a los ojos mientras le desabrochaba la hebilla del cinturón. Sin duda, había notado su erección. Él la atrajo hacia sí y le levantó la barbilla para darle un beso largo y apasionado al tiempo que le presionaba la palma de la mano contra la dura protuberancia de sus pantalones. Oyó su gemido y sintió los dedos de ella rodeando su dureza.

¡Oh, sí! Se alegraba mucho de estar vivo.

—Ya te he dicho que estaba bien —susurró.

Sam empezó a desabrochar con torpeza los botones de la camiseta de Ellen hasta que dejó de intentarlo y, con ayuda de ésta, se limitó a sacársela por la cabeza.

Le quitó el sujetador con la misma facilidad, y se maravilló ante la increíble sensación de tener sus senos desnudos contra el pecho mientras ella lo besaba otra vez. Sam le metió los dedos por dentro de los pantalones cortos y las braguitas, y con un rápido movimiento los deslizó por sus piernas suaves. Ya estaba desnuda.

Y abochornada. Lo vio en sus ojos y en su cara cuando se echó hacia atrás para contemplarla, y no entendió por qué. Era preciosa; de curvas delicadas, piel suave y dulce carne femenina.

—No es justo —protestó Ellen, tratando de disimular el rubor que teñía sus mejillas—. Tú aún llevas los pantalones puestos.

—Eso lo arreglo en un segundo. —Se bajó los pantalones por las piernas y sacó los pies con cuidado. Le costó un poco más bajarse los calzoncillos, pero con la ayuda de Ellen, al fin lo consiguió.

A continuación ella se metió en la bañera, escondiéndose debajo de la superficie del agua. Sam entró más despacio, sentándose con cautela. Tenía alrededor de mil rascaduras en los brazos, los hombros y la espalda que sabía que le escocerían muchísimo.

Pero apenas le dolieron cuando vio que Ellen le sonreía. Se frotó las manos con una pastilla de jabón y, empezando por sus dedos, se dispuso a lavar a Sam.

Qué delicia sentir esas manos subiendo por sus brazos. Era tan tierna y cuidadosa con sus cardenales y, sin embargo, al mismo tiempo, conseguía lavarlo. Y excitarlo completamente.

Sam se lavó de prisa la cara con sus propias manos, haciendo muecas de dolor por el escozor del jabón en contacto con la herida de la mejilla. Hundió la cabeza hacia atrás para enjuagarse el pelo. Al levantarla de nuevo, utilizó las manos para escurrir el agua del pelo y la cara.

Ellen se sentó a horcajadas para poderle lavar con suavidad el pecho y los hombros.

—También tienes algunos cardenales en las costillas. Mañana te dolerá.

Se inclinó para besar a Sam y éste movió hacia sí las caderas de Ellen de tal modo que quedara sobre sus piernas. Eso era peligroso. Con una embestida la penetraría hasta arriba. Y sería una completa locura hacerlo sin ningún anticonceptivo ni protección.

Pero jamás había sido tan tentador cometer una locura.

—Estaré mejor que bien, sobre todo si me dejas despertarme en tu cama, contigo. —Sam se movió para besarla de nuevo, pero ella se apartó.

—¡Vaya! —exclamó—. No lo sabes. ¡Claro que no lo sabes, porque no te lo he dicho!

Él intentó atraerla otra vez hacia sí, enterrando su rostro en la fresca y húmeda suavidad de sus pechos, sin prestarle atención del todo.

—¿Qué es lo que no me has dicho?

—Que me han cogido para un anuncio y tengo que estar en el estudio a las seis a.m.

Sam permaneció sentado, inmóvil, hasta que al fin comprendió sus palabras.

—¿A las seis de la *mañana*?

Ellen sonrió.

—Eso es lo que normalmente quiere decir a.m.

Sam cerró los ojos.

—¡Dios! ¡Menuda paliza! —Los abrió—. Me refiero a que, sí, es genial que te hayan dado el papel, nena, pero ¡caray! A las seis de la mañana. —Ya era pasada la medianoche. Mañana le costaría un montón estar en algún sitio a las seis.

—Puedes despertarte en mi cama —concedió Ellen—, pero yo no estaré a tu lado.

—Sí que estarás, porque me levantaré para ir contigo.

Ellen presionó su cuerpo contra el suyo; resultaba tan desesperadamente tentador que Sam tuvo que apretar los dientes para evitar soltar un gemido. Tenía que encontrar un condón. Ahora. Ahora mismo.

—Eres un encanto —susurró ella mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. Me parece que no me enfadaré por haberme llamado nena.

—¡No! ¿En serio te he llamado nena?

Ellen se mantenía en equilibrio encima de él, volviéndolo loco poco a poco, poniendo a prueba su autocontrol.

—Estoy completamente segura —contestó ella mientras Sam, olvidándose de su dolor de hombro, alargaba el brazo para coger el condón de los pantalones levantando el cuerpo del agua, y a Ellen consigo, mientras se lo ponía.

—¡Dios! —exclamó. Alzó la vista y le sonrió mirándola a los ojos, sus preciosos ojos marrones—. Lo siento, nena.

Ellen se echó a reír y él lo volvió a sentir; esa increíble sensación de alegría y felicidad que había sentido la última vez que habían hecho el amor. Era imposible sentirse mejor.

Pero cuando se metieron de nuevo en el agua, y Ellen movió las caderas para que él entrara en ella, se *sintió* mejor.

Sam la besó, temeroso de que, si no tenía la boca ocupada, intentaría decirle a Ellen cómo le hacía sentir.

La amaba.

Rayaba en lo absurdo. Siempre era él quien huía de la palabra AMOR, quien salía corriendo a esconderse de la amenaza de la palabra COMPROMISO. Y, sin embargo, de algún modo había acabado enamorándose de una mujer que había necesitado que él estuviese a punto de morir antes de poder admitir que su persona le importaba siquiera un poco.

Quería gritar que la amaba, pero no se atrevió.

Aun así, daba la impresión de que no le había desagradado la idea de que él pasara con ella en su cama el resto de la noche, por corta que fuera. Y eso era una buena señal, ¿verdad? ¿Verdad?

¡Dios! Estaba muerto de miedo. Le aterrorizaban sus propias emociones, y le aterrorizaba que a ella también le horrorizaran sus sentimientos, si averiguaba lo mucho que la amaba. En sí era todo un tremendo horror.

Y no sólo eso, también le daba miedo despertarse a la mañana siguiente y que la intensidad de sus emociones hubiese desaparecido por completo. Y al mismo tiempo le daba miedo despertarse por la mañana y que todos sus sentimientos siguieran ahí, que siguiera amándola. Tenía miedo de que ella lo considerara únicamente como una aventura corta y apasionada. Tenía miedo de que le rompiera el corazón, igual que él había roto docenas de corazones en el pasado; con indiferencia, con dureza, sin ser apenas consciente del daño que hacía.

Tenía miedo de hablar con Ellen, de averiguar que, en realidad, lo consideraba inferior porque no había ido a la universidad. Tenía miedo incluso de pensar en ello.

Lo único que no temía era hacerle el amor. Sabía con certeza que era el único momento donde él tenía verdadero poder sobre ella. Cuando hacían el amor, Ellen era suya, completamente suya.

La penetró con más profundidad, una y otra vez, estableciendo el ritmo que sabía que a ella le gustaba, y Ellen se agarró a él con la cabeza echada hacia atrás y los pechos tiosos por la excitación. Notó el principio de su orgasmo, y eso lo puso al límite. Su propio orgasmo fue ardiente y salvaje, un intenso festival de luces que le hizo gritar su nombre y lo dejó aturdido y casi delirante.

Sam no pudo evitar reírse. Parecía imposible que pudiera sentirse tan increíble y maravillosamente bien después del infierno vivido esa noche.

Ellen suspiró; tenía el rostro hundido en su cuello.

—Abrázame —susurró—. Tengo los músculos hechos un flan y, si me sueltas, engrosaré las estadísticas de ahogamiento en los jacuzzis.

—Nunca te dejaré ir —musitó Sam, deseando con todo su corazón que Ellen le permitiera hacer realidad sus palabras.

Entonces ella se quedó callada, como si también hubiese captado el significado subliminal. Inspiró hondo, y tardó un rato en soltar el aire, como si estuviese sollozando.

Sam intentó verle la cara, pero ella siguió ocultándosela.

—Ellen, ¿estás bien? —le preguntó con inevitable y creciente preocupación—. No te habré hecho daño, ¿verdad?

—No, es sólo que... Yo... —Respiró profundamente y alzó la cabeza para dedicarle una sonrisa bastante forzada—. Ha sido realmente... maravilloso, y me siento... no lo sé... un poco triste. —Puso los ojos en blanco—. A veces me pongo tonta.

Sam la besó, deseoso de poder leer su pensamiento.

—¿Por qué estás triste?

Ellen sonrió con melancolía.

—Ha sido tan perfecto. No es posible que algo pueda ser tan perfecto.

—¿Qué te juegas a que sí? Dame cinco minutos y podremos volver a hacer que sea perfecto. —Le acarició el cuello con la nariz.

Ellen se rió incrédula, dándole una cariñosa palmada.

—¿Bromeas? Seguro que ni siquiera te puedes poner solo de pie.

—¿Es necesario que lo hagamos de pie? Más bien había pensado en hacer el

amor en una cama, para variar.

Ella se rió de nuevo. ¡Dios! Sam adoraba el sonido de su risa.

—Bueno, veamos —dijo—. Lo hemos hecho en la limusina y en el jacuzzi. Debo reconocer que siempre he querido hacerlo en un ascensor...

Sam cerró los ojos.

—Nunca más podré ir en ascensor contigo sin pensar en eso.

—Y luego está la azotea de un edificio, bajo las estrellas. Nunca he hecho el amor en un sitio así. O... ¡sí, ya lo tengo! En la mesa de la cocina.

Ahora fue él quien se rió.

—¿Qué?

—Sí, es *muy sexy*. Lo he visto en un montón de películas. Sexo desenfrenado y ardiente acompañado de cubiertos y vajilla de porcelana estrellándose contra el suelo. Pero eso sólo se puede hacer si no hay nadie en casa, claro.

—En esta casa siempre hay alguien —repuso Sam, que cerró los ojos mientras las manos de Ellen le hacían un suave masaje en la nuca—. Eso es lo malo de ser lo bastante rico para tener criados.

—En Connecticut tengo una mesa en la cocina —se ofreció Ellen—. Y en mi casa no hay absolutamente nadie de servicio.

Sam se irguió un poco y abrió los ojos.

—¿Es eso una invitación?

Ellen parecía casi desconcertada por el cariz que, de pronto, había tomado la conversación.

—Bueno, yo...

—Porque en ese caso, acepto.

Ellen fue sincera.

—Sam, sólo era una broma. No espero que vengas nunca a verme a Connecticut.

—¿Por qué no?

Ella sonrió con ironía y se inclinó hacia delante para besarlo.

—Sé razonable.

Él se apartó antes de que ella pudiera intensificar su beso para despistarle completamente.

—Lo soy.

—De acuerdo, pues no lo seas.

Sam la miró a los ojos; tenía un nudo en la garganta.

—Pero es que quiero ser razonable. Por primera vez en mi vida quiero ser razonable.

Ella le devolvió la mirada.

—Sam, no empieces, por favor.

—¿Por qué no?

—Porque no funcionaría. ¿Tú y yo? ¡No estarás hablando en serio! —Riéndose a carcajadas, Ellen se apartó de él. Salió del jacuzzi y se envolvió con una toalla.

Sam respiró hondo.

—Oye, ¿cambiaría en algo las cosas que fuera a la universidad y me licenciara?

Ellen lo miró fijamente, con cara de sorpresa.

—¿Cómo?

—Siempre he querido ir y lo cierto es que ésta es una buena razón para hacerlo. Así no tendrías que, no sé, avergonzarte de mí y... —Se encogió de hombros—. Quiero estar contigo, Ellen, y si eso me hiciera más aceptable...

Ella lo miraba como si fuese una especie de alienígena recién llegado del espacio.

—¿Crees que no quiero salir contigo porque me avergüenzo de que no tengas estudios superiores?

—No lo sé. Me refiero a que así dicho parece una locura, pero es que no logro comprender qué otra razón puede haber para que no quieras estar conmigo.

—¿Te parece suficiente que seas casi diez años más joven que yo?

Sam se rió, pero dejó de reírse al ver que Ellen no hablaba en broma.

—Tenías doce años cuando Lydia nació. Cuando tú naciste, el hombre ya había puesto un pie en la Luna, los Beatles estaban a punto de separarse y «Star Trek» ya existía desde hacía años. Eres un crío —añadió.

—Era un crío. Ya no. Pensé que te habrías dado cuenta.

—Diez años es una diferencia de edad demasiado grande —insistió Ellen—. A mí me pasó al revés con Richard. Y no funcionó.

—Pero no fue por vuestra diferencia de edad —señaló Sam—. Fue por Richard.

Pero ella ya se había vuelto, negando con la cabeza.

—Eres demasiado joven y yo, demasiado vulnerable. Cuando estoy contigo, no puedo resistirme. Y cuando hacemos el amor es increíble, pero entonces, después, me siento fatal, porque lo que quiero... —Hizo una pausa antes de girarse para mirarlo, sin intentar siquiera ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos—. Me... gustas demasiado, y a la larga eso lo único que me hará es daño. No puedo hacer esto.

Sam sintió que se le encogía el corazón.

—Ellen...

—Cada vez que me besas creo que seré capaz de vivir un simple amor de verano, que podré mantenerme al margen y tener sólo una relación puramente sexual, pero lo cierto es que no puedo. Quiero más que eso. Quiero estar al lado de una persona con la que sepa que voy a envejecer.

—Entonces el problema no es nuestra diferencia de edad, sino una cuestión de confianza.

Ellen sacudió la cabeza.

—Sam, incluso aunque la palabra compromiso fuera tu segundo nombre, y me temo que tú mismo serás el primero en reconocer que no lo es, seguirías siendo mucho más joven que yo. Lo único de lo que podría estar totalmente segura es de que algún día me abandonarías.

—¿Cómo? ¿Sólo porque nada más tengo veintisiete años y no treinta y seis como tú? Eso es una verdadera estupidez, y me ofende.

Ella se ruborizó.

—No quería ofenderte.
Sam inspiró hondo.
—¿Qué puedo hacer para convencerte de que te equivocas?
Ellen se ciñó la toalla alrededor del cuerpo mientras cabeceaba con tristeza.
—Nada —susurró—. No puedes cambiar tu edad, Sam. He estado pensando en ello y es imposible que esto funcione.



Capítulo 11

—Cuéntame, ¿para qué es esta audición? —le preguntó Sam a Lydia mientras se acomodaba en el asiento posterior del taxi. Estaba encajonado entre los dos niños, que juraron que, a menos que se sentaran junto a las ventanillas, el viaje en taxi los haría vomitar.

—Para unos cereales de desayuno asquerosos y cargados de azúcar —contestó ella con naturalidad—. Nada que ver con el *spot* que mamá rueda hoy. ¿Te ha hablado de él?

—No mucho. Sólo me ha dicho que tenía que estar allí a las seis de la mañana —respondió Sam mientras bostezaba. Se había despertado a las cinco y cuarto (en su miserable y solitaria cama) para acompañar a Ellen al estudio donde se rodaba el anuncio.

La seguridad interna del plato era sumamente profesional. Eso, sumado al hecho de que Ellen le había dicho sin ambages que su presencia la descentraría sobremanera, hizo que llamase a dos de los guardias de seguridad de Hyunh para que ocupasen su lugar. De modo que esperó tristemente sentado en el vestíbulo hasta que llegaron. Asimismo, después de su cara a cara con el acosador la noche antes, estaba bastante convencido de que se había equivocado al creer que Ellen era el objetivo de aquel hombre. Ese desgraciado tenía que ir detrás de Bob, aunque le hubiese encantado que las cartas llegaran con un nombre en el sobre para poder estar completamente seguro.

Aun así, después de dar la orden a los guardias de que, bajo ningún concepto, Ellen debían abandonar el estudio hasta que él mismo fuese a recogerla tras el rodaje, Sam regresó a la casa y se metió a rastras en la cama, con todo el cuerpo dolorido.

El hombro le dolía horrores. Y sentimentalmente estaba también bastante deshecho. Después de lo de anoche Ellen ni siquiera quiso estar en la misma habitación que él. Sam le había confesado prácticamente que la quería, y ella reaccionó pidiéndose que se marchara de su dormitorio. Y ahora su mera presencia en el estudio la descentraba demasiado.

Sam se pasó unas cuantas horas lamentándose de ello hasta que se dio cuenta de que tal vez (sólo tal vez) fuese una buena señal. Él era una distracción; mejor eso que ser alguien fácilmente ignorado ¿no?

A primera hora de la tarde ya había dormido un buen rato y dedicado unas cuantas horas a intentar pensar de qué manera podía cumplir diez años más de un día para otro o algo así. Pero había llegado a la conclusión de que, hiciera lo que hiciera, eso no sucedería.

Resultaba difícil no estar deprimido, sobre todo porque el hombro le dolía cada

vez que se movía y el corazón le dolía muchísimo, independientemente de que se moviera o no.

Seguía tumbado en la cama cuando sonó el teléfono. Descolgó enseguida con la firme esperanza de que fuese Ellen, pero era Hyunh, que llamaba para preguntarle si tenía ánimos de hacer de guardaespaldas de Lydia, que tenía una audición. Ellen le había dado permiso para acudir a condición de que Sam la acompañara.

Sabía que eso debía halagarle. Ellen había pedido específicamente por él, y su petición implicaba cierto grado de confianza. Pero le costaba alegrarse de algo cuando todo le dolía.

No obstante, se había duchado y se había bebido aprisa una taza de café en la cocina, y ahí estaba, camino de una audición para un anuncio de no sé qué cereales de desayuno asquerosos, tal como bien había dicho Lydia.

—El anuncio que mamá rueda hoy es una pasada —le explicó Jamie—. Es para las bambas Airwalk, y ella hace de una dura comandante de una nave espacial, como Sigourney Weaver en las películas de la saga de «Alien».

—Ayer por la noche enviaron a casa por fax el texto y un guión gráfico —comentó Lydia—. Es *muy* chulo. Añadirán alienígenas de animación por ordenador a las escenas que mamá rueda hoy. Por lo que deduje será muy oscuro, a lo «Blade Runner». Tiene que llevar un uniforme chulísimo. —Suspiró—. ¡Me da *tanta* envidia! ¡Se lo tiene que estar pasando *tan* bien ahora mismo!; *y yo* últimamente ni siquiera consigo audiciones masivas.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó Jamie a Sam—. ¿Te han atacado los malos?

—Pues la verdad es que sí —reconoció Sam—. Ayer tuve una pequeña pelea con alguien que no me tenía mucha simpatía.

—¿Ganaste la pelea y lo metiste en la cárcel? —quiso saber Jamie con interés.

Sam se rió.

—No exactamente, pero el hecho de que no consiguiera aplastarme la cabeza ya es para mí una especie de victoria.

—¿Era... el acosador? —En los ojos marrones de Lydia había nerviosismo.

—Sí, yo diría que sí —contestó Sam.

—¿Es de eso de lo que hablasteis mamá y tú ayer por la noche tan tarde? —inquirió Jamie.

Sam se quedó helado, sin saber qué decir.

—Humm..., bueno, sí, hablamos de eso cuando llegué a casa, sí.

Lydia se inclinó hacia delante y miró con indignación a Jamie.

—¿Otra vez estuviste toda la noche despierto, moviéndote a hurtadillas por la casa jugando a tus estúpidos juegos de espías? Si *algún día* te cuelas en mi habitación mientras duermo, ¡te juro que te retorceré tu larguirucho pescuezo!

—¡Ja! A ti lo que te da miedo es que le cuente a todo el mundo que tus ronquidos son más fuertes que el motor de una sierra.

—¡Yo no ronco!

—¡Sí que roncas!

—¡No!

—Chicos —intervino Sam alzando las manos—. Por favor.

—Merodea por la casa como a las dos de la madrugada fingiendo que forma parte del equipo de «Misión: Imposible» —se quejó Lydia.

—Eso es mejor que pasarse tres horas hablando por teléfono con Ginny, que está en Connecticut, para describirle cómo tu profesor de saxofón da golpecitos con el pie mientras tú tocas, como si no se diese cuenta de que nada más tienes quince años, sólo porque estás colada por él.

Lydia miró a su hermano pequeño con amenazadores ojos entornados.

—¡No estoy colada por él!

—¡Sí lo estás! —La imitó moviendo los párpados y suspirando—. «¡Oh! Se llama Casey Redmond. ¡Y es tan *mono!*!» —Acabada su representación miró a su hermana con orgullo—. Créeme, sé cosas. Oigo cosas. —Jamie cruzó los brazos delante del pecho—. La casa está casi siempre en silencio, pero anoche hubo un montón de movimiento. Tú estuviste al teléfono con Ginny desde las once y cuarto hasta la una y media hablando de Casey. Hyunh tuvo una extraña reunión con Bob pasadas las doce, y no sé a qué hora terminó. Y Sam estuvo hablando con mamá en su habitación casi hasta las dos de la madrugada...

¿Hyunh y Bob? Sam había sospechado que había algo entre el presentador de televisión y su diminuta jefa de seguridad. Seguramente, habrían tenido una «reunión» parecida a la de Sam con Ellen. Y Jamie, en su inocencia, no se daba cuenta de lo que implicaba una cita a semejantes horas de la noche.

Pero Lydia sí. Sam miró en su dirección y vio que ella lo miraba con fijeza, con ojos desmesuradamente abiertos y expresión indescifrable. Al instante desvió la vista, clavó los ojos en sus manos entrelazadas sobre su regazo y luego en la ventana. Lydia sabía que él había estado con su madre la noche anterior, y Sam no podía actuar como si no lo supiese.

—Pues sí —comentó alegremente en el repentino e incómodo silencio—. Estoy enamorado de vuestra madre.

Eso devolvió la mirada de Lydia al rostro de Sam. Jamie estaba manifiestamente perplejo ante un comentario que no parecía venir al caso.

—Bueno, ¿qué os parece, chicos? —añadió Sam.

Lydia se rió nerviosa.

—No tenía ni idea.

—¿Tú y *mamá*? —preguntó Jamie con cierta incredulidad—. ¿De verdad?

—Veréis, no sé lo que ella sentirá por mí —le dijo Sam al niño—, pero desde luego yo estoy loco por ella.

Jamie asintió, como si eso fuese lógico.

—Es bastante guapa. Y divertida. Para ser madre tiene un buen sentido del humor.

—¡Por Dios, eres tan estrecho de mente! —Lydia se inclinó hacia delante para insultar a su hermano—. Si no te importa, tiene un buen sentido del humor como ser humano.

El taxi se detuvo frente al edificio de la agencia de casting. Sam extrajo un billete de cinco dólares de su cartera y se lo dio al taxista, después salió del vehículo detrás de Lydia.

—¿Vendrás tú a vivir a Connecticut o nos trasladaremos a Nueva York? —le preguntó Jamie a Sam, apresurándose para bajar a la acera tras ellos.

—Bueno, yo...

—A mí me encanta Nueva York —se adelantó Lydia mientras se dirigía hacia la puerta del edificio—. Quiero venir a vivir a Nueva York. Sí, seguro.

—¡Uf! —exclamó Sam—. Chicos, esperad un momento...

—A ti no te encanta Nueva York, a ti quien te gusta es Casey Redmond —se burló Jamie de su hermana mientras entraban en el ascensor—. Yo quiero vivir en Connecticut. No sé, esta ciudad está bien, pero me gusta poder salir a la calle sin guardaespaldas. —Miró fijamente a Sam, reflexivo, al tiempo que las puertas se abrían en el tercer piso—. Aunque si fueras detective de policía en nuestra ciudad, te aburrirías bastante. No tenemos muchos acosadores de los que preocuparnos.

—Gracias a Dios. —Sam los siguió cuando salieron del ascensor y pasaron por delante del mostrador de la recepción, detrás del cual había una mujer sentada. Al pasar, ésta les lanzó una mirada fugaz. Ya habían estado aquí con anterioridad, y Sam sabía adónde tenían que ir, pero Lydia fue delante—. Veréis, chicos, creo que esta conversación es un poco pre...

—¿Serás nuestro padrastro? —inquirió Jamie mientras Lydia firmaba en una de las muchas mesas dispuestas en el amplio vestíbulo y cogía un guión del montón que había. Sam echó un vistazo a los nombres que precedían al de Lydia; al parecer, no tendrían que esperar mucho. Entonces cayó en la cuenta de lo que Jamie acababa de decirle.

¿Padrastro?

—Un día vi una peli en la que el padrastro intentaba matar a todos los niños —continuó Jamie—, pero tú no harías eso porque eres poli, ¿verdad?

—¡Oh, Dios mío! ¿Mamá y tú pensáis casaros? ¡Eso es *genial!*, de verdad — Lydia estaba fuera de sí, hablaba a la vez que Jamie—. En la revista *Seventeen* he visto un vestido fantástico que podría llevar en la ceremonia y...

—Chicos. ¡*Chicos!*

Lydia y Jamie dejaron de hablar sólo un momento. Los dos le guiñaron un ojo antes de volver a arrancar mientras él los acomodaba en algunas de las sillas colocadas a lo largo de la pared.

—No nos obligarás a llamarte papá, ¿verdad? Quiero decir que podremos seguirte llamando Sam ¿no?

—Te encantará nuestra casa de Connecticut. Tenemos un patio enorme, estupendo para jugar al béisbol y al fútbol.

—Estamos adelantando un poco los acontecimientos —repuso Sam en voz alta—. Vuestra madre y yo todavía no hemos hablado exactamente de casarnos. —¿Todavía? ¿Cómo? ¿Acaso se había vuelto loco? Había dicho «todavía» como si el tema figurara en su lista de cosas que discutir con Ellen en un futuro próximo.

—¿Ah, no? —Con las gafas puestas, Jamie lo miró fijamente con cara de sabiondo—. ¡Ostras, vaya! ¿Y a qué esperáis?

—Lydia Layne. —Hoy era un hombre el que llevaba la carpeta con el clip sujetapapeles. Lydia se puso de pie y el hombre le indicó que fuese hacia la puerta.

—¡Guau! ¡Qué rapidez! —exclamó Lydia—. Ni siquiera he tenido tiempo para leer el guión.

El hombre le arrebató los papeles de las manos.

—No necesitarás eso, preciosa. Entra y ya está. Deprisa. La clienta tiene síndrome premenstrual y hoy hay luna llena; así que estamos todos un poco de morros.

—¡Suerte! —le desearon al unísono Sam y Jamie.

La puerta se cerró detrás de Lydia.

Jamie se levantó.

—Me voy a buscar algo para beber. Hay una fuente de agua justo volviendo la esquina.

Sam asintió y se sentó pesadamente, haciendo una mueca de dolor cuando su hombro entró en contacto con el respaldo de la silla.

—No tardes, ¿vale?

—¡Claro! —Jamie se alejó paseando, y Sam reclinó la cabeza y cerró brevemente los ojos. De repente, había tanto silencio sin los niños alrededor. Aun así, se dio cuenta de que sonreía. Eran buenos chicos, aunque tendría que acabar con su manía de chincharse constantemente el uno al otro. Durante varios años había sido agente juvenil y entendía bastante bien a los chicos de su edad, y...

—Oye, ¿dónde está Jamie?

Sam abrió los ojos y se encontró a Lydia de pie frente a él, arqueando las cejas de su preciosa cara.

Sam se levantó.

—Acaba de irse a beber un poco de agua. Has ido muy rápido.

—Sí —afirmó ella con tristeza—. Ha sido una de esas audiciones en las que he mirado a la cámara, he dado mi nombre, nivel interpretativo y código, me han pedido que girara hacia la izquierda, hacia la derecha, y «¡gracias, que pase el siguiente!»

Volvieron la esquina y vieron una de esas máquinas de agua junto a la que había un dispensador metálico con vasos de plástico en forma de cono. Pero Jamie no estaba.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Lydia—. ¿Adónde habrá ido?

A Sam se le hizo un nudo en el estómago. ¿Dónde estaba el niño? Tenía edad suficiente como para no perderse por ahí. Sam se volvió, buscando al pequeño. ¿Qué llevaba puesto? Una camiseta roja. Eso no podía ser muy difícil de localizar...

Sam cogió a Lydia de la mano y tiró de ella corriendo en dirección a los ascensores. Pero ahí tampoco había nadie.

—Señor —advirtió con desaprobación la mujer del mostrador de recepción—, le ruego que no corran, por favor.

—¿Ha visto a un niño pequeño —preguntó Sam prácticamente volcándose sobre la mesa—, de unos diez años, pelo castaño, ojos azules y gafas? Lleva una camiseta roja.

La mujer retrocedió asustada.

—¿El niño que venía con usted? No. Por aquí delante no ha pasado.

Él extrajo su placa, casi tirándosela a la mujer.

—Departamento de Policía de Nueva York. —Se alejó por el pasillo gritando por encima de su hombro—. Llame al novecientos once; dígales que el Detective Sam Schaefer necesita refuerzos en esta dirección.

La mujer lo miró fijamente.

—¡Llame! —chilló, y ella alargó el brazo para descolgar el teléfono.

—¡Oh, Dios mío! —repitió Lydia con lágrimas en los ojos—. ¿Crees que han secuestrado a Jamie?

—No te separes de mí —ordenó Sam, incapaz de responder a su pregunta—. No quiero perderte a ti también.

Un grupo de hombres afroamericanos esperaba frente a una de las puertas; todos iban vestidos de forma parecida con ropa deportiva; todos eran lo bastante altos para ser jugadores de baloncesto universitario.

—Busco a un niño que ha desaparecido —les explicó Sam, que hablaba deprisa—. Diez años, camiseta roja, gafas, pelo castaño. Soy detective de la policía de Nueva York y tengo motivos para creer que acaban de secuestrarlo, pero que aún está en alguna parte de este edificio. ¿Les importaría ayudarme a buscarlo? Es castaño, lleva gafas y una camiseta roja —repitió mientras los hombres asentían y después se iban en distintas direcciones.

Una de las mujeres que llevaba una carpeta de clip lo oyó y ahora Sam se volvió a ella:

—¿Dónde está la escalera para bajar?

La mujer miraba con ojos desmesuradamente abiertos.

—Junto a los ascensores.

Sam sacudió la cabeza. Jamie no habría ido por ahí.

—¿No hay más? ¿Alguna escalera trasera o salidas de incendios?

Ella señaló.

—Al fondo del pasillo a la izquierda. Hay una ventana con una salida de incendios.

Ahora Lydia lloraba de verdad, y Sam la cogió de nuevo de la mano y echó a correr. Ella iba más despacio, pero él se negó a dejarla atrás. De ninguna manera perdería a los dos hijos de Ellen. Ya tenía bastante con haber perdido a Jamie.

Avanzó a empellones por el pasillo hasta el final, giró a la izquierda y ahí estaba. La ventana. Abierta de par en par pese a que en el edificio había aire acondicionado; sintió náuseas.

El psicópata que había realizado esas horribles llamadas, que había hecho esos espantosos dibujos, que había intentado matarlo la noche antes, se había llevado al querido hijo de Ellen.

Soltó la mano de Lydia y se asomó a la ventana, rezando para que no fuera demasiado tarde, rezando para ver al hombre aún bajando al chico por la salida de incendios o corriendo por la callejuela de abajo. Pero ahí fuera no había nadie. Se habían marchado hacía rato.

Había fracasado.

Otra vez.

—¡Oiga! —Se oyó un grito procedente del otro lado de la sala—. ¡Oiga, aquí! ¡Lo hemos encontrado! ¡El chico! ¡Está en el lavabo de caballeros!

¿El lavabo de caballeros?

Sam miró fijamente a Lydia.

—Yo lo *mato* —dijo ella con los dientes apretados, enjugándose con la manga las lágrimas de la cara.

—No, primero lo mato yo —replicó Sam mientras retrocedía por el pasillo abarrotado.

—¡Eh, detective! ¡Será mejor que se dé prisa! —Había urgencia en la voz que hablaba y Sam agarró a Lydia del brazo una vez más, y echó a correr.

Los curiosos se habían agolpado frente al lavabo de caballeros, y uno de los hombres negros y altos frunció las cejas.

—Apártense, ya viene. Déjenlo pasar.

La multitud se disolvió obedientemente.

—¿Está bien? —inquirió Sam sintiendo una nueva punzada de miedo en el estómago al ver la expresión sombría del rostro del hombre.

—Aparentemente, sí. Pero tiene la boca tapada con cinta adhesiva.

—¿Qué?

—Entre a verlo.

Sam tiró de Lydia para que entrara con él en el lavabo. Y ahí estaba Jamie, sentado en el suelo, apoyado en la pared del fondo. Estaba atado de pies y manos, las gafas le colgaban de una oreja y lloraba como un niño de cinco años.

Uno de los actores, alto como un jugador de baloncesto, intentaba sacarle con dificultad la cinta de la boca al muchacho, mientras otro trataba de soltar la cuerda que le ataba los tobillos y las muñecas.

Tanto la cuerda como la cinta adhesiva cayeron cuando Sam se arrodilló junto a Jamie y estrechó al pequeño entre sus brazos. Éste se agarró a él, sollozando.

Lydia, que también lloraba, se reunió con ellos en el suelo, y Sam tuvo que hacer grandes esfuerzos para reprimir sus propias lágrimas de alivio.

—Lleva una especie de nota pegada a la camiseta —informó uno de los hombres a Sam—. Échele un vistazo. Quienquiera que haya metido a este niño aquí es un verdadero demente. Dese por satisfecho de que no haya hecho nada más que atarlo.

Sam lo comprobó y, en efecto, había una nota pegada al pecho de Jamie. La despegó.

«Los aleens quieren muertos —decía—. Me están vigilando. Pronto correrá más sangre. Te estoy vigilando.»

¿Aleens? ¿Aleens? *Aliens*.

¡Dios santo! Ellen rodaba un anuncio en el que aparecían alienígenas. ¿Se habría equivocado después de todo? ¿La perseguía el acosador a ella en realidad?

Un policía uniformado entró en el lavabo.

—¿Sam? ¿Eres tú?

—Tommy. —Había llegado el refuerzo de Sam y se trataba de un agente que conocía bien—. Llama por teléfono a Tran Minh Hyunh al 555-8734. Tran Minh Hyunh, ¿entendido? Dile que se acerque a los Estudios Soundfire de la calle 57. Dile que encuentre a Ellen Layne y no la pierda de vista. Después llama a la jefatura y pide también que envíen allí una cuadrilla, ahora mismo.

—Hecho, detective. —Tommy desapareció.

El llanto de Jamie había empezado a calmarse, y ahora levantó la cabeza y miró a Sam.

—Lo he visto —dijo el pequeño—. He visto al tío que me trajo hasta aquí y me ató. Lo miré directamente a los ojos. —Se enjugó la nariz con el dorso de la mano y respiró hondo, estremeciéndose—. Podría identificarlo, Sam. Sé que podría.



Capítulo 12

Ellen se quedó con sus hijos hasta que se durmieron, uno al lado del otro, en las dos camas individuales de la habitación de Jamie. Eran sólo las diez, pero sin duda ambos estaban agotados por el trauma del encuentro de Jamie con el acosador.

Lydia había ido a la habitación de su hermano sólo con la intención de sentarse con ellos mientras Ellen acariciaba el pelo de Jamie y lo abrazaba con fuerza, pero se había acurrucado en la otra cama quedándose también dormida.

Fue cuanto Ellen pudo hacer para evitar tumbarse en la alfombra, entre las dos camas, y sumirse en un sueño profundo, lento y fatigado.

Eran cerca de las seis de la tarde cuando Hyunh se presentó en el estudio con la espeluznante noticia de que, aunque estaba a salvo Jamie había sido agredido por el acosador. En ese momento, ella llevaba casi doce horas trabajando, pero el rodaje ni mucho menos había finalizado.

A regañadientes, el director le había permitido marcharse para ir al encuentro de su hijo, que estaba en la comisaría de policía viendo álbumes con fotos de criminales con la esperanza de reconocer la cara de su raptor. Pero el director también le había hecho prometer que volvería al estudio al día siguiente a las once de la mañana para concluir sus escenas.

Ellen no quería volver. Todo el rodaje en sí había sido radicalmente distinto al del anuncio del detergente de lavadora que había hecho con Lydia. Quizá fuese la ausencia de niños en el plato o el estilo y la personalidad del director, un hombre duro, maleducado y severo que decía palabrotas y hablaba a gritos para comunicar sus exigencias, que eran muchas. En comparación con la alegría y las risas que habían predominado entre el equipo del plato del primer anuncio, este rodaje estaba dirigido por un grupo de gente inflexible, ansiosa y exhausta.

Y sin que Lydia estuviese allí para hacerle compañía, la espera era interminable. Entre toma y toma tenían que mover las luces y la cámara, y eso tardaba una eternidad.

Entre una cosa y otra el día había sido agotador; incluida la llamada que había recibido de su agente mientras estaba en el plató. Le habían ofrecido un contrato de tres meses en esa nueva telenovela. Aceptar el papel implicaría renunciar a su plaza de profesora en Yale. Pero ¿qué pasaría si, transcurridos los tres meses, no le renovaban el contrato?

No era su intención contárselo a los chicos, pero de algún modo Bob se había enterado y su secreto era ya un secreto a voces. A eso había que añadir el hecho de que Sam, el maldito Sam, había tenido las agallas de decirles algo a Jamie y a Lydia que les había hecho pensar que Ellen y él tenían un futuro juntos.

Ellen se arrastró hasta la cocina: necesitaba una taza de té caliente antes de meterse en la cama y apagar la luz.

Pero Sam estaba ahí.

No lo vio hasta que ya estaba dentro de la cocina, y entonces era demasiado tarde para volverse y largarse.

No había hablado a solas con él en la comisaría de policía y su esperanza era seguir evitándolo. Ya era bastante duro estar simplemente con él en la misma habitación, así que hablarle (y mirarlo a los ojos) era una tortura. Sam creía que estaba enamorado de ella. Se había mostrado dispuesto a cursar estudios superiores porque pensaba que eso era lo que a ella la frenaba para no querer estar con él.

Era difícil no dejarse conmovir por eso. Sin duda, si él pretendía estudiar cuatro años para licenciarse, tenía en mente algo más a largo plazo que una aventura de verano.

Pero ¿sería tan estúpida como para implicarse intensa y emocionalmente en una relación con un hombre como Sam? Mientras estaban en la comisaría de policía había tenido la oportunidad de comprobar de primera mano el tipo de reacción que él despertaba entre la población femenina.

Las mujeres lo observaban. Algunas disimuladamente, otras sin tapujos, con descaro. Con su carisma y su planta increíble y estupenda, era, tal como diría Lydia, un imán para las mujeres. En ese sentido, era muy parecido a Richard; ¡qué miedo! Ella sólo podría soportar una traición desgarradora en la vida.

—Bob me ha dicho que tienes que volver al estudio mañana por la mañana — comentó él mientras se servía una taza de café. Levantó la cafetera hacia ella—. ¿Quieres un poco? Es descafeinado.

Sam estaba imponente con su camisa blanca de traje arrugada y sus téjanos. Los arañazos y cardenales de su cara no tenían muy mal aspecto, y su pelo rubio parecía que brillaba bajo la tenue luz.

—Tomaré té, gracias —respondió ella.

—Creo que el agua de la tetera todavía está caliente. Deja que te dé una taza.

Sam hizo una mueca de dolor al alargar el brazo hacia el armario para coger otra taza, y Ellen supo que el hombro le seguía doliendo horrores. Se mordió la lengua para evitar preguntarle cómo se encontraba. Cuanto menos hablara con él, mejor.

—¿Se ha dormido Jamie? —inquirió Sam, dándole la taza.

Ella se cuidó muy mucho de que sus dedos no se tocaran.

—Sí.

—¿Te ha explicado lo que pasó?

Ellen asintió al tiempo que extraía una bolsita de té del bote.

—Sí. Fue a beber agua y el hombre lo sorprendió por detrás. Le mostró la pistola y le dijo que si hacía cualquier ruido o intentaba huir, lo mataría. Y después os mataría a ti y a Lydia. De modo que Jamie fue con él al cuarto de baño, y allí lo ató.

Sam también asintió.

—Fue culpa mía —dijo con tranquilidad—. Totalmente. Ellen, no sabes cuánto siento lo que ha pasado.

Por alguna razón, Ellen lo defendió.

—Lydia me ha dicho que la audición no duró más de dos minutos en total. Todo sucedió muy deprisa.

Pero Sam sacudía la cabeza.

—No debería haber dejado que se alejara de mí. Debería haberle dicho que se esperara y bebiera agua cuando Lydia volviese. Debería haberme quedado a su lado.

—Era imposible que supieras...

—Te equivocas —repuso categóricamente—. *Debería* haberlo sabido. Si hubiera hecho mi trabajo como Dios manda, lo *habría* sabido.

Ellen se apoyó en la encimera, lo más alejada posible de él, teniendo en cuenta que estaban en la misma habitación.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

Sam cambió completamente de tercio.

—Por cierto, ¡felicidades por el papel que te han dado en esa telenovela!

Ellen tuvo un arrebató de frustración.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Bob.

Exhaló asqueada.

—¡Dios! Ese hombre es incapaz de guardar un secreto.

—¿Se supone que era un secreto? —preguntó Sam.

—Sí, porque no sé si aceptarlo o no. Quería tiempo para pensármelo sin que nadie me presionara.

Sam estaba claramente sorprendido.

—¿No vas a cogerlo? Creía que era eso lo que querías: una nueva carrera. Ellen, ¡te ha caído del cielo! ¿Cómo puedes plantearte no aceptar el papel?

—Esto es exactamente lo que no quería. La opinión de otras personas —soltó ella con vehemencia—. Y hablando de no saber guardar un secreto, ¡mira quién fue a hablar! No me puedo creer que les dijeras algo a Jamie y a Lydia de nuestra relación. ¡Dios! ¡Si ni siquiera tenemos una relación!

Detectó una repentina punzada de dolor en los ojos de Sam, que éste rápidamente trató de disimular con una sonrisa.

—Escucha, yo sólo les he dicho la verdad. Que estoy loco por ti. No veo qué hay de malo en ello.

—¿No? Lydia me ha traído unos condones a mi cuarto esta noche —le explicó Ellen—. Me los ha dado acompañados de una charla sobre sexo seguro.

Sam dio un respingo.

—¡No fastidies! ¿En serio?

—En serio. Me ha contado que llamó a la farmacia que reparte a domicilio y se hizo pasar por mí. Pidió una caja entera de condones, además de champú y unas aspirinas, y lo han enviado aquí.

Sam no pudo ocultar su sonrisa.

—No tiene gracia, Sam. ¿Qué les has dicho exactamente a Jamie y a Lydia que sientes por mí?

Sam tomó un sorbo de café, mirándola con fijeza por encima del borde de su taza con expresión repentinamente indescifrable.

—Jamie me vio salir de tu cuarto ayer noche.

Ellen soltó una palabrota en voz baja.

—Podría haber sido peor —señaló—. Por lo menos les caigo bien.

—¡Por supuesto que les caes bien! ¡Sois casi de la misma edad!

—¿Sabes qué? He estado dándole muchas vueltas a eso, Ellen, y francamente, ese argumento sobre nuestra diferencia de edad no me lo trago. —Dejó su taza de café—. Es una cobardía. Es una excusa para no hacer frente al motivo real de esta historia.

—Tengo que irme. —Ellen intentó pasar por delante de él, pero sus palabras la frenaron en seco.

—¡Adelante! Huye de nuevo como huyes de tu trabajo de actriz. Dices que quieres un cambio, pero en realidad no es así, ¿verdad? No aceptarás el papel ni te permitirás a ti misma tener una relación seria conmigo. Sólo te permites un placer físico ocasional acostándote conmigo de vez en cuando, porque tienes miedo de dejar que lo que hay entre nosotros crezca y de que yo te haga daño como te hizo Richard.

Ellen estaba callada. No podía negarlo.

—Se supone que este verano era *tu* paréntesis —continuó Sam con suavidad—. Se supone que tenías que probar cosas, hacer cosas por ti misma. Pero, nena, déjame decirte que lo estás haciendo todo a medias.

Ella se volvió y lo miró.

—Lo hago lo mejor que puedo. —Le temblaba la voz.

Sam sacudió la cabeza.

—No, no es verdad. Estás tirando la toalla. ¡Venga, Ellen! No renuncies a mí.

Ellen no podía articular palabra. Tan sólo pudo mirar a Sam a los ojos, cautivada por la resuelta intensidad de su mirada.

—¿Sabes qué? Esta noche iba a tirar la toalla —confesó con calma—. Me he pasado la tarde entera en la jefatura, estudiando el perfil del sospechoso con la esperanza de obtener alguna pista sobre quién es ese hijo de puta, intentando compensar todos los errores que he cometido hasta ahora. Quiero decir que ni siquiera sabemos a quién persigue, si a Bob o a ti. La referencia a los alienígenas de la nota de hoy me hace pensar que va detrás de ti, pero no logro entender cómo se ha enterado de que estás rodando ese anuncio. ¿Conoce a alguien del equipo? ¿Trabaja con tu agente?

Sam respiró hondo.

—Sinceramente, ¿qué sabemos de este tipo? Que tiene cierto talento artístico, que sus palabras paranoicas implican que padece una especie de esquizofrenia paranoide y que tiene acceso a la indumentaria de los bomberos —comentó contando con los dedos—. Sabemos que pese a su pésima ortografía, ha sido lo bastante listo para planificar y desconectar el sistema de extinción de incendios del Café

Allessandra antes de atacar el restaurante. Sabemos que Jamie no ha logrado identificarlo en los álbumes de fotos de criminales que ha visto, así que es posible que no tenga antecedentes. Sabemos por la descripción de Jamie que es un caucásico de estatura y peso medio, con el pelo castaño normal, de unos treinta años. Y... ¡ah, sí!, sabemos que va armado.

Se frotó la cara con cansancio.

—Un dibujante de la policía vendrá mañana por la tarde a trabajar con Jamie para realizar un retrato robot; es lo antes que pueden venir —prosiguió—. Después pasaré el retrato a la oficina de tu agente y al equipo de los Estudios Starfire. Tal vez eso nos ayude; tal vez alguien lo reconozca, pero es probable que no suceda.

»Así que estaba ahí sentado, pensando en esto, pensando que la cosa está bastante difícil, que soy un fracasado y debería apartarme del caso. ¡Qué demonios!, tú no quieres ni verme y es evidente que tampoco estoy haciendo nada útil por nadie.

—Pero... —Ellen no siguió. Pero ¿qué? Era eso lo que quería, ¿no? Que Sam saliera por la puerta y no volviese. Si él de verdad quería que lo apartaran del caso, ella no debía intentar disuadirlo.

Sam dio un paso hacia ella, pero entonces se detuvo, temeroso de que Ellen retrocediese.

—Pero si me rindo, estaría tirando la toalla, ¿y sabes de qué me he dado cuenta esta noche mientras estaba ahí sentado? Me he dado cuenta de que yo no dejo las cosas a medias. Este trabajo es duro y, a veces, aunque mis intenciones sean las mejores, me equivoco. Verás, en un primer momento estuve a punto de no aceptar este caso, porque hace tres meses me encargaron proteger a un testigo y... es curioso, antes no era capaz de decir esto, pero *debido a circunstancias ajenas a mi control*, ese testigo por poco murió.

Hizo una pausa y ella permaneció allí de pie, en silencio, queriendo escuchar más.

—Fue horrible, Ellen. Dispararon a cuatro personas y yo lo vi todo; sucedió como a cámara lenta. Fue pura suerte que no murieran; durante un tiempo no se supo cómo acabaría aquello. —Inspiró hondo—. Cuando todo terminó, pensé que era el fin. Que ya no podía seguir. Que no era lo bastante bueno. En serio, Ellen, mi confianza se fue al traste. Lo cierto es que pensé que debería haber sido capaz de prever todo aquello que pudiese salir mal. Pensé que debería haber sido capaz de anticiparme al hecho de que un hombre en el cual confiaba, un agente de policía que llevaba treinta años en el cuerpo, hubiera sido chantajeado para revelar el emplazamiento de nuestro refugio.

Hizo un alto; su intensa mirada le impidió a Ellen apartar la vista.

—Pero seguí posponiendo la redacción de una carta de dimisión, porque aunque no sea perfecto, ¿sabes qué? Soy bueno en lo que hago. Y la idea de tirar la toalla me saca de quicio.

»Así que no me rendí. Y no pienso rendirme ahora —le aseguró—. No pienso retirarme de este caso, y no pienso alejarme de ti. Moraleja: te quiero. ¡Dios! Nunca

pensé que pronunciaría estas palabras, pero ahí las tienes. No puedo decírtelo de forma más sencilla. Quiero estar contigo. Y tendrás que acostumbrarte a verme a tu alrededor.

Ellen casi podía creerle. Quizá le *creía*. Quizás hasta él se creía en lo que le había dicho. Quizá Sam creía realmente que la amaba; pero ¿cuánto duraría? No estaba dispuesta a correr el riesgo de averiguarlo por sí misma.

—¿A qué hora tienes que estar mañana en el plato? —inquirió él.

—A las once.

Sam soltó una palabrota.

—Tengo una reunión programada a las diez en el estudio de Bob. Mi teniente viene a hablar con él, y tengo que estar ahí. Me es imposible ir a esa reunión y luego venir aquí a tiempo para llevarte a las once a los Estudios Starfire. —De nuevo una palabrota—. Espera, ya lo tengo. Vendrás conmigo a la reunión y saldremos desde allí.

—Eso es absurdo. Puedo ir con Hyunh.

—No, vendrás conmigo o no irás. Y no hay pero que valga. Tal vez cometa errores, pero no dos veces seguidas.

—Pero si Hyunh es unas de las mejores guardaespaldas del país.

—En lo que concierne a tu tío, sí, tienes razón, lo es.

—Ahora me he perdido...

—Cuando salgas de casa, yo estaré contigo —le dijo—. Y no pienso cambiar de idea.

—Pero Hyunh tiene incluso más experiencia que tú en...

—Si este tipo va detrás de Bob, no tengo la más mínima duda de que Hyunh será la persona más adecuada para protegerlo —repuso Sam.

Ellen no lo entendió.

—¿Qué diferencia hay?

—Tú no eres Bob. Y no estoy tan seguro de que ella se interpusiese entre una bala que fuese dirigida a ti.

—¿Y tú lo harías?

Sam no dijo nada, pero tenía la respuesta escrita en la cara. Sí, lo haría.

Ellen lo miró fijamente, atónita. En el repentino silencio, pudo oír el tictac del reloj del abuelo de Bob, que estaba en el salón. Le dio la impresión de que transcurrió casi un minuto entero antes de que Sam cambiara de pierna el peso de su cuerpo y desviara la vista.

—No bromeaba cuando te he dicho que te quiero —declaró tranquilamente, mirándola de nuevo a los ojos.

Ellen le devolvió la mirada, incapaz de hablar, apenas capaz de respirar. Hizo lo único que *podía* hacer. Irse corriendo a su habitación.



Capítulo 13

Cuando Sam bajó por la mañana vio unas maletas en la entrada.

El más fuerte y musculoso de los tres guardias de seguridad (se llamaba Barney) estaba junto a la puerta principal. Levantó la vista hacia él y asintió con la cabeza a modo de saludo.

—¿Qué es esto? —inquirió Sam, temeroso de conocer de antemano la respuesta a su propia pregunta.

—Por lo que sé, la señorita Layne y sus hijos se marchan esta noche —contestó Barney.

Sam asintió.

—¿Quieres que te traiga una taza de café de la cocina? —le ofreció, sin que su sosegado tono de voz dejase entrever la confusión que hervía en su interior.

Ellen se iba. Esta noche.

—No —dijo Barney—. Hoy ya he tomado mi dosis de cafeína, pero gracias.

Sam asintió de nuevo y se fue hacia la cocina. Sobre la encimera había roscas de pan y crema de queso, pero al parecer había perdido el apetito.

Mientras se servía una taza de café Ellen apareció en la cocina. Llevaba unos téjanos y una camiseta, y el pelo recogido en una informal cola de caballo. Le hubiese puesto unos diecisiete años como mucho.

—¡Vaya! —exclamó al verlo—. Acabo de tener un *déjà vu*, ¿No hemos vivido antes esta escena?

Trataba de mostrarse alegremente indiferente. Pero no funcionó.

Sam se volvió y la miró.

—¿Cuándo exactamente tenías pensado decirme que te vas?

Parte de su forzada alegría se esfumó. Pero Ellen se mantuvo en sus trece, incluso levantó la barbilla al devolverle la mirada a Sam.

—No es ningún secreto.

—Habría sido un detalle que me lo dijeras, tal vez incluso que lo hablaras conmigo primero.

—Habrías intentado disuadirme.

—¡No te quepa la menor duda! —Sam consultó su reloj y tomó un último sorbo de café antes de dejar la taza en la encimera—. Tenemos que pasar a recoger a T.S. de camino al despacho de Bob. Será mejor que nos movilizemos.

Salió de la cocina tras ella y cruzaron el vestíbulo. Barney les abrió la puerta y los condujo por el camino de la entrada principal hasta la limusina que esperaba junto al bordillo. En la acera no había nadie más, lo cual era bueno. Aun así, no se metieron en la limusina lo bastante deprisa como para satisfacer a Sam. Ron abrió la

puerta del coche y Sam casi empujó a Ellen hacia su interior, después subió él.

—Creo que te estás volviendo agorafóbico —protestó Ellen mientras se frotaba el codo que se había golpeado.

—Lo que me da miedo es un poco más concreto que los espacios abiertos —replicó él—. Me da miedo que haya un francotirador en el tejado de algún edificio vecino, o que alguien pueda adelantarnos en coche con una semiautomática.

Sam se había sentado al lado de Ellen, y ésta se movió al asiento de enfrente, lejos de él.

Sam miró por la ventanilla cuando la limusina arrancó, plenamente consciente de que estaban a escasos minutos de la casa de T.S. Si quería que hablaran en privado, no disponía de mucho tiempo.

—A ver, dime una cosa, honestamente, ¿de quién huyes? ¿Del acosador o de mí?

Ellen se rió nerviosa.

—¡Caramba! Lo tuyo es ir realmente al grano.

—Te vas esta noche. No puedo perder el tiempo hablando de chorradas.

Ellen se sintió incapaz de mirarlo a los ojos.

—No sé qué decirte, Sam. Ya sabes lo que pienso...

—Sí, que soy demasiado joven. Esa parte me la sé de memoria. No la entiendo, pero me la sé. ¿Por qué no empiezas por explicarme cómo pudiste hacer el amor conmigo de esa manera hace dos noches sin sentir *algo*?

Entonces Ellen levantó la vista para mirarlo.

—¡Oh, por favor! No me digas que nunca has tenido una relación basada únicamente en el sexo.

—Es verdad, las he tenido. Demasiadas veces. Pero no creo que tú la hayas tenido nunca. —Mientras la limusina se detenía delante del edificio de T.S., Sam cambió de asiento; de nuevo se sentó junto a ella.

Entonces miró por la ventanilla. Pudo ver a T.S. caminando hacia la limusina. Debía de haber esperado en la portería. Ellen se removió, a punto de cambiarse otra vez de asiento, pero él se lo impidió agarrándola por el brazo y obligándola suavemente a mirarlo.

—Te quiero —declaró en voz baja—. Podemos hacer que esto funcione. Vayas a donde vayas esta noche, déjame ir contigo y...

La puerta se abrió y T.S. entró. Justo en el momento oportuno.

—¡Hola, chico blanco! —saludó a Sam jovialmente y luego asintió con la cabeza hacia Ellen—. ¿Cómo estás, Ellen?

—Bien —contestó ella con fragilidad.

—Yo también —repuso T.S., acomodándose en su asiento. Tenía una sonrisa como la del gato de Cheshire, de *Alicia en el País de las Maravillas*, y Sam supo que, por muy perceptivo que fuera habitualmente su amigo, T.S. no notó la tensión que había entre él y Ellen—. Mi editor me acaba de dar una noticia realmente magnífica. La publicidad de mi próximo libro va a ser una locura. Se publicará a últimos de octubre y pondrá regalo de Navidad por todas partes. El editor está haciendo todo lo

que está en su mano para promocionarlo, y cuando digo todo es *todo*, salvo quizás atarlo a un Happy Meal de comida rápida. Había empezado a pensar que me daban un poco de largas, ya sabéis, que frenaban el presupuesto para publicidad porque me había negado a ir de plató en plató, pero esto es bastante espectacular. Más que el esfuerzo que hicieron con el libro de los alienígenas hace tres años. ¿Os acordáis de ese libro?

—*Alien Contact* —dijo Ellen—. Sí, creo que recuerdo haberlo visto anunciado en televisión.

—Exacto. —T.S. estaba encantado.

Sam no.

—Ellen se va de la ciudad esta noche —le comentó a T.S. con rotundidad—. Huye porque está asustada, ha *tirado la toalla*, porque al fin me cree cuando le digo que estoy enamorado de ella.

Atónito, T.S. miró a Ellen y luego a Sam.

—¡Vaya! ¡Jesús! Tal vez debería sentarme delante con Ron.

Ellen cerró los ojos. Debería haberse imaginado que Sam no la dejaría escabullirse tan fácilmente. Debería haberse imaginado que se opondría a su decisión de marcharse, que se resistiría, gritando y pataleando.

—¿Y sabes qué es lo realmente absurdo? —continuó Sam. Le hablaba a T.S., pero miraba a Ellen—. Que ella también me quiere.

Ellen abrió los ojos.

—Sam, siento haberte dado esa impresión.

T.S. se removió incómodo en su asiento.

—Creo que de verdad sería una gran idea usar el telefonillo, el teléfono o lo que sea que tenga este vehículo para hablar con Ron y pedirle que pare, y...

—Mírame a los ojos —ordenó Sam—. ¡Venga, Ellen! Sé valiente. Mírame fijamente a los ojos y dime que no me quieres. «No te quiero, Sam.» Si así es, puedes decirlo sin problemas, ¿verdad?

Ellen no podía decirlo. Ni siquiera podía mirarlo.

—No *quiero* quererte, ¡maldita sea!

—¡Aja! No es lo mismo, ¿a que no, Toby? Tú eres un experto con las palabras. «No quiero quererte» no es ni remotamente parecido a «No te quiero», ¿no crees?

—¡Oh, qué bien! —exclamó T.S. mientras la limusina se detenía junto al bordillo—. Ya hemos llegado.

—No tires la toalla, Ellen —le suplicó Sam.

La puerta de la limusina se abrió y, agachada, Ellen se apresuró a bajar, deseando ser tan fuerte como Sam creía que era. Pero no lo era, así que mejor tirar la toalla. Era mucho más sencillo largarse que arriesgar su corazón.

Rendirse ahora significaba no tener que esperar en un estado de miedo permanente y preguntarse cuándo terminaría su relación.

Sam observó cómo Ellen se alejaba de él, y supo que había perdido; no la guerra, tan sólo la batalla. Ellen se daría cuenta de que se necesitaba más que eso para hacerlo desaparecer.

Entornó los ojos por la intensa luz del sol mientras impelía a Ellen y a T.S. hacia la entrada del edificio de la cadena. El gran vestíbulo estaba abierto al público, pero sería mejor que estar fuera en la calle. Y una vez en la sala de suelo de mármol, cogerían uno de los ascensores privados hasta los despachos de Bob.

El portero les abrió las puertas, y Sam escudriñó el vestíbulo. La cadena había incrementado la seguridad: además del hombre que estaba detrás de una mesa para impedir el acceso general a los ascensores, había tres guardias armados en la puerta y otros tres distribuidos por la sala. Asimismo detectó dos detectives camuflados de su propia jefatura. Sin duda, después del incidente de ayer con Jamie, su teniente, al fin, se había tomado en serio las amenazas.

Había una docena más de personas alrededor; algunas contemplando los cuadros de las paredes, otras, refrescándose gracias al aire acondicionado del vestíbulo, que merodeaban con la esperanza de conseguir entradas para la grabación de la tarde de Bob, y otras cuantas más esperaban a alguien consultando sus relojes o leyendo un periódico.

Una de ellas, un hombre con un periódico doblado debajo del brazo, empezó a cruzar el vestíbulo hacia ellos, andando en una dirección que interceptaría su paso. Había algo extraño en él, en su lenguaje corporal, en su forma de sujetar ese periódico.

El hombre alzó la vista y miró directamente a Sam, y entonces lo comprendió todo con claridad.

—¿T.S. Harrison? —le preguntó el individuo.

Alien Contact. Tres años antes T.S. había publicado un libro titulado *Alien Contact*. De pronto, todo encajaba a la perfección. El acosador no iba detrás de Bob ni de Ellen, ni siquiera de Lydia o Jamie. Desde el principio había perseguido a T.S.

Sam quiso sacar su pistola, pero era demasiado tarde.

Como a cámara lenta, vio que el periódico caía y dejaba al descubierto la pistola del hombre. Se oyó a sí mismo al ordenarles a Ellen y a T.S. que se echaran al suelo mientras le pareció que tardaba una eternidad en extraer su propia arma de su pistolera. Empujó a Ellen al suelo cuando la primera bala impactó en él; el estrépito de la pistola resonó. Sintió su impacto, sintió la quemazón, un doloroso ardor en el pecho que lo impulsó hacia atrás, casi encima de T.S.

Una segunda y una tercera bala lo hirieron con la misma fuerza, y en ese instante Sam supo que era hombre muerto, su futuro se redujo a los breves minutos que tardaría en desangrarse hasta morir allí mismo, sobre el suelo de mármol blanco del vestíbulo de la cadena de televisión.

Pero todavía no estaba muerto, y a ese tío le quedaban tres balas más en la recámara; y por nada del mundo iba a darle la oportunidad de usarlas contra Ellen o T.S. Con una fuerza que ni él mismo sabía que tenía, logró extraer su pistola y disparar. En medio de una neblina de dolor y confusión, le pareció ver que el asesino caía, pero no estaba seguro.

Podía oír los gritos de la gente; podía ver a T.S. arrodillado a su lado. Alargó un brazo y agarró a T.S. por la camisa.

—¿Le he dado?

—Le has dado. —T.S. respiró con dificultad mientras le sacaba a Sam la pistola de la mano—. Está muerto, Sam.

—¡Gracias a Dios! —Sam luchó contra el dolor, esforzándose para incorporarse, para encontrar a Ellen y asegurarse de que estaba bien. Volvió la cabeza y allí estaba ella. Con sus preciosos ojos. Estaba cubierta de sangre. De su propia sangre, pensó con un ataque de pánico. Ésa era su sangre. ¡Dios!, no quería morir—. Te quiero —le confesó. Vio que ella lloraba, tenía el rostro húmedo por las lágrimas.

—La ambulancia está en camino, colega —anunció T.S.—. Aguanta.

—No hay tiempo —jadeó Sam. ¡Dios! ¡Cómo le costaba respirar! Una de las balas debía de haberle dado en uno de los pulmones. Tenía que ir a un hospital, y tenía que ser ahora. Era su única esperanza—. Ayúdame. Ahora. La limu...

Ellen estaba ahí, ayudándole a levantarse.

—Ayúdanos —le soltó a T.S.—. ¡Por favor! ¡Lo llevaremos al hospital nosotros mismos!

T.S. cogió a Sam en brazos como a un bebé y lo sacó a la calle, hasta la limusina.

El dolor era casi insoportable, pero significaba que aún estaba vivo. Medio a rastras, medio en volandas, Sam se subió al vehículo. Ron apretó el acelerador antes incluso de que la puerta se cerrara la limusina hacía eses y los neumáticos chirriaban.

¡Dios! No había tiempo. Tenía tanto frío...

—¿Ellen?

—Estoy aquí, Sam. —Lo acunaba en sus brazos, intentando protegerlo de los bruscos movimientos de la limusina, que corría y saltaba por baches, apresurándose hacia el hospital—. Estoy aquí mismo.

—Pase lo que pase, me da igual, porque he sido feliz contigo, ¿lo sabías?

T.S. alzó la voz, poseído por el miedo.

—¡Venga, Ron! ¡Maldita sea! ¿No puedes hacer que este trasto vaya más deprisa?

—No te rindas, Sam —le pidió Ellen—. Te quiero. No te rindas ahora.

Dando bandazos, la limusina derrapó y se detuvo frente a la entrada de urgencias.

—Lo sabía —susurró Sam, consiguiendo de algún modo sonreír al tiempo que luchaba contra la oscuridad y se aferraba a la visión del bello rostro de Ellen—. Sabía que tú también me querías.

Sentada en la capilla, Ellen rezó mientras pasaban lentamente las horas.

Hyunh le había traído ropa de recambio. No recordaba haber ido al lavabo de señoras para cambiarse, pero debía de haberlo hecho, porque llevaba unos tejanos limpios y una camiseta distinta.

Su otra ropa había acabado prácticamente empapada de la sangre de Sam.

Ahora lo estaban operando; su vida estaba en manos de los médicos y de Dios. Ellen no podía hacer nada más que esperar. Y desear que él la hubiese oído cuando le

había pedido que no se rindiera.

Claro que el que tiraba la toalla no era él.

Era ella.

Sam sintió cómo los analgésicos recorrían su organismo antes incluso de intentar abrir los ojos. Los párpados le pesaban enormemente y tenía un sabor horrible en la boca. Le habría resultado mucho más fácil limitarse a volver a la inconsciencia, pero notó que alguien le sostenía la mano.

Sabía que ese alguien tenía que ser Ellen, y sabía que si lograba abrir sus malditos ojos, vería su maravillosa sonrisa.

«No te rindas», le había dicho.

Pues bien, aún no se había rendido.

Abrió los ojos y comprendió que no sería tan sencillo. Tuvo que esforzarse por enfocar la vista e incluso después de haberlo hecho, aún no la veía.

Movió la cabeza para mirarse la mano, y ahí estaba. Ellen había acercado una silla hasta él y se había quedado dormida con la cabeza apoyada en la cama.

Sam cogió aire para hablar; una mala idea. Sus palabras salieron en forma de gemido de dolor, pero lograron su objetivo. Ellen levantó la cabeza y se apartó el pelo de la cara.

—¿Sam?

En esta ocasión él no cogió tanto aire.

—Hola, nena —contestó casi sin voz.

Ella empezó a reírse y a llorar a la vez.

—Será mejor que avise a la enfermera.

—¿Bromeas? No quiero besar a la enfermera, te quiero besar a ti.

Pulsó de todas formas el botón de aviso, y luego se inclinó hacia delante para rozar suavemente con sus labios los de Sam.

—Dice el médico que te pondrás bien —le explicó.

—Ya te dije que yo no me rindo.

Ellen le apretó la mano.

—Yo también he decidido no tirar la toalla. —Le dedicó una sonrisa. Era el paisaje más hermoso que Sam había visto jamás—. Porque tenías razón.

Sam procuró abrir un poco más los ojos, pero sintió la entrada del calmante en su cuerpo y supo que era una batalla perdida.

Ellen respiró hondo.

—Me preguntaba si tal vez, en septiembre, podrías, hummm..., plantearte un traslado a Connecticut. Verás, no voy a quedarme en Nueva York. No quiero lo de la telenovela. *De verdad* no lo quiero, Sam; no es únicamente porque me den miedo los cambios. Me gustaba actuar cuando trabajaba con Lydia, eso es lo que me divertía. Estar con mi hija. Pero sin ella, ha sido un aburrimiento. Siempre hay que esperar y... Tartamudeo porque prácticamente acabo de pedirte que vengas a vivir conmigo, y a lo mejor lo que tú habías pensado era más bien ir a cenar.

Vivir con Ellen. *Vivir con Ellen*. ¡Qué diablos! No necesitaba el calmante. Le bastaba escuchar a Ellen decir cosas así para sentirse eufórico.

—Sí —dijo él—. Connecticut. Sí. —Le costó pronunciar las palabras, pero como premio ella le dio otro suave beso.

Sam cerró los ojos y el sueño lo envolvió de nuevo; su futuro se abría ante él como una interminable y resplandeciente carretera.

Connecticut. *Sí*.

—Ésta —dijo T.S. con énfasis, mirando a Sam, todavía conectado a toda clase de máquinas y tubos— es, sin duda, una razón para seguir rechazando todas esas invitaciones a programas de entrevistas.

—¿Recuerdas que en séptimo Eben O'Hara me tiró una pelotilla de papel mascado y te dio a ti en plena cara? —inquirió Sam.

—Sí.

—Bien, pues ya estamos en paz.

—¡Sí, hombre! Yo recibo una pelotilla de papel por ti, ¿y tú tres balas por mí? Te debo más de lo que te puedas llegar a imaginar, amigo.

—¿Qué sabes de ese individuo, del psicópata, Geoffrey... qué más?

—Whittier. Geoff Whittier.

—Ayer vino a verme uno de los detectives que ha registrado su piso, pero aún no me encontraba muy bien —le explicó Sam a su amigo—. Recuerdo vagamente que me dijo que la casa de este tío era increíble y que pintaba en las paredes todos esos dibujos horribles.

—Sí —afirmó T.S.—. He podido leer algunas de las anotaciones de su diario. ¡Menudo asco! Creía de verdad que los alienígenas le hablaban. Me imagino que padecía esquizofrenia paranoica aguda; oía voces.

—Voces que le decían que te matara, porque habías escrito un libro que tenía en cuenta a las personas que no creían en las abducciones extraterrestres.

—Estaba obsesionado conmigo —declaró T.S. con serenidad—. Al parecer, llevaba *años* esperando a tener la oportunidad de dar conmigo y liquidarme.

—¿Y qué conexión había entre ese tal Whittier y... quién? ¿El conductor de la limusina de Bob?

—Vale —contestó T.S.—. Estáte atento. Geoffrey Whittier era vecino puerta con puerta del cuñado de Ron. El hermano de la mujer de Ron, el chófer de Bob.

Sam chascó los dedos.

—No hablarás en serio.

—Andy, el cuñado de Ron, declaró que Geoffrey Whittier iba cada dos por tres a su casa. De modo que estaba ahí cuando la mujer de Ron le llamó toda emocionada, porque Ron había conocido a T.S. Harrison, que, en realidad, eras tú.

Sam cerró los ojos.

—¡Oh, no!

—La mujer de Ron te describió a su hermano, que a continuación le explicó a

Geoffrey cómo era supuestamente T.S. Harrison.

—Rubio —intervino Sam—, ¿verdad?

—Ya lo viste en los dibujos. Se supone que eras tú, chico blanco. —T.S. cabeceó—. Es todo bastante asqueroso.

Hubo un alboroto en la puerta y, al volverse, Sam vio que entraba Ellen acompañada de Lydia y Jamie.

—¡Te han subido a planta! —anunció Jamie—. Al llegar, mamá se ha pensado que quizá te habías muerto.

—No es verdad —protestó Ellen. Aun así, se acercó a Sam y le dio un beso de lo más cariñoso—. Ya no estás en cuidados intensivos.

Sam le sonrió, entrelazando sus dedos con los de Ellen y tirando de su brazo hasta que se sentó en el borde de la cama.

—Sí.

—¡Qué bien! Tienes un aspecto magnífico.

—Pero ¡qué dices! —le interrumpió Jamie—. Sam, por Dios, ¡estás horrible!

Lydia le dio una bofetada a su hermano en la coronilla.

—¡Ay! Es que lo *está*.

—Deberías haberme visto la semana pasada —le advirtió Sam al pequeño.

—Ya, no te vi —soltó Jamie con desdén, ofendido—. No me dejaron.

—No querían que le contagiaras tus apestosos gérmenes infantiles —le dijo Lydia a su hermano, quien la ignoró intencionadamente.

—Ya tengo el horario de septiembre —le informó Jamie a Sam—. Me ha tocado el señor Brooks de tutor: es un plasta total...

—No me puedo creer que ya tengamos los horarios —se quejó Lydia—. Es que, ¡jolin! Ni siquiera estamos a mitad de verano. No volveremos a Connecticut *por lo menos* hasta dentro de un mes.

Connecticut. Sí.

Sam entornó los ojos, tratando de concentrarse en un recuerdo muy borroso. ¿Sería verdad?

—¿Me pediste que me fuese a vivir contigo a Connecticut? —soltó, incapaz de reprimir la pregunta.

Hubo un silencio sepulcral. Tanto Lydia como Jamie se quedaron sin habla, y Sam supo por la mirada de Ellen que éste no era quizás el mejor momento para sacar a relucir el tema. Pero es que tenía que saberlo ahora mismo.

—Me lo pediste, ¿verdad?

T.S. se puso de pie.

—¿Qué os parece si me llevo a Jamie y a Lydia a la cafetería para tomar un helado o algo?

—Ni en broma —respondió Jamie—. Quiero oír esto.

—Yo también —repitió Lydia—. Me refiero a que si mamá está pensando en volverse a casar...

Ellen se sentía tremendamente avergonzada.

—Nadie ha dicho nada de casarse. —Se sentía observada por Sam; podía sentir

su mirada sobre el rostro, y ella le dirigió una mirada con cara de disculpa—. Lo siento —susurró.

—Nadie ha dicho nada de casarse, porque la última vez que hablamos de ello yo no podía pensar con mucha claridad —replicó él.

Ellen levantó la vista, consciente de que T.S., suave pero firmemente, estaba sacando a los niños de la habitación. Al salir cerró la puerta.

—No es ninguna alucinación, ¿verdad? —inquirió Sam—. ¿Me pediste que fuese a Connecticut?

Ellen asintió.

—Sam, no puedo pedirte que cumplas algo que dijiste cuando estabas...

—Entonces daré por sentado que no quieres que vaya a Connecticut, porque lo que quieres es adoptarme.

Ella resopló, tratando de disimular su sonrisa.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad?

—Sé que soy gracioso, porque he conseguido hacerte reír pese a estar hablando de la temida palabra MATRIMONIO.

Ellen respiró hondo.

—Había pensado que tal vez podíamos ir poco a poco, tú en tu casa y...

—¿Me quieres? —le preguntó Sam.

Ella cerró los ojos y suspiró.

—Sabes que sí.

—Entonces cástate conmigo.

Ellen se quedó inmóvil. Amaba a ese hombre. Era el miedo lo que le impedía decir que sí al instante. El miedo de que Sam le hiciese tanto daño como Richard. Pero él no era Richard, era Sam. Sam, el que le hacía sentirse viva y joven con su chispeante humor y su agudo ingenio. Sam, que había luchado con uñas y dientes contra la propia muerte para permanecer a su lado. Sam, el que no tiraba la toalla, y nunca lo haría.

Había estado a punto de perderlo una semana antes. El doctor había sido de lo más contundente al decirle que lo que había mantenido a Sam con vida eran su buena salud, su juventud y su férrea voluntad de vivir. Ellen no pudo menos de reírse cuando también Sam le había comentado que un hombre mayor que él probablemente no habría sobrevivido.

Abrió los ojos y lo miró. Estaba guapísimo ahí sentado con el pelo revuelto y el brillo dorado de una barba de dos días en su barbilla.

—De acuerdo —aceptó ella.

—De acuerdo —repitió él en voz baja. Le sonrió con picardía—. Vale, de acuerdo, pues. —La atrajo hacia sí y le dio un beso dulce y largo—. Ahora que estamos prometidos, ¿me das permiso para llamarte nena?

Ellen se rió.

—Ni se te ocurra.



Epílogo

Sam tiró de Ellen y subieron en la limusina que esperaba delante de la iglesia.

Les aguardaba una botella de champán recién abierta, y Sam sonrió mientras le servía una copa a su mujer. *Su mujer*. Sonrió aún más.

—¡Por los atascos! —brindó él, y ella se echó a reír.

Estaba imponente con su vestido de novia. Era un vestido-túnica de color blanco mate estilo años treinta, escotado por delante y con cortes a los lados que dejaban entrever sus increíbles piernas. Sam no se lo podía creer cuando miró al fondo de la iglesia y la vio andando por el pasillo hacia él.

Se excitó a más no poder, lo cual, por extraño que parezca, era un elemento que había que añadir a la alegría y alteración emocional que sentía porque, al fin, Ellen iba a convertirse en su mujer. Por lo menos había sido bonito durante la primera hora y media. Pero la cosa estaba llegando a un punto en que le resultaba sumamente difícil pensar en algo que no fuera dónde y cuándo podrían consumir los votos que acababan de hacerse.

El fotógrafo los había hecho posar para las fotos durante una cantidad de tiempo interminable, y ahora se dirigían al banquete que tendría lugar en casa de Bob; una celebración relativamente pequeña con la familia y los amigos en el último piso, en el elegante salón de baile.

Sam besó a Ellen, y fue como si ésta se derritiera en sus brazos.

¡Oh, Dios! La combinación de este vestido con esta mujer lo estaba volviendo loco.

—¡No sabes cuánto te deseo! —exclamó él con voz ronca.

Ella echó el cuerpo hacia atrás y lo miró a los ojos.

—¡No sabes cuánto te deseo!

La besó de nuevo mientras consideraba todas las opciones que tenían.

—¿Crees que podremos irnos pronto del banquete?

—¿Cómo de pronto?

—Digamos que a los cinco minutos de haber llegado.

Ellen se rió.

—Me parece que no. Tal vez a las dos horas...

Sam besó su cuello, su clavícula y su sensual escote.

—Tengo una idea. La fiesta es en la quinta planta, ¿verdad? Y tenemos que subir en ascensor, ¿verdad?

Ellen se rió.

—No estarás sugiriendo que...

Sam levantó la cabeza y la miró a sus ojos cálidos y resplandecientes,

regalándole la más convincente de sus sonrisas.

—Me dijiste que siempre habías querido hacerlo.

—Sí, pero no mientras setenta y cinco de nuestros más íntimos amigos se preguntan por qué tardamos tanto en subir únicamente cuarenta metros.

—Ellen, no *aguanto* más...

Ellen miró a su marido fijamente a los ojos y sonrió. Descolgó el teléfono y llamó al chófer.

—Hola, Ron. ¿Crees que podrías ir a casa por el camino largo, el *realmente* largo?

Sam sonrió y la besó.

* * *



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

SUZANNE BROCKMANN

del



Autora estadounidense de más de cuarenta novelas y actualmente se la reconoce como una de las principales voces de suspense romántico. Su primer libro fue publicado en 1993 y desde entonces ha recibido 17 premios diferentes, incluido el premio a la Mejor Serie Romántica de 1996, el premio Career Achievement de 1997 y 11 premios W.I.S.H. por crear héroes románticos irresistibles, todos ellos de la revista Romantic Times. Sus libros han aparecido en la lista de Bestsellers del USA Today y en la lista Waldenbooks Romance.

Suzanne vive cerca de Boston con su marido, que es abogado y sus dos hijos, ambos actores profesionales. Cuando no está escribiendo, está ocupada componiendo música. Formada como cantante y compositora de canciones en una original banda de rock de Boston, actualmente es la arreglista, directora y una de las ocho voces del grupo a capella "Serious Fun". Es también una de las fundadoras de la asociación de voluntarios: Natick's Appalachian Benefit Coffeeshouse, fundación que se dedica a recaudar dinero y reconstruir alojamientos para los ancianos, inválidos e indigentes de Virginia Occidental.

UN HOMBRE INFIEL

Un encuentro casual en el aeropuerto, unas sonrisas cruzadas...

Ellen nunca había creído en el amor a primera vista, y no imaginaba que aquel apuesto y divertido policía podría convertirse en alguien especial para ella. Sobre todo después de un divorcio tan desagradable como el que acababa de dejar atrás. Pero el destino vuelve a poner a Sam en su camino, convertido en el responsable de la seguridad de Ellen, sus hijos y su famoso y millonario tío, ante las amenazas de un misterioso acosador en su mansión de Nueva York. Ellen ha decidido que la noche de pasión que pasó con Sam cuando se conocieron no se repetirá.

Sam, poco acostumbrado a que una mujer le rechace, se sorprende a sí mismo cuando, por una vez, no es él quien huye del compromiso. Mientras los dos miden sus fuerzas en un combate de sentimientos, el peligro acecha...

* * *



Título original: *Ladie's Man*
Editor original: Dell
Traducción: Marta Torent López de Lamadrid

© 1997 by Suzanne Brockmann
All Rights Reserved
This translation is published by arrangement with The Bantam Dell
Publishing Group, a division of Random House, Inc.
© de la traducción: 2008 by Marta Torent López de Lamadrid
© 2008 by Ediciones Urano, S. A.
Aribau, 142, pral. - 08036 Barcelona
www.titania.org

ISBN: 978-84-96711-34-1
Depósito legal: B - 2. 962 - 2008

Fotocomposición: Ediciones Urano, S. A.
Impreso por Romanyà Valls, S. A. - Verdaguer, 1 - 08786 Capellades
(Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*